



Diez
razones
para **NO**
volver a
enamorarme

JENNY DEL

*Diez razones
para ~~NO~~
volver a
enamorarme*

JENNY DEL

Primera edición.

Dies razones para (no) volver a enamorarme

©Jenny Del.

©agosto, 2026

©imágenes por Magnific

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



Audrey

¡Hola, hola! Sé que no me conocéis y que estaréis preguntándoos qué hace una loca desconocida saludando.

Sí, os tengo que dar la razón porque un poquito loca sí estoy. Bueno, lo cierto es que no nací así, pero la vida y lo que he tenido que ver a mi corta edad me han convertido en la loca más adorable del mundo.

Todo me lo digo yo; no hace falta que me digáis nada, pero bueno, a lo que iba: me distraigo.

Estoy aquí para contaros mi historia, para que viváis conmigo todo lo que me ha sucedido y os pongáis en mi piel, pero será mejor que empiece por presentarme.

Mi nombre es Audrey y nací hace veinticinco años en el seno de una familia acomodada de Florida.

No es que nadáramos en dinero, ni mucho menos, pero mis padres tenían una solvencia económica por encima de la media de la ciudad en la que vivíamos.

Esa mañana, cuando me levanté, tenía una sensación bastante incómoda, de esas que te advierten de que algo iba a suceder.

Llevaba dos años saliendo con Jacob, un ejecutivo que trabajaba en inversiones, al igual que mi padre, y que conocí en una de esas cenas aburridas a las que tienes que asistir, aunque no quieras.

Mis padres, como no podía ser de otro modo, estaban encantados con él, y su discurso siempre era el mismo, uno que ya me sabía de memoria.

—Audrey, cariño, los hombres con Jacob son muy difíciles de encontrar; no hagas nada para perderlo.

—Mamá, será mejor que quien no haga nada para perderme sea él.

—No digas tonterías, niña: los hombres son hombres y tienen necesidades que nosotras no, y por eso muchas veces buscan eso fuera de la pareja.

—Lo siento, mamá, pero no te compro eso. Si hay suficiente confianza en la pareja, no hay necesidad de buscar nada que ella no te pueda dar.

—Eres muy joven y no sabes nada de la vida; cuando madures, lo verás todo de otra manera.

Y sí, era joven y quizás no supiera nada de la vida, pero no iba a consentir lo que mi madre le permitía a mi padre.

Para mí, el simple hecho de que besara a otra ya era una infidelidad, y eso era traicionarme; no podría volver a confiar en él.

Mi madre, la señora Miley Sullivan, era de esas mujeres para las que la apariencia era todo, y mientras siguiera casada con ella y le proporcionara todas las comodidades a las que estaba acostumbrada, lo que hiciera por fuera le daba igual.

Bueno, a lo que iba: que me voy por donde no debo; esa mañana tenía una sensación incómoda, como ya os he dicho.

Seguía viviendo con mis padres porque, para ellos, una mujer tan solo debía salir de su casa si iba a convivir con su marido.

Bajé a la cocina, donde la chica que venía todos los días a limpiar y a cocinar ya estaba preparando el desayuno para mi madre, pues mi padre se había marchado muy temprano.

A él le daba igual que fuera sábado, como en este caso, o cualquier otro día de la semana; era adicto al trabajo.

Yo había estudiado magisterio en educación infantil, pero no había llegado a ejercer. Bueno, en realidad, no me lo permitieron, pues mis padres decían que una señorita de mi nivel no necesitaba trabajar, sino buscar un marido, y yo ya estaba en el camino de conseguirlo.

—Hola, María, ¿me pones un café, por favor?

—Ahora mismo, señorita Audrey.

—¿Cómo te va todo? ¿El niño está bien?

—Todo perfecto, señorita. Mucho trabajo, pero no me quejo, pues eso es lo que nos da de comer a mi hijo y a mí.

Me daba una pena horrible por esta mujer, puesto que mi madre, como sabía que necesitaba el trabajo, se aprovechaba de ella.

No es que no le pagara bien, que lo hacía, pero también le daba mucho más trabajo del que le correspondía.

Ella estaba allí para recoger en casa y preparar la comida, y su horario era de ocho de la mañana a tres de la tarde, pero nunca lo cumplía, pues era raro el día que lo hacía.

Siempre que llegaba su hora de salida, a mi madre se le ocurría que necesitaba un vestido o una camisa, que estaba sin planchar, o que le apetecía algo específico para cenar, algo completamente diferente a lo que había preparado, y así, le solían dar las cinco de la tarde.

María había emigrado de su Cuba natal hacía ya muchos años; se vino siendo prácticamente una niña, pues no es que fuera demasiado mayor, que poco pasaba de los cuarenta años.

Era madre de un hijo que, en la actualidad, tenía diez años y que era un niño de lo más estudioso y educado, que había aprendido a sobrevivir casi sin la presencia de su madre.

Por favor, qué manera de desviarme de la historia. Si es que, cada vez que empiezo algo, termino contando otra cosa diferente.

Vuelvo a coger el hilo y os sigo contando. Me tomé el café y salí a dar un paseo, pues me apetecía ir a visitar a mi novio a su casa, que no me cogía demasiado lejos.

—Ahora vuelvo; voy a dar un paseo —le dije a mi madre.

—Está bien, pero no tardes, que no me gusta que salgas sola.

—Mamá, tengo veinticinco años, no cinco. Hasta el hijo de María tiene más libertad que yo.

—Las clases sociales son diferentes, y eso también se ve en la manera de educar, Audrey, que no se te olvide.

—Lo que tú digas...

Cuando mi madre decía esas cosas, os prometo que me hervía la sangre, por lo que, para no discutir, como la mayoría de las veces, y siguiendo los consejos de María, opté por ignorarla.

Cogí mi bolso y salí de mi casa. Tal y como dije, me iría dando un paseo, pues mi chico vivía en la misma urbanización y no tenía necesidad de ir en coche, además de que me apetecía caminar un rato.

Me extrañó que la verja de la entrada estuviera abierta, pero lo que verdaderamente me sorprendió fue lo que me encontré dentro al decidirme a atravesar la puerta.

Allí, en el salón de la casa de Jacob, había un chico de unos veinte años, completamente golpeado, mientras que mi padre y mi novio se tomaban una cerveza, como si la cosa no fuera con ellos.

Me salió un grito ahogado, y ese fue el momento en el que ambos se dieron cuenta de mi presencia.

—Audrey, ¿se puede saber qué coño estás haciendo aquí? —Dijo mi padre.

—Te tengo dicho que no vengas sin llamar —me dijo Jacob.

Me cogió del brazo de una manera muy violenta y me sacó de la casa, como si yo no fuera su novia, como si fuera alguien que molestaba y a quien luego le leería la cartilla.

—¿Qué está pasando aquí, Jacob?

—Nada que sea de tu incumbencia.

—Por supuesto que me incumbe; no pienso estar con una persona violenta...

—Tú vas a estar conmigo por dos razones, primero, porque lo digo yo, y segundo, porque tu padre no te va a permitir que me dejes tirado como un perro.

—No me amenaces, Jacob...

—Ahora, vas a coger el caminito a tu casa, te vas a meter en ella y te quedarás allí hasta que nosotros vayamos a buscarte, que será cuando decidamos que castigo te mereces por desobedecer.

—¿Acaso tengo yo ahora cinco años para que tengáis que castigarme?

—Audrey, ya mismo estás haciendo lo que Jacob te ha dicho. Después, decidiremos qué hacer contigo —me dijo mi padre, con una mirada que daba miedo.

No pensaba dejar que me trataran así y esperaba que mi madre se pusiera de mi parte, porque, de lo contrario, no sabía qué podía hacer.

Llegué corriendo a mi casa, donde me encontré a mi madre sentada en el salón, leyendo una revista de moda, como era su costumbre.

Al verme llegar en ese estado, supo que algo había sucedido, pero, lejos de preocuparse, lo que hizo fue culparme a mí.

—¿Se puede saber qué has hecho para venir en ese estado?

—Mamá, al entrar en casa de Jacob, me he encontrado con un chico...

Le conté a mi madre todo, esperando comprensión y cariño, pero nada más lejos de la realidad con la que me encontré.

—Si me hubieras dicho que ibas hacia allá, te hubieras ahorrado el disgusto de lo que has visto y el consiguiente castigo que te impondrán.

—¿Perdona? ¿Tú lo sabías?

—Hija mía, son muchos años al lado de tu padre y sé lo que tengo que hacer en cada momento. Algo que tú tendrás que aprender.

—No voy a aprender una mierda, tengo la edad suficiente como para vivir sola y eso pienso hacer.

—No lo harás si tu padre viene antes; te lo aseguro y lo pienso llamar ahora mismo.

Capítulo 2



Audrey

Subí a mi habitación y me puse a preparar una pequeña maleta con lo más importante, que sería lo que me llevaría.

Estaba en ello cuando escuché a mi padre llegar, junto al que había sido mi novio, Jacob.

Sí, lo digo en pasado porque desde ese mismo momento en que descubrí que la pasta estaba hecha, decidí que se terminaba, por mucho que ellos dijeran.

Los pasos de mi padre se escuchaban por las escaleras, y por ello me apresuré a meter la maleta debajo de la cama y a sentarme en el sillón que allí tenía, con un libro en las manos, haciéndole ver que estaba leyendo.

La puerta se abrió de par en par, de manera violenta y sin que nadie pidiera permiso. Levanté la mirada y me encontré con la de mi padre, en la que se podía ver cómo la furia era evidente.

—El sábado se celebrará tu boda con Jacob; será algo íntimo que haremos en el jardín; yo me ocuparé de todo.

—¿De qué estás hablando, papá?

—De tu futuro, ya va siendo hora de que te cases. Así, también nos aseguraremos de que no te vayas de la lengua sobre lo que has visto.

—No me pienso casar con Jacob; es que ni siquiera pienso seguir con él.

Mi padre levantó la mano y me dio tal bofetada que me giró la cara. Estaba segura de que me saldría un buen moratón en cuanto que eso se enfriara.

Me quedé sin palabras; no sabía qué decir, pero sí que tenía claro lo que iba a hacer, porque no pensaba ser una sierva, como mi madre.

No me refiero a que me trataran como a una esclava, porque a la vista estaba que con mi madre no ocurría eso, pero sí que tenía que ser una mujer servil, que aguantaba infidelidades y desplantes agachando la cabeza.

—Veo que vas entrando en razón, pero, por si acaso, será mejor que te mantengas encerrada en esta habitación hasta que llegue el día.

Por un momento, estuve tentada a contestarle, pero pensé que sería mejor quedarme callada y no rebelarme más y así intentar salir de allí lo más pronto posible.

—Le diré a María que te suba la comida aquí, así no tendrás ni que moverte.

—Claro, como tengo el baño aquí, no necesitaré la campanita —mascullé.

—¿Qué estás diciendo?

—Que me voy a dar un baño, a ver si así me relajo.

—Ya me parecía a mí que había escuchado mal.

Mi padre salió de mi habitación, echando la llave desde fuera. Nunca había entendido el motivo de que hubiera cerraduras en las habitaciones hasta este momento.

Saqué la maleta de donde la había escondido y seguí guardando cosas. Porque me iba a escapar, aunque me fuera la vida en ello.

Y no, no estaba huyendo, como podéis estar pensando ahora mismo; estaba escapando, que no es lo mismo.

Sabía que mi padre no pararía hasta encontrarme, por lo cual tendría que irme lo más lejos posible, buscar un lugar antagónico al que me encontraba ahora mismo.

Pero de eso me ocuparía más tarde, porque, en estos momentos, mi principal objetivo es salir de aquí y que nadie se dé cuenta.

Podría llevarme mi coche, pero no las tenía yo todas conmigo de que mi padre no me hubiera instalado un localizador o algo.

También tenía que intentar averiguar lo que mi padre y mi exnovio se traían entre manos y, para ello, tendría que exponerme un poquito más.

De pronto, recordé una carpeta que me había dado Jacob hacía meses y que me dijo que le guardara en mi habitación, porque él no la podía tener en su casa.

Ni siquiera me pregunté, en aquel momento, si sería algo legal o no; simplemente lo guardé.

Ahora me daba cuenta de lo idiota que había sido, de lo ingenua que podía llegar a ser una mujer cuando estaba enamorada, o cuando creía estarlo, porque ahora me daba cuenta de que no lo había estado nunca.

Me levanté corriendo porque sabía que en cuanto Jacob se acordara de que yo tenía esa carpeta, subiría corriendo a buscarla.

La saqué del cajón en el que la había guardado y, nada más abrirla, la realidad me dio de lleno.

Mi padre y mi exnovio no solo se dedicaban a invertir el dinero de sus clientes, sino que también los estafaban.

No sabía lo que tenía que ver aquel chico al que le habían dado tremenda paliza, pero, con lo que tenía delante, tan solo había dos opciones.

O había intentado hacer lo mismo que ellos y robarles, o se había ido de la lengua.

Cogí una vieja cámara de fotos digital porque no me pensaba llevar el teléfono y capturé todo lo que tenía delante, metiendo la cámara en mi maleta y guardando todo en el mismo lugar en el que lo tenía.

Tal y como había pensado, minutos después escuché la cerradura de nuevo, pero el que entró no fue mi padre, sino Jacob.

Se acercó a mí muy lentamente y me agarró del brazo; me iba a dejar marca por la manera en que apretaba y, sin darme opción a nada, me pegó a él.

Sentí una mezcla de rabia y asco, pero lo disimulé lo mejor que pude, sobre todo cuando posó sus labios en los míos.

Por supuesto, no respondí a ese beso que me estaba dando, y eso lo enfureció, dándome una bofetada que me dolió el doble, porque lo hizo en el mismo lugar en el que lo había hecho mi padre horas antes.

—Podríamos haber sido tan felices si no te hubieras metido donde no te llaman...

—Contigo, jamás hubiera sido feliz.

—Le diré a María que te traiga hielo para la cara, o parecerás un monstruo el día de la boda.

—Como si a ti te importara algo.

—Claro que me importa, pequeña. ¿Qué dirá la gente cuando te vea con la cara amoratada?

—Que me estoy casando con un salvaje, como mínimo.

Me cogió del pelo, jalando de él hasta el punto de que se me saltaron las lágrimas, y no solo por el dolor.

—Ahora te lo voy a dejar pasar, pero ten clara una cosa: a partir de que estemos casados, no seré tan permisivo y tendrás que hacer todas y cada una de las cosas que yo te diga.

—Eso lo veremos...

—No me repliques más o tendrás que ir a la boda con una careta.

Me revoleó de mala manera encima de la cama, haciendo que rebotara y cayera al suelo, dándome con la mesilla de noche en la cabeza, pero a él le dio igual.

Empezó a revolver todos los cajones hasta que encontró la carpeta. Con lo fácil que hubiera sido preguntarme dónde la tenía guardada, pero no solo era eso lo que buscaba, y lo supe en cuanto que lo vi coger mi pasaporte.

—Ahora sí que no podrás huir y, si lo haces, no irás demasiado lejos; te lo aseguro.

—¿Cómo pretendéis que me marche si me tenéis encerrada?

—Y así estarás hasta que entres en razón, incluido después de la boda. Bueno, no, pensándolo mejor, hablaré con tu padre y continuarás encerrada hasta que me des un hijo.

—Estáis completamente locos, de verdad os lo digo.

—La culpa nada más ha sido tuya, de nadie más.

No quise seguir discutiendo; no merecía la pena. Tenía que guardar mis fuerzas para salir de aquí y lo tenía que hacer esta misma noche.

Después de que Jacob me pegara y mi madre no subiera a ver cómo estaba, decidí que ya no tenía familia.

Si ellos, que serían los que me deberían de proteger, no lo hacían, tendría que ser yo la que tendría que aprender a hacerlo por mí misma.

María entró un buen rato después, con una placa de esas que se usan en fisioterapia y que no había visto en mi vida.

—Toma, mi niña, pónelo en el golpe, que te aliviará bastante.

—Parece que entiendes mucho de esto, María.

—Ay, mi niña, no sabes la cantidad de veces que se lo tuve que aplicar a tu madre.

—¿Perdona? No sabía nada de eso...

—Claro que no, porque tu madre nunca permitió que lo vieras para que no te enfrentaras a tu padre ni quisieras huir.

—Ahora entiendo todas esas veces que, cuando llegaba del colegio, no la encontraba y me decías que estaba en su habitación porque tenía migraña...

—Exacto, pero espero, de corazón, que tú no seas igual que ella, que abras los ojos y no lo permitas.

—No pienso hacerlo, pero para eso, tengo que salir de aquí y necesitare ayuda.

—Aquí me tienes para lo que necesites, mi niña.

—No me gustaría meterte en esto; tienes un hijo pequeño y no quiero que pierda a su madre.

—Lo sé, pero de alguna manera podremos hacerlo.

Capítulo 3



Audrey

María se marchó de mi habitación, prometiendo que volvería antes de irse, pero que no le pidiera que dejara la puerta abierta, porque no estaba dispuesta a poner a su hijo en peligro y la entendía perfectamente.

Me asomé por la ventana de mi habitación y pude ver que, si me agarraba bien a la celosía que había junto a ella, podría bajar perfectamente; el problema era cómo bajar con la maleta.

Casi sin darme cuenta, se había pasado la tarde y María entraba de nuevo por la puerta, con su sonrisa característica.

—¿Cómo sigues, mi niña?

—Intentando ver cómo salir de aquí.

—Ten muchísimo cuidado, mi amor, no te lo van a poner fácil.

—Ya lo tengo todo controlado y sé cómo bajar y cómo salir de aquí sin que me vean. El problema es cómo voy a sacar la maleta.

—En eso sí que puedo ayudarte.

—¿Me lo dices en serio?

—Completamente. Voy a hacer una cosa. Voy a bajar con la maleta y le diré a tu madre que tú me has dado esa ropa porque no te gusta y no la vas a volver a usar.

—La van a registrar; estoy segura de eso.

—Y yo también; por eso, vas a sacar de ahí cualquier cosa de valor que lleves y la guardarás en una mochila, que te la llevarás contigo cuando te marches de aquí.

—Gracias, María, de verdad, eso significa mucho para mí.

—No he terminado de contarte.

—Sigue, por favor, y perdona por cortarte.

—No pasa nada, mi niña. De toda esa ropa que llevas, tendré que elegir un conjunto que me pondré mañana, para que no sospechen de mí.

—Como si tienes que coger dos o tres, me da lo mismo.

—Eso es buena idea, sí. Mete dos o tres de los que están colgados en el armario, y así sí que no sospechan.

—¿Dónde me dejarías la maleta?

—Como puedo suponer, saldrás de aquí por la ventana. Si es así, cogerás por el punto ciego hasta salir por la puerta del jardín. ¿Me equivoco?

—No, no te equivocas; ese es mi plan.

—Bueno, pues te la dejaré escondida detrás de la puerta por la que saldrás, entre los arbustos, para que no te la quite nadie.

—Gracias, gracias, María, te voy a echar mucho de menos.

—Y yo, mi niña. Ahora, vamos a hacer lo que hemos dicho: que están tus padres abajo y no quiero que piensen que tramamos algo.

Abrí la puerta de mi armario y metí tres conjuntos para que María se quedara con ellos.

Lo cierto es que no me los había puesto mucho, entre otras cosas porque Jacob me decía que llamaba mucho la atención con ellos y que los hombres me miraban mucho.

Ahora me daba cuenta de que me estaba anulando poco a poco y de la manera más sutil.

Saqué de la mochila la cámara de fotos, que era mi seguro de vida, así como mi cartera, y se las di para que las bajara.

—No me puedo llevar esta maleta nueva. ¿No tienes otra más vieja que no te sirva?

—Claro, pero a ver si se me va a romper por el camino.

—No, no se te rompe y será más creíble para todos.

—Tienes razón; voy a bajarla del altillo.

—Quita, que ya la bajo yo.

María se subió a la silla de mi escritorio y bajó la maleta vieja que llevaba allí arriba ni se sabe cuánto tiempo.

Me ayudó a cambiar la ropa de la maleta, dejando lo que ella llevaría encima de todo, para que le fuera más rápido abrirla y cogerla.

Después de eso, se despidió de mí con un abrazo y deseándome la mejor de las suertes.

Volvió a cerrar la puerta con llave y bajó las escaleras con esa maleta. No quise ni asomarme a la ventana, pues sabía que todos estarían pendientes de mí y de mi manera de actuar.

Quise fingir que me había resignado, por lo que me senté en el sillón y volví a coger el libro. Sabía que mi padre subiría de nuevo a comprobar que la puerta estuviera cerrada, y así pasó.

La puerta se abrió y yo estaba ahí, en la misma posición, con mi mochila escondida debajo de la almohada, por si les daba por registrar algo y no la encontraran.

—Me alegro de que hayas entrado en razón y te hayas deshecho de esa ropa que tan mal te sentaba.

—Vaya, gracias por tus palabras.

—Tú eres una mujer con clase y esa ropa te hacía parecer vulgar, además de poner a tu prometido en un compromiso por la mirada lasciva de otros hombres.

—Sí, a María le sentarán mejor.

Mi padre no se daba cuenta de la ironía con la que le estaba hablando, y por eso me miraba como si estuviera orgulloso de mí, cuando en realidad lo único de lo que estaba orgulloso era que no estaba rebelándome.

—Tu madre, Jacob y yo nos vamos a cenar. Antes de irnos, te subiré algo para ti, para que no pases hambre.

—No tengo ganas de cenar; prefiero darme una ducha e irme a la cama.

—Me da igual que tengas o no ganas, comerás o caerás enferma y, aunque tengas que ir arrastrando un gotero, la boda se celebra el sábado, sí o sí.

—Entonces, haz lo que te salga del alma.

Mi padre salió de la habitación, no sin antes lanzarme una de sus famosas miradas asesinas, que, en otros tiempos, me hubiera intimidado, pero hoy, y después de lo que había visto, era como si me hiciera cosquillas.

Tal y como había dicho, un buen rato después entró en mi habitación con una ensalada y una tortilla que María había dejado preparada, y de la que me prepararía un bocadillo con el pan que habían traído.

—Espero que no hagas ninguna tontería mientras que estamos fuera, porque no te serviría de nada. He puesto seguridad hasta que volvamos.

—No sé qué podría hacer, como no me dedique a hacerme un tatuaje con el tenedor y el cuchillo de plástico...

—Está bien, no tardaremos mucho. Cuando volvamos, entraré a retirar todo esto y a ver cómo estás.

Me daba igual lo de la seguridad, porque no me iba a marchar mientras que ellos estuvieran cenando, o me cogerían enseguida.

Iba a esperar a que volvieran y, una vez que estuvieran completamente dormidos, intentaría llevar a cabo mi plan.

Si todo salía como pensaba, contaría con un margen de unas cuatro o cinco horas hasta que se dieran cuenta de mi marcha. Sí, me negaba a decir huida porque era mayor de edad y podía hacer con mi vida lo que me diera la gana.

Me acosté con la ropa con la que pensaba marcharme, e hice como que me había quedado dormida leyendo, por lo que dejaría el libro abierto sobre mi pecho.

De esa manera, no les extrañaría que lo hiciera con la ropa de calle y no con el pijama, y esperaba que mi estrategia diera resultado.

Os prometo que, por mucho que quise dormir un poquito para tener fuerzas para más tarde, no pude.

Los nervios me comían por dentro y, cuando escuché el coche de mis padres entrando en la propiedad, por fin respiré tranquila.

Me recosté encima de la cama y puse el libro tal y como había planeado, cerrando los ojos y relajando la respiración, para algo me habían servido las clases de yoga.

—Veo que ha recapacitado; es lo mejor para ella —dijo mi padre, abriendo mi puerta.

—Tan solo os voy a pedir una cosa: que Jacob no la vuelva a golpear —pidió mi madre.

—Eso será cosa de él; yo, una vez que salga de aquí, no quiero saber nada. Si se porta bien, no tendrá necesidad de pegarle; todo dependerá de ella.

Mi madre, lejos de rebatirle nada, se mantuvo en silencio, y eso me dolió más que todos los golpes que pudiera darme Jacob o mi padre.

Salieron de allí y volvieron a cerrar la puerta con llave. Sabía que el encargado había sido mi padre, pues no osaría dejar mi encierro en manos de nadie para que pudiera escaparme.

Me había fijado, en la vez anterior en la que entró, en que llevaba esa llave al cuello, en una cadena, asegurándose, así, de que mi madre no se la pusiera a quitar y me diera la libertad.

Esperé como un par de horas, que era lo que, normalmente, tardaban en dormirse y, cuando escuché los ronquidos de mi padre, me levanté de la cama.

Saqué mi mochila, dejé mi móvil encima de la mesilla de noche y me asomé a mi ventana.

No había nadie en la calle, por lo que me colgué la mochila a mi espalda e hice lo que tenía pensado.

No era mucha la altura, pero la suficiente como para pensar que, si caía mal, podría joderme bien la vida, aunque no tanto como si me quedara aquí encerrada.

Capítulo 4



Audrey

Con mucho esfuerzo y el miedo acuciando en la misma medida, llegué abajo, pero no podía respirar todavía con tranquilidad, porque no había salido de allí.

Me fui pegando a la pared, buscando los puntos ciegos de las cámaras, y lo conseguí porque no se encendió ninguna luz.

Sí, mi padre tenía un sistema de seguridad que, en cuanto se activaba, si detectaba una presencia en el jardín, se encendían todas las luces.

No sería la primera vez que, por un gato, se pusieran todos a revisar todos y cada uno de los rincones, porque se hubieran encendido las luces.

Salí por la puerta trasera y, tal y como me había dicho María, allí encontré la maleta, esa que cogí, y salí de la urbanización lo más pronto posible.

En mi mochila llevaba una gorra y unas gafas de sol, para ponérmelas en cuanto que llegara a la estación de autobuses.

Había trazado un plan. Lo primero que haría sería ir a un cajero y vaciar mi cuenta. En cuanto lo hiciera, partiría y tiraría la tarjeta.

Una vez que tuviera efectivo, compraría un billete de autobús hacia Carolina del Norte, pero, realmente, mi intención era marcharme a Texas, donde ya había visto un pueblo a dos horas de Austin que me llamó muchísimo la atención.

El trayecto sería largo, lo sabía, pero me llevaría hasta la libertad y eso sería lo mejor que me pudiera pasar en la vida.

Pude sacar mi dinero sin ningún problema; eran tan imbéciles y estaban tan seguros de que no me atrevería a marcharme que ni siquiera habían pensado en bloquear la cuenta.

De ahí, directamente me fui hasta la ventanilla de la estación de autobuses, en la que compré mi billete, que era nominativo, y me senté delante de la cámara, para que me vieran bien.

Cuando llegó la hora en la que salía el autobús, me levanté de ahí y me dirigí a la puerta por la que teníamos que subir y que, por suerte, estaba en el lado contrario de la cámara.

Una vez allí, me cambié de chaqueta, me recogí el pelo y me puse la gorra y las gafas de sol.

No pensaba comprar otro billete en la misma estación; no era tan gilipollas, pero en el último momento me di cuenta de que, si tomaba un taxi para la siguiente, tal y como pretendía hacer, el taxista podría hablar.

Tenía que buscar un nuevo plan para adquirir el billete hasta que el destino me lo puso por delante.

En la ventanilla había una señora mayor comprando un billete para Fredericksburg y me planté a su lado, a ver si me hacía el favor.

—Señora, ¿me podría hacer usted un favor?

—Dime, bonita. ¿Qué necesitas?

—Me he dejado la documentación en mi casa y tengo que viajar ahora mismo para Texas.

—¿Quiere que te compre yo el billete?

—Si lo hace, se lo agradecería eternamente, porque así no perdería el día, ya que no sale otro hacia allí hasta mañana.

—Dame el dinero, que ahora mismo te lo compro.

La señora tomó mi dinero y compró otro billete a su nombre y pude respirar tranquila.

Siempre me había quedado fuera de la cámara, además de estar disfrazada, por decirlo de alguna manera.

Media hora después, pudimos tomar ese autobús y, en cuanto se puso en marcha, respiré tranquila.

Por ahora, lo había conseguido y me parecía mentira.

Haríamos varias paradas, ya que el trayecto nos llevaría unas catorce horas, como mínimo, y no pensaba dejar que esa mujer pagara absolutamente nada.

La primera parada la hicimos sobre las doce del mediodía, cuando llevábamos unas seis horas en carretera, ya que el autobús salió de nuestra ciudad a las seis de la mañana.

—Amy, vamos a comer algo, anda, que nos queda mucho viaje todavía por delante.

—Audrey, cariño, no hace falta. Yo he cogido algo de casa de mi hijo...

—De eso nada. No te puedes imaginar el favor que me has hecho. Además, me tienes que contar qué vas a hacer en Texas, que no me has dicho nada.

—Uy, vivo allí, querida. Vengo de ver a mis nietos; lo hago una vez al año, si no, no los vería nunca.

—¿Tu hijo o hija no te los lleva a tu casa?

—Mi hijo y mi nuera están muy ocupados con el trabajo y no pueden. Pero bueno, aquí estoy yo, que paso una semana con ellos todos los años en esta época, que es el cumpleaños de mi hijo.

—Siempre se debería sacar un huequito para una madre que se lo merezca.

—Eso mismo digo yo, pero, al parecer, no me lo merezco.

—Amy, no voy a entrar en eso porque no la conozco tanto, pero bueno, vamos a desayunar y hablamos un poquito de lo que está pasando en el mundo.

Paramos en una especie de gasolinera que había en medio de la carretera y en la que había una tienda y un restaurante.

Antes de entrar, y desde el mismo autobús, me fijé hacia dónde enfocaba la cámara y, si me bajaba, me enfocaría de lleno; por eso, preferí quedarme en el interior.

—Amy... yo...

—No me tienes que contar nada, Audrey. Se nota a leguas que estás huyendo de algo o de alguien.

—De alguien, pero no he hecho nada malo, te lo prometo.

—Eso se ve en la cara, cariño, no temas. Voy a bajar por algo de comer para las dos, y ahora, cuando suba, si te apetece hablarlo, lo haces, y si no, no pasa nada.

—Gracias, pero no te voy a permitir que pagues nada. Toma, compra dos buenos bocadillos y dos botellas de agua, y ahora te cuento todo cuando comamos.

Me volví a sentar en mi sitio, esperando a que subiera Amy de nuevo. Era una señora encantadora, en la que sabía que podía confiar, y por eso, decidí contarle todo en cuanto que llegara.

No tardó ni quince minutos en hacerlo y me dijo que había una parte en la que la cámara no me captaría y que podía ir al baño si tenía la necesidad.

—No hace falta, Amy. Fui antes de salir, ya en la próxima parada, si lo necesito, bajaré.

—Yo ya he ido, pero claro, la edad y el haber dado a luz dos veces es lo que tiene: que el aguante ya no es el mismo.

Empezamos a reír las dos, sentándonos en nuestros asientos, y nos dispusimos a comernos ese gran bocadillo.

Tenía claro que no me lo iba a comer entero, por eso, lo partí por la mitad y lo envolví en una servilleta, además del papel de aluminio que ya llevaba, y lo guardé en la mochila.

En quince minutos, el autobús se volvió a poner en marcha y volví a respirar, pues nada podía demostrar que yo había estado allí.

En cuanto que estuvimos a unos kilómetros de nuestra última parada, empecé a contarle a mi compañera de asiento el motivo por el que había escapado de mi casa, sin entrar en detalles, la verdad.

—Has hecho bien, cariño. Si no querías casarte con ese hombre, por el motivo que sea, lo mejor es poner tierra de por medio.

—Sabía que, si me quedaba, tendría que someterme a sus caprichos, y soy demasiado joven para eso, además de que tengo claro que las palizas me iban a llover de tres en tres.

—¿Te pegaba?

—Si hoy no tengo el ojo como si hubiera salido de un combate de boxeo, es porque María, la chica del servicio, se ocupó de ponerme hielo y crema antiinflamatoria.

—Mi niña, ¿has pensado en denunciarlo?

—No puedo, Amy, porque si hago eso, tendría que volver y no estoy dispuesta. Además, no cuento con el apoyo ni de mi padre ni de mi madre.

—Eso sí que no me lo puedo creer.

—Pues hazlo, porque es la pura verdad.

—¿Tu madre sabía que te pegaban?

—Por supuesto, además de que ella misma lo ha sufrido en sus propias carnes, porque mi padre, hasta hacerla entrar en razón, como dice él en su discurso, lo ha hecho.

—Con cada palabra que sale de tu boca, entiendo mejor que hayas decidido huir, cariño. Y ahora, ¿qué vas a hacer?

—Pues, con sinceridad, no tengo ni idea. He vaciado mi cuenta bancaria, con lo que contaré con algún dinero hasta que encuentre trabajo; eso sí, espero que allí haya un hostel o algo en el que poder quedarme de momento.

—Por supuesto que vas a tener dónde quedarte, porque lo harás en mi casa. Además, ¿tienes estudios?

—Sí que tengo; soy profesora de educación infantil, pero será muy difícil trabajar en eso, porque mi padre podría rastrearme. Necesito encontrar un trabajo con alguien de manera privada.

—Y yo te ayudaré a conseguirlo; te lo aseguro.

—Gracias, Amy, me has facilitado muchísimo la vida; te lo prometo.

—Más fácil me has hecho tú el viaje, que siempre hago llorando.
Ahora sé que no me volveré a sentir sola, jamás, mientras que tú estés
a mi lado.

Capítulo 5



Logan

Estaba en mi rancho y, como hacía siempre, nada más levantarme, me dirigía a echarles de comer a los animales, antes de empezar con mi rutina diaria.

Pero para que entendáis eso, tendré que contaros algo de mí o terminaréis completamente perdidos.

Mi nombre es Logan Miller; tengo treinta y dos años y soy padre de un niño de cuatro, Noah, que se quedó sin madre desde bien pequeño.

No, no soy viudo, entre otras cosas porque jamás me casé con ella y tampoco había muerto, o al menos eso pensábamos.

Una mañana, cuando Noah tenía ocho meses, al volver del trabajo, me encontré a mi hijo llorando y una nota junto a la cuna, una que me aprendí de memoria, de la cantidad de veces que la leí.

«No puedo con esto; la maternidad me ha venido grande. Sé que Noah estará mejor contigo que conmigo. He conocido a alguien y me marcho con él. Te adjunto toda la documentación de la renuncia a tu favor de la custodia del niño. No me busques y sé feliz.»

Esa fue la despedida de Britany, como el que dice que no se te olvide de subir el pan cuando vengas de vuelta.

¿A ella le había venido grande la maternidad? Lo entendía porque nadie nace con un manual sobre cómo ser padre o madre, pero si lo hubiera hablado conmigo, hubiéramos buscado la manera de solucionarlo.

Pero no, ella tomó la salida fácil y me dejó ahí, con veintiocho años, un rancho que sacar adelante y un niño pequeño que demandaba mucha atención que yo no podía darle.

En cuanto pude reaccionar, cogí a mi hijo en brazos y lo saqué de la cuna, donde su madre lo había dejado.

No sabía a la hora a la que se había marchado, ni siquiera si le había dado de comer, por lo que no tuve más remedio que dejar mis lamentos para después y dedicar mis esfuerzos a mi hijo.

Lo llevé conmigo a la cocina y, sin saber qué hacer o darle, preferí llamar a mi madre.

—Mamá, es Britany. Te necesito.

—¿Qué ha pasado, hijo?

—No lo sé; se ha marchado; Noah no para de llorar y yo no sé qué hacer con él ni qué darle de comer.

—Voy para allá.

Por suerte, mi madre vivía a pocos minutos de mi rancho, en el centro del pueblo, así que en quince minutos ya estaba allí, junto a Paul, mi hermano pequeño.

Nada más ver al niño, lo cogió en brazos y le cambió el pañal. ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

Joder, estaba tan bloqueado que ni cuenta me di de mirar eso. A continuación, lo sentó en la trona y se puso a prepararle un plato de puré de verduras, que mi niño se comió sin rechistar.

Cuando lo volvió a dormir, se sentó a mi lado, me cogió las manos y me preguntó lo que había sucedido.

—No lo sé, mamá, te juro que ni siquiera habíamos discutido.

—¿No la notaste rara en estos últimos días? —Me preguntó Paul.

—No, tan solo la vi algo más cansada que de costumbre, pero lo achaqué al cuidado del niño.

—Hijo, yo he criado a dos, prácticamente sola, porque tu padre, al igual que tú, se pasaba todo el día trabajando, y eso no es excusa —me dijo mi madre.

—Tan solo me dejó esto, junto a la cuna del niño, en la que lo dejó metido, sin avisarme ni nada. Tan solo él sabe el tiempo que se llevó solito.

Le entregué la nota a mi madre, que cambió su cara de momento, como si hubiera conectado algo de lo que yo no tenía ni idea.

—No ha sido la maternidad, hermano. Ha sido que se ha liado con otro y el niño, al igual que tú, le molestabais para continuar con sus planes y su vida.

—Eso mismo he pensado yo. Aunque la pregunta es: ¿cuándo y dónde lo conoció? Porque de aquí no salía.

—Pues no lo sé, mamá, pero tampoco me importa, si te soy sincero. Ahora, lo más importante es mi hijo. De momento, mi corazón se quedará blindado para los restos.

—No hables así, Logan, que todavía eres muy joven.

—Lo siento, pero no me pienso enamorar nunca más. Con una experiencia así, tengo suficiente.

Desde ese día, tanto mi madre como mi hermano, cuando su trabajo se lo permitía, me ayudaban con el cuidado de Noah.

Contraté más personal para que me ayudara en el rancho; de ese modo, aunque me marchaba muy temprano, podía volver a desayunar con mi hijo.

Normalmente también hacía la comida y, a la hora de la cena, también estaba en casa, y me podía encargar de su baño y de acostarlo, leyéndole un cuento que tanto le gustaba.

Alguna que otra vez me había preguntado por su madre y, aunque quise inventarme alguna historia, mi madre no me dejó y me exigió que le dijera al niño la verdad, suavizándolo todo, por supuesto.

Su argumento era claro: los niños iban creciendo y no medían sus palabras, por lo que alguno podía decirle lo que había oído en casa, porque la gente murmuró durante mucho tiempo y seguían haciéndolo.

Cuando reuní las fuerzas suficientes, le conté que su mamá se había marchado porque se había enamorado de otra persona, pero que eso no significaba que no lo quisiera, todo lo contrario, porque hizo lo mejor para él, que era seguir conmigo y que no tuviera que andar de arriba para abajo.

Mi hijo lo entendió a medias, pero no volvió a preguntar por ella nunca más. Esa mañana tenía que ir al pueblo a por materiales y pienso para los animales, que ya me estaba quedando bajo mínimos.

Solía ir una vez al mes, hacer la compra y, por la tarde, uno de los chicos me lo llevaba hasta el rancho y me ayudaba a descargarlo.

Me subí a mi camioneta y me encaminé hacia allí. Mi hijo estaba en casa de mi madre, pues se fue con ella la tarde anterior, y hoy comeríamos todos en su casa.

Aparqué delante de la tienda de suministros y entré, quitándome el sombrero, pues así me había enseñado mi padre que hiciera, en señal de respeto.

—Buenos días. ¿Vienes a por lo de siempre, Logan?

—Buenos días, sí, pero, además, necesito alambrada para reparar el gallinero y pintura blanca, que ya toca darle un repasito a la vaya.

—No te preocupes, que te lo llevamos todo esta tarde. Pero para la próxima vez, no hace falta que vengas hasta aquí; con que me llames por teléfono, es suficiente.

—Ya, pero si no vengo a comprar, no saldría del rancho y, de vez en cuando, me viene bien desconectar y poder tomarme una cerveza con mi hermano.

—Entonces, si ese es el motivo, está bien hecho.

Pagué mi cuenta y salí de allí directamente hasta el bar que estaba en la acera de enfrente, donde había quedado con mi hermano para tomarme una cerveza, antes de ir a comer a casa de mi madre.

Mi hermano Paul había estudiado medicina y trabajaba como médico en la consulta del pueblo.

No es que el pueblo donde vivíamos fuera pequeño, pero tampoco era demasiado grande. Además, siempre estaba lleno de turistas, pues era uno de los pueblos más típicos de Texas.

Pero, antes de poder entrar en el bar, al doblar una esquina, me tropecé con una chica, haciendo que cayera de culo sobre la acera.

—Joder, vaya golpe que me has dado.

—Lo siento, pero la culpa no ha sido solo mía; ambos íbamos distraídos.

—No, eso sí que no te lo voy a consentir, porque, precisamente, siempre voy alerta.

—Pues yo también; no te vayas a pensar que voy golpeando y tirando al suelo a todo el que me cruzo.

—Yo no he dicho eso, pero bueno... ¿Me vas a ayudar a levantarme o me piensas dejar aquí toda la tarde?

—Sí, perdona, pero no me había dado cuenta.

—No, si al final el único que va a estar distraído vas a ser tú. No te preocupes, que ya me levanto yo sola, no vaya a ser que me sueltes y pegue otro batacazo más grande que el primero.

Me aguanté la risa porque esta mujer tenía un descaro que me gustaba, además de que era preciosa; eso no se podía negar.

Tendría que ser una turista, por su manera de vestir, pero, sobre todo, por el bronceado de su piel, que no era el mismo que tenían las mujeres de esta parte del país.

Me quedé mirándola cuando seguía adelante, y sí, su trasero con ese pantalón vaquero corto era para mirarlo; hasta mi hermano, que era gay, lo hizo.

—Eso es un culo y lo demás un cuento.

—¿Perdona? ¿De qué hablas?

—Ah, claro que tú estabas mirando la matrícula del coche que ha pasado. Perdona, se me había olvidado de que a ti no te gustan las mujeres.

—Yo no he dicho que no me gusten las mujeres; por supuesto que me gustan; lo que no me gusta es tener que vivir con ellas.

—Sí, sí, un polvo rapidito y para casa.

—Tan poco pongo el cronómetro, chico.

Mi hermano me miró y ambos soltamos una carcajada antes de entrar en el bar, en el que nos sentamos a un lado de la barra.

Mi familia insistía en que debería buscar a una buena mujer que se implicara conmigo y con mi hijo, pero no era eso lo que yo quería. Mi cupo de sufrimiento por amor ya lo tenía cubierto con mi relación con Britany.

Aparte de eso, otra cosa en la que ellos seguían insistiendo era en que me mudara a la ciudad y dejara mi casa en el rancho tan solo para determinadas temporadas, arguyendo que mi hijo tenía que relacionarse con otros niños.

Ya lo hacía; iba al colegio a diario y yo me encargaba de llevarlo hasta allí. Después de que terminaba el horario escolar, era mi madre o mi hermano quien lo recogía y lo acercaban hasta el rancho.

Tampoco es que estuviéramos a una hora del centro del pueblo; en quince o veinte minutos ya estábamos en la puerta del colegio, donde pasaba el día con sus amiguitos.

Nos tomamos esa cerveza que teníamos prevista en el bar y pusimos rumbo a casa de mi madre, pero Paul seguía insistiendo en que esa mujer me había gustado mucho.

—No digo que no me haya gustado, porque está tremenda, pero para una noche, nada más.

—Desde luego, hijo, eres de lo que no hay. Si no me gustaran los hombres, te prometo que me iba de cabeza a por ella, para que vieras que, si te despistas, la pierdes para siempre.

—¿Quién ha dicho que yo quiero conservarla? Además, está claro que es una turista que, como mucho, pasará aquí una temporada.

—Eso no lo sabes, Logan. Lo mismo y viene a quedarse. Siendo sincero, te vendría bien una mujer así que te ayudara con Noah.

—He dicho que no y ya estoy cansado de siempre lo mismo, Paul.

—Imbécil, no te estoy hablando de manera sentimental. Te digo que, si pretende quedarse aquí, deberías hablar con ella y contratarla para que te ayude en la casa y con el niño.

—Mira, a eso no te voy a decir que no, porque mamá cada vez está más mayor y le cuesta más seguirle el ritmo a Noah. Ya había pensado en contratar a alguien.

—¡Gracias, Dios mío; mis plegarias han sido escuchadas!

—¿Qué haces, loco?

—Agradecer a la vida que eso que tanto he pedido me lo haya dado por fin. Mis ojos han podido ver cómo, por primera vez en todos estos años, tú y yo estamos de acuerdo en algo.

Nos miramos y empezamos a reír a carcajadas porque mi hermano tenía esa habilidad, la de hacer de los peores momentos un chiste.

Capítulo 6



Audrey

Llegamos a Fredericksburg bien entrada la tarde y, por mucho que insistí en que me buscaría algún tipo de alojamiento, la señora Amy no me lo permitió y no tuve más remedio que claudicar a sus deseos.

—He dicho que no, que te vienes a mi casa, al menos, hasta que encuentres trabajo.

—No quiero molestarte, de verdad. Ya has hecho suficiente por mí y no tendré vida para agradecértelo.

—No me vas a molestar; más bien, todo lo contrario, cariño. Así no me sentiré tan sola.

—Bueno, si lo que dices es cierto y te sentirás mejor estando yo acompañándote, no puedo decir que no.

El pueblo, al ser un día entre semana y la hora a la que llegamos, parecía desierto, aunque, al pasar por el bar, dentro se escuchaba el bullicio de las charlas de las personas que estaban en el interior, disfrutando de una cerveza con amigos.

La casa de Amy estaba justo en el centro de la calle principal y era una divinidad de bonita. Tenía un jardín precioso, a la entrada de la casa, que tenía una fachada blanca con una puerta de color verde con un llamador dorado.

Cuando entramos dentro, pude comprobar de primera mano lo que significaba la palabra hogar. El olor a pan recién hecho, a canela, en definitiva, a amor, estaba presente en cada rincón de esa casa.

—Ven, cariño, que te enseñaré la casa y te llevaré a tu habitación, donde podrás descansar de un viaje tan largo.

—¿Podría darme una ducha? Estoy pegajosa del calor que hemos pasado, a pesar de llevar el aire acondicionado puesto en el bus.

—No tienes que pedir permiso para nada, Audrey. Siéntete como si estuvieras en tu casa.

—Si me tengo que sentir así, entonces, tendré que pedir permiso hasta para poder respirar.

—Ay, mi niña, cuánto has tenido que sufrir en esa casa. Cada segundo que pasa, tengo más claro que no podías haber hecho algo mejor que salir de allí. Aquí estarás a salvo de todo eso.

—Bueno, quiero dejar todo eso atrás, que ahora soy una Audrey nueva y voy a ser feliz.

—Eso, por supuesto. Además, que, seguro que aquí encuentras de nuevo el amor, que hay hombres muy guapos e interesantes.

—¡Quita, quita! Que yo no quiero saber nada de eso. Es más, me he hecho una lista con diez motivos para no volver a enamorarme.

—Cariño, no todos los hombres son iguales; te lo aseguro.

—Chica, pues con todos los que me he encontrado yo han resultado serlo.

—Date la oportunidad de ser feliz. Iba a decirte que, de nuevo, pero entiendo que no es así, que sería la primera vez que lo fueras.

—Ciertamente, este momento es el que más se asemeja a la felicidad que he sentido nunca. Me siento libre, como nunca antes me había sentido, y eso no está pagado con nada.

—Y te entiendo perfectamente, Audrey, pero eso no está reñido con que puedas volver a amar.

—Para mí, amor es sinónimo de cadenas, de sometimiento y no pienso sentirme así nunca más.

—Ya, pero es que esta percepción que tú tienes del amor no es la realidad, y te darás cuenta tarde o temprano, ya lo verás.

Dejamos esa conversación y nos fuimos a la planta de arriba de la casa, donde se encontraban los dormitorios y el baño. Amy me indicó que, mientras que yo me daba esa ducha que tanto necesitaba, ella prepararía algo de cenar para las dos.

Amy no era una mujer demasiado mayor, pues podía tener unos setenta años, aproximadamente, y contaba con una vitalidad que ya quisiéramos tener muchas que no habíamos cumplido los treinta.

Era completamente autónoma y no necesitaba a nadie para hacer sus gestiones y llevar a cabo sus cuidados del día a día, y eso me parecía maravilloso.

Sin poder evitarlo, me vino a la cabeza mi madre, que, con muchísimos menos años que ella, no sabía hacer nada sin ayuda, ni siquiera una cena en condiciones, que lo único que hacía era calentar en el microondas lo que María dejaba preparado.

Me pregunté si parte de la culpa no la tenía mi padre, que la había ido anulando como persona, que la había moldeado a su antojo para que tan solo fuera un mero adorno que llevar junto a su brazo.

Porque eso sí, tenía que ir perfecta las veinticuatro horas del día, y recibía la visita de la peluquera y la estilista una vez a la semana, que era cuando le daban el tinte y le arreglaban las uñas.

Entré en mi habitación, bueno, en la que ella me dijo que me podía instalar y que era una maravilla, tanto por las vistas que tenía a la parte trasera de la calle, desde la que se veía el campo y un rancho a lo lejos.

Contaba con una cama doble, cuyo cabecero era de esos de forja, en color blanco, que le daba un toque rústico y precioso. El resto de los muebles eran del mismo color, que contrastaba con un suelo de madera oscura.

Toda ropa de la habitación era de un color rosa talco que quedaba ideal, y que había confeccionado Amy con sus propias manos, para su nieta, pero que su madre había dicho que ella no usaba estas cosas tan rústicas, y se lo tuvo que traer de vuelta.

Entré en el baño y sentir el agua calentita caer por mi cabeza hizo que me relajara muchísimo, hasta el punto de que casi me quedo dormida allí. Me encantaba la sensación de seguridad que me daba el saberme a salvo y querida, y supe que no me quería mover de allí nunca más.

—Venga, que tengo la cena en la mesa, cariño.

—¿Qué has cocinado que huele tan bien?

—Pues no te creas que he hecho nada del otro mundo. Un poco de puré de patatas, filetes a la plancha y algo de verdura salteada.

—Amy, pues si esto no es un manjar, que venga Dios y lo vea.

—Anda ya, esa es la percepción que te ha dado, provocada por el hambre que tienes.

—Pues no te diré que no tengo hambre, porque me comería ahora mismo a una vaca. Los nervios no me dejaban comer...

—Y el miedo, cariño, que también te ha hecho mucho.

—Pues sí, y espero que no me encuentren nunca. Si tengo que volver, me muero.

—Aquí nadie va a dejar que te hagan daño de nuevo. En cuanto que la gente del pueblo te conozca, te protegerán con su propia vida, te lo aseguro.

Me encantaba esa unidad que decía Amy que había entre sus habitantes, esa protección que se ofrecían unos a otros, y quería encajar allí; necesitaba hacerlo para vivir en completa tranquilidad.

Nos sentamos a cenar y, mientras que lo hacíamos, Amy me contó que al día siguiente saldríamos a pasear por el pueblo y que me llevaría para que conociera a Mary Miller, una de las mejores personas que podía conocer.

—Mary es una mujer excepcional, ya lo verás.

—Me encantaría conocer a todos, hacerme hueco aquí, en este pueblo, en el que poder ser una más.

—Lo harás, cariño. No tengo ninguna duda de que será así y que encontrarás tu lugar entre nosotros.

—No echaré de menos a nadie, te lo aseguro.

—Me imagino que no, pero una duda ha asaltado mi cabeza. ¿No tenías amigos en tu ciudad?

—No me lo permitían. Al principio, cuando era pequeña, sí que tenía una, con la que me llevaba muy bien y jugaba a menudo, pero en cuanto que crecí, mi padre me dijo que no me convenía, que tenía que ir con gente de mi nivel.

—Y supongo que ninguna amistad llegó a cuajar, ¿no?

—Efectivamente, ninguna me agradó. Todas eran unas arpías que, por delante, te ponían buena cara y, después, en cuanto que te dabas la vuelta, te ponían verde e intentaban pisotearte.

—E imagino que, en ese contexto que me cuentas, la aparición de ese chico fue crucial para que pudieras dejar a esas mujeres atrás. ¿Verdad?

—Una verdad como un templo. Al principio se mostró como un hombre encantador, atento, vamos, el chico que toda mujer quiere como pareja, hasta que dio su verdadera cara.

—Y esa no era tan bonita.

—Pues no, al principio fueron cosas sutiles, como «No te pongas esa falda, que te marca mucho el trasero y no quisiera tener que partirla la cara a más de uno» y cosas así.

—Déjame decirte que esa manera de dirigirse a ti, de sutil no tenía nada.

—De eso me he dado cuenta ahora, cuando lo he visto de verdad, pero antes, lo único que me provocaba era una sonrisa, pues, para mí, era una manera de demostrarme lo mucho que me quería.

—Todo lo contrario, el hombre que te quiere de verdad lo hace dejándote libre, no cortando tus alas.

—Lo sé, pero ponte en mi lugar. Una cría de menos de veinte años, que no sabía nada de la vida y que tenía ante ella a un hombre triunfador, que contaba con la admiración de todos.

—Me lo puedo imaginar; si encima era guapo, te cegó por completo.

—Así es, porque no puedo negar que guapo no, era guapísimo...

—Hija, hablas de él en pasado y todavía debe estar vivo. Vamos, digo yo.

—¿Sabes por qué hago eso? Pues muy sencillo, porque, para mí, todo lo que he dejado atrás pertenece al pasado y me niego a hablar de cualquiera de ellos en presente.

Estuvimos hablando un ratito más, hasta que a ambas se nos caían los ojos del sueño y el cansancio. Por eso, le dije que se fuera a dormir, que todo lo demás lo recogía yo, que me tocaba, porque ella había sido la encargada de preparar la cena.

Cuando lo tuve todo fregado y recogido, me fui a mi cuarto con una lista en la cabeza de todas las cosas que me gustaría hacer aquí, empezando por buscar una tienda en la que comprarme un teléfono, pero sería de prepago.

Os preguntaréis el motivo de que pensara de esa forma, pero la cosa estaba muy clara y os lo explico ahora mismo. Si lo hacía por contrato, mis datos quedarían reflejados en la base de la operadora y mi padre podría localizarlos si contratara a un buen hacker.

También tenía que comprarme algo de ropa acorde con la ciudad, pues no quería parecer la eterna turista. Quería integrarme y parecer una más de ellos, entre otras cosas, para no llamar la atención y camuflarme entre la población.

Con eso en la cabeza me quedé dormida y descansé como nunca lo había hecho, aunque no sabía si todo era fruto del cansancio, de las dos noches que llevaba sin dormir, o de la tranquilidad de que nadie pudiera hacerme daño.

Me desperté cuando la luz de la mañana entró por mi ventana y me cambié de ropa antes de bajar a preparar el desayuno. Quería que, cuando Amy se levantara, lo encontrara todo listo, pero nada más lejos de la realidad.

Al bajar las escaleras, la encontré en la cocina, cantando y con la mesa ya preparada, y no pude evitar soltar una carcajada. Jamás me hubiera imaginado a mi madre de esa guisa, porque a mi abuela ni siquiera la conocía, así que poco podía imaginarme de ella.

—¿Te he despertado, bonita?

—Para nada, ya bajaba cuando te he escuchado cantar.

—Anda, corre, siéntate, que el café está caliente y el zumo recién exprimido.

—Venga, pero yo me encargo de las tostadas.

—De eso nada, que ya están en la tostadora, y ahí tienes mermelada casera que hace la señora Garvin; ya la conocerás en la iglesia.

Esa era la parte que menos me gustaba de los pueblos, que tenía como obligación acudir los domingos a la iglesia. No es que fuera atea, ni mucho menos, pero habían sido tantas las misas a las que había acudido con mis padres que yo quería pasar ni por la puerta.

Capítulo 7



Audrey

No le dije nada de eso a Amy, pues consideraba que tendría que hacer un esfuerzo como agradecimiento a lo que había hecho y continuaba haciendo por mí.

Esperé a que se terminara de vestir, mientras que yo recogía la cocina, y salimos de su casa, rumbo a la casa de esa señora de la que me había hablado. Mary, creo que me dijo que se llamaba.

Vivía a dos casas de donde vivíamos nosotros, por lo que no tardamos mucho en llegar. Me parecía demasiado temprano para ir de visiteo, pero como no conocía las costumbres de este pueblo, decidí callarme y seguir a Amy.

Minutos después, habíamos parado en una pastelería cercana a la casa y habíamos comprado pasteles de nata y chocolate, que, según decía Amy, eran los preferidos de su nieto.

Según me contó, Mary tenía dos hijos, Logan y Paul. Este último era el médico del pueblo y era un chico excepcionalmente inteligente que estaba buscando el amor en otro hombre, aunque en el pueblo no fuera fácil encontrarlo; él no se rendía.

Logan, por el contrario, se había llevado mucho tiempo viviendo con Britany en su rancho, y habían tenido un hijo, Noah, que ahora tenía cuatro añitos, pero al que su madre abandonó cuando no había cumplido ni siquiera un año.

—Ese niño es una preciosidad, tan educado y cariñoso que se ganará tu corazón en el mismo momento en el que lo veas.

—No lo dudo. Todo eso será fruto del esfuerzo de todas las personas que se encargan de su educación.

—Pues sí, el primero, su padre. Mira que es guapo ese hombre, tiene a todas las mujeres locas, pero, desde que la madre de su hijo se marchó, no se le ha vuelto a conocer pareja.

—Será que continúa enamorado de ella, que no ha podido olvidarla. Le suele pasar a mucha gente.

—Para nada, ese no es el motivo. Creo que sufrió tanto cuando se quedó solo con el niño que se ha cerrado al amor.

—Uy, cómo lo entiendo, te lo aseguro.

Con esa conversación y con el paquete de pasteles en la mano, llegamos hasta la casa de la señora Mary, que nos abrió la puerta con una sonrisa en la boca.

—Pero bueno, Amy, qué bien acompañada te veo. ¿Quién es esta muchacha tan bonita?

—Hola, Mary, he pensado en que la primera persona que tenía que conocer mi niña eras tú.

—Pues te lo agradezco, pero no os quedéis en la puerta; pasad al salón, por favor.

Pasamos con ella al salón, donde había un niño precioso dibujando mientras que tenía los dibujos animados de fondo. Tenía el pelo rubio y rizado y unos ojos verdes enmarcados por unas pestañas largas que le daban una mirada de lo más viva.

—Mary, te presento a Audrey, una chica que he conocido en el trayecto desde la casa de mi hijo hasta aquí, y que me ha hecho la vida más agradable desde que está conmigo.

La señora Mary me miró a mí y después miró a Amy, sin saber si reñirle por haber sido una inconsciente o si aplaudirle por lo que había hecho por mí. Por eso, decidí contarle mi historia, para que no pensara mal de mí.

—Señora Mary...

—Mary, a secas, por favor. Y no me tomes a mal la manera de miraros, pero es que, tal y como está el mundo, me da un poco de miedo todo.

—Por supuesto que lo entiendo; por eso, le voy a contar mi historia y la manera en la que el destino puso a Amy por delante.

Cogí una bocanada de aire y empecé a hablar, a contarle todo lo que había sufrido y el motivo por el que había escapado de allí. Por supuesto, el tema de los negocios ilegales de mi padre y mi novio no se lo conté; eso lo guardaría para mí.

—Entonces, querida amiga, no has hecho nada más que lo que tenías que hacer.

—Eso mismo he pensado yo. No podía dejarla en la calle, sufriendo y sola. Como tú misma has dicho, el mundo no está en las condiciones idóneas para que una niña esté sola en él.

—Ven aquí, bonita, que tengo que darte un abrazo por lo valiente y fuerte que eres.

—No podía consentir que me convirtieran en un cero a la izquierda, en un mero trofeo para pasear por las fiestas; yo no soy así.

—Y eso dice mucho de ti, porque podrías haberte quedado allí, con todas las comodidades del mundo y sin mover un dedo. Dejar que te lo pusieran todo por delante.

—Entonces, si hacía eso, no sería consecuente con mi manera de pensar. No podría hacer lo que siempre había criticado.

Estuvimos hablando un buen rato más; a esa mujer me encantaba hasta que llegó el momento en el que se acercó aquel pequeño, que continuaba dibujando y coloreando sin prestarnos atención.

—Hola, soy Noah y te he hecho un dibujo. ¿Quieres verlo?

—Por supuesto que sí, ¿me lo traes o quieres que vaya yo a verlo?

—Bueno, si no te importa venir, podríamos dibujar juntos.

—Por supuesto que sí, venga, vamos. Aunque yo no dibujo muy bien, que digamos.

—No te preocupes, que yo te enseño a hacerlo.

Noah me cogió de la mano y me acompañó hasta la mesa donde estaba sentado él anteriormente y en la que se encontraban todos sus lápices esparcidos, pero de manera ordenada; no sé si me explico.

Ese niño era un encanto y la conexión que sentimos desde ese primer momento fue espectacular. Juntos, reímos al ver mi dibujo de un caballo, en el que, más que eso, parecía un burro con trastornos alimenticios.

—Audrey, ¿te gustaría quedarte a comer? Así, también, podría presentarte a mis hijos —me dijo Mary.

—Si Amy está conforme, por mí no hay problema.

—Mi niña, a mí me encanta la idea. Eso sí, tendremos que ir a la pastelería a por el postre, que no me gusta quedarme en ningún lugar si no puedo aportar algo, aunque sea el postre —me dijo Amy.

—Está bien, pero voy yo sola; tú te quedas aquí, charlando.

Me giré para hablarle al niño. Todavía no tenía la suficiente confianza como para pedirle a Mary que lo dejara acompañarme. Al fin y al cabo, me acababa de conocer y era un sentimiento lógico, el del miedo a que pudiera pasarle algo bajo su responsabilidad.

—Vuelvo enseguida y continuamos dibujando. ¿Te parece?

—Me parece una idea fantástica.

Me despedí de todos y salí por la puerta. En mi cabeza comparaba las dos familias, la mía y la que me había encontrado al llegar aquí, y era inevitable que lo hiciera, pues eran tan diferentes y me sentía tan distinta que no podía entender cómo había podido vivir sin esto que estaba viviendo ahora.

Iba sumida en mis pensamientos, cuando choqué con alguien, y caí de culo en la acera. Al levantar mi mirada para reprocharle, me encontré con el hombre más guapo que había visto en mi vida.

El miedo se apoderó de mí por un momento, y por eso me mostré un poquito borde con él, y lo vi como si fuera una defensa de mi propio corazón, ante la posibilidad de que pudiera gustarme demasiado.

—Joder, vaya golpe que me has dado.

—Lo siento, pero la culpa no ha sido solo mía; ambos íbamos distraídos.

—No, eso sí que no te lo voy a consentir, porque, precisamente, siempre voy alerta.

Me jodió muchísimo que me dijera eso, porque me demostraba que había descuidado mi objetivo y que, si en vez de haber sido él, hubiera sido mi padre o mi exnovio, me habrían capturado sin el menor problema.

Al final, me ayudó a levantarme del suelo y a sentir su mano con la mía; me provocó un escalofrío por la espalda que no había sentido nunca y que me asustó demasiado.

Seguí con mi camino, no sin notar cómo alguien me miraba, y supe que había sido él, pero no quise darme la vuelta para comprobarlo, porque, según lo que viera en su mirada, me provocaría una cosa y otra.

Entré en la pastelería en la que habíamos estado antes y compré una tarta de chocolate con cerezas que tenía una pinta estupenda, además de una tarrina de helado de pistacho, que estaba segura de que le encantaría a Noah.

Salí de allí con una sonrisa, pensando en la cara que pondría el niño cuando me viera llegar con eso y, al pasar por delante del bar, no pude evitar mirar dentro, por si llegaba a volver a ver a ese hombre, pero no tuve suerte.

—Ya estoy aquí —dije con una sonrisa.

—Uy, a ti te ha pasado algo bueno por tu sonrisa.

—Me da miedo que me leas tan bien, Amy.

Las tres soltamos una carcajada ante la mirada asombrada del niño, que no sabía de qué nos reíamos.

Capítulo 8



Logan

Metí la llave en casa de mi madre y lo hice riendo por las ocurrencias de mi hermano Paul, que no paraba de decir tonterías. Me estaba contando que había conocido a un chico, que era de Austin, pero que estaba dispuesto, si todo iba bien entre ellos, a mudarse a nuestro pueblo.

—¿No te has planteado nunca salir de aquí, Paul?

—Ni muerto, aquí tengo mi vida y no pienso cambiarla por nada del mundo.

—Pero eso es muy injusto por tu parte, porque esa persona también tiene su vida allí y la tiene que dejar atrás por tu culpa.

—No es mi culpa; esa es una de las condiciones que yo pongo. No me niego a pasar un fin de semana o unas vacaciones en Austin, pero de ahí a que piense en establecer mi vida en la ciudad, va un abismo.

—No te entiendo; allí podrías vivir sin los murmullos de los demás; eso sin contar los sermones del señor cura los domingos.

—A mí eso me da igual; hace mucho que dejo de importarme las opiniones de los demás; tan solo me importan las vuestras, que sois mi familia, y como me apoyáis, no tengo la necesidad de marcharme.

Con esa conversación entramos en la casa, donde escuché la risa de mi hijo, además de otra que no conocía, y me puse en tensión, pues no sabía de quién se trataba ni lo que había venido a hacer a la casa de mi madre.

—Relájate, hermano, mamá no dejaría pasar a nadie que pudiera hacerle daño al niño.

—Y lo sé, pero es inevitable que lo haga, Paul.

Sabía a lo que se refería mi hermano y lo entendía. Mi madre jamás hubiera permitido que Britany, o alguien de su entorno, se acercara al niño sin mi presencia o mi consentimiento, pero el no saber dónde estaba me descolocaba muchísimo.

Lo cierto es que la familia de Britany tampoco hacía mucho por ver al niño. Desde que nació, si acaso lo habían visitado en un par de ocasiones y, desde que su madre desapareció, ni siquiera lo habían llamado por teléfono.

Entré un poco más tranquilo, pero no relajado del todo, como se podía esperar. Mi hijo, que se dio cuenta de mi presencia, salió corriendo a mi encuentro.

—¡Papá! Qué bueno que hayas venido; ya te echaba de menos.

—Lo sé, campeón, pero sabes que papá tiene que trabajar o los animales se morirían, y seguro que tú no quieres eso.

—Claro que no, pero eso no impide que quiera pasar más tiempo contigo. ¿Tú no coges vacaciones nunca?

Mi hermano soltó una carcajada por la manera en la que mi hijo lo había preguntado, como si aquello que pedía fuera una utopía que, en cierto modo, lo era, pues el rancho no descansaba nunca.

—¿Sabes cuándo se cogerá tu padre una semana de vacaciones? —
Le preguntó mi hermano.

—¿Cuándo, tito Paul? Me muero por saberlo —le dijo el niño.

—Pues cuando las ranas aprendan a bailar flamenco.

Esta vez el que soltó una carcajada fue el niño, al que le corrían las lágrimas mejilla abajo de la risa. Ver a mi hijo así era lo mejor que me podía pasar en la vida, aunque el motivo de esas risas fuera un intento por ridiculizarme.

—Papá, tito Paul, venid conmigo que os voy a presentar a mi amiga; se llama Audrey.

—¿Era la niña con la que te estabas riendo, mi vida?

—No es una niña, papi, es una mujer, y un montón de guapa, pero no se lo digas que me da vergüenza —me dijo mi hijo, hablando bajito.

¿Una mujer? ¿En casa de mi madre? Tan solo esperaba que no fuera una de esas encerronas para que conociera a alguien, porque la última vez se lo dejé bastante claro: no quería que lo volviera a hacer.

Justo cuando estaba a punto de entrar en el salón, mi madre salió de la cocina, junto a la señora Amy, que venía sonriendo y con una fuente de patatas fritas en la mano.

—Pero bueno, ¿cuándo habéis llegado ustedes? —preguntó mi madre.

—Hace un par de minutos, mamá, pero estábamos hablando con el niño; por eso no hemos entrado a saludar —dijo mi hermano.

—Señora Amy, mamá, buenas tardes —les dije, pero en mi voz no se notaba la relajación que lucía en otras ocasiones.

—Hijo, quita esa cara que parece que, en vez de estar oliendo a comida, estás oliendo una boñiga de alguna de tus vacas —me dijo la señora Amy, que tenía suficiente confianza como para hablarnos así.

—Señora Amy, créame que, después de lo que me ha dicho mi hijo, hasta eso olería mejor de lo que yo me estoy imaginando.

—¿Qué le has dicho a tu padre, Noah? Si es que se puede saber —le preguntó mi madre al niño.

—Nada, yaya, tan solo le he dicho que viniera, que le iba a presentar a mi amiga, que era muy guapa —respondió mi hijo, como si fuera algo obvio.

—Ah, no me digas más, y ya tu padre se ha imaginado que era una cita a ciegas —dijo mi madre, negando con la cabeza.

—¿Acaso no lo es?

—No, papá, porque mi amiga no es ciega, además de que tampoco ha dicho nada de una cita, te lo prometo.

Me encantaba la inocencia de mi hijo, esa manera de ver la vida que ninguno debería perder, pero que, con los años, tan solo queda en un recuerdo. Miré a mi madre, esperando una respuesta que no tardó en llegar.

—Pues no, hijo, no es una cita a ciegas, puedes sacarte el palo del culo. Es la inquilina de Amy y las he invitado a comer. Pero si no te apetece comer con nosotros, puedes servirte e irte a la cocina tú solo.

—Perdona, mamá, pero es que...

—Logan, ya me quedó claro la última vez y no volveré a intentarlo. Puedes tener claro que no volveré a meter las narices en tus asuntos amorosos.

—Y yo que te lo agradezco. Ahora, vayamos al salón y me presentas a esa mujer que tiene encandilado a mi hijo.

—No es para menos, hijo; es una mujer preciosa, además de un encanto con el niño.

De pronto me vino a la cabeza lo que habíamos hablado antes, mi hermano y yo, y si veía que era cierto lo que me decía mi madre, no dudaría en ofrecerle un trabajo.

Entramos en el salón, donde ella ya había puesto la mesa, a juzgar por lo que tenía entre sus manos, que no era otra cosa que un montón de servilletas que estaba poniendo al lado de cada cubierto.

Cuando levantó la cabeza y vi de quién se trataba, el que casi se cae de culo esta vez era yo. No me lo podía creer, pues se trataba de esa misma mujer con la que había tropezado.

A ella pareció ocurrirle lo mismo, porque abría y cerraba los ojos como si quisiera asegurarse de que no era una alucinación lo que tenía delante, y eso provocó que en mis labios apareciera una sonrisa.

Mi hermano, que también se había dado cuenta, no dudó en dar un paso hacia delante para llegar a donde se encontraba ella, que ayudaba a mi hijo a sentarse en la silla alta, para presentarse.

—Hola, ya nos ha dicho mi sobrino que te llamas Audrey. Encantado, yo soy Paul —le dijo mi hermano, sonriendo.

—Hola Paul, entonces tú debes ser el...

—El gay de la familia, sí —respondió él riendo.

—Iba a decir el médico de la familia porque tu condición sexual, sinceramente, mientras que seas buena persona y tengas buen corazón, ni me va ni me viene, la verdad.

—Y a mí me encanta que seas así, porque dice mucho de ti.

Los dejé continuar hablando durante todo este tiempo, hasta que me pareció absurda mi postura. Me había quedado ahí, en la puerta, mirando a los dos como si fuera medio lelo, así que di un paso adelante y seguí los pasos de mi hermano.

—Hola, Audrey, yo soy Logan, el padre de Noah y hermano de éste.

—Hombre, el arrollador de personas.

—¿Perdona? ¿Os conocéis? —preguntó mi madre.

—Bueno, tanto como conocernos, no. Pero sí que nos hemos visto hace un buen rato —le respondí.

—Claro, cuando Audrey fue a buscar el postre a la pastelería —le dijo Amy a mi madre.

—Vernos, vernos... más bien no nos vimos y por eso terminamos en el suelo. Y quiero aprovechar para pedirte disculpas por mi manera de hablarte.

—No te preocupes, creo que ambos nos vimos sobrepasados por la situación...

—¿Podéis dejar la charla de mayores para después de comer? Es que tengo mucha hambre y eso podéis hacerlo mientras duermo la siesta.

—Muy inteligente, cariño, voy a servirte las patatas —le dijo mi madre, sin parar de reír.

Capítulo 9



Audrey

Cuando lo vi allí, en la puerta, junto a su hermano, no me lo podía creer. Y yo que le había hablado de esa manera para alejarlo de mí, y resulta que lo tenía sentado delante de mí.

Durante el transcurso de la comida, Noah me pidió ayuda varias veces para cortar la carne y para que le rellenara de nuevo el vaso de agua, ante la atenta mirada de su padre, que lo hacía con una sonrisa que no me decía nada bueno, al menos para mí.

Ayudé a Mary a recoger todo, aunque no me permitió ayudarla con el café, ya que me envió al salón, donde estaban Paul y Logan sentados en el sofá, después de llevar a Noah a dormir una pequeña siesta.

—¿Cómo has llegado hasta aquí, Audrey? —Me preguntó Paul, una vez que ya estábamos todos sentados y con una taza de café por delante.

Mary me miró y yo, a su vez, miré a Amy, que asintió con la cabeza. Con ese gesto me dijo que podía confiar en ellos, que, lo que yo hablara, al igual que había sucedido con Mary antes, no iba a salir de ahí.

—No tengas miedo, hija, que mis hijos serán una tumba.

—¿Tan complicado es de explicar? —preguntó Logan.

En sus ojos vi cómo por su cabeza pasaba todo tipo de situaciones, aunque raramente podría dar con la tecla de lo que me sucedía. No sabía si hablar o no, pues no quería que me juzgaran.

Una cosa es hablarlo con dos mujeres, que podrían llegar a entenderme, y otra muy diferente que lo hiciera con dos hombres, que podrían tener otra manera de pensar. Aun así, lo hice.

Cogí una bocanada fuerte de aire para encontrar las fuerzas que a mí me faltaban, y empecé a contarles lo mismo que le había contado a Mary, horas antes, y a Amy en su momento.

Si la cara de Paul era un poema, no os podéis imaginar la que estaba poniendo Logan. Ambos me dejaron hablar, sin interrumpirme en ningún momento, hasta que terminé.

En ese momento, en el que Logan ya se había levantado y se pasaba las manos por la cabeza, como si no terminara de entenderlo, tuve miedo de que pensarán que era una loca y que no debería estar allí, con ninguno de ellos, pero me equivoqué, de todas, todas.

—No me lo puedo creer que en el siglo XXI todavía haya gente que piense de esa manera —me dijo Paul.

—Tú, más que nadie, deberías de saber que los y las hay con la mente más retrógrada del mundo, Paul.

—Y por eso lo digo, porque no es ni medio normal, te lo prometo.

A todo esto, Logan seguía sin abrir la boca, tan solo me miraba y negaba con la cabeza. En un determinado momento, se volvió a sentar, esta vez a mi lado, y se dirigió a mí.

—Audrey, te he visto interactuando con mi hijo y quisiera proponerte algo.

—Si es matrimonio, desde ya te digo que te lo ahorres; no vuelvo a confiar en un hombre en lo que me queda de vida —le dije, intentando destensar el ambiente.

—Entonces, pensamos lo mismo, y no, no te pienso decir eso que tantas veces he oído: que no todo el mundo es igual, porque creo que estarás tan harta como yo de escucharlo.

—Desde que he llegado a este pueblo, y contando el trayecto hasta aquí, puedo haberlo escuchado entre mil y mil quinientas veces.

—Por eso mismo, lo que quiero proponerte es que te vengas conmigo al rancho y que te ocupes de mi hijo. Mi madre cada vez está más mayor y tiene que vivir su vida, no cargar con una responsabilidad que es mía.

—Gracias, hijo, qué manera más sutil de llamarme vieja —decía Mary, mientras que Paul reía y Logan negaba con la cabeza.

—No es eso, mamá, es que quiero contratar a alguien para que me ayude y tú puedas seguir con tu vida, sin estar pendiente de si mi hijo tiene quien lo recoja del colegio o no.

—Logan, no quiero compasión, de verdad que no. Eso es lo que menos necesito ahora; ya encontraré algo...

—No es compasión, es un favor mutuo. Tú no tienes trabajo y yo necesito a alguien que se ocupe de Noah. ¿Estamos de acuerdo?

—Hermano, creo que primero le tendrás que explicar las condiciones, a ver si a la chica le interesa —dijo Paul, con una sonrisa.

—Sean las que sean, acepto.

—Eso está muy bien, pero mi hermano tiene razón. Tendré que explicarte las condiciones primero, que no son otras que ocuparte de mi hijo, llevarlo al colegio, al parque y demás.

—Lo que yo he dicho, que acepto. Eso no me costará ningún problema, entre otras cosas, porque he estudiado para eso; soy profesora de educación infantil.

—Entonces, mucho mejor. Si quieres, puedes venirte con nosotros y así te explico dónde está todo y las costumbres de Noah.

—Me parece una idea fantástica, pero antes tendrá que ir a mi casa a por sus cosas —dijo Amy, con una sonrisa.

Aquí todos sonreían demasiado, todos menos Logan y yo, que no entendíamos esas miradas y esas sonrisas entre ellos.

—Amy, ya te he dicho que si necesitas estar sola, porque llevas mucho tiempo viviendo de ese modo, yo me busco un alojamiento, de verdad.

—Ay, mi niña, si alguien te va a echar de menos, soy yo, y eso que llevas poco tiempo conmigo, pero entiendo que allí estarás mejor que conmigo.

—Además, que Logan en ningún momento me ha hablado de vivir allí.

—Perdón por no expresarme bien; era una cosa que daba por hecho que entenderías. Yo me levanto antes del amanecer y me marchó al campo; mi hijo no se puede quedar solo.

—No, si no me importa; era que no quería ponerte en un compromiso.

No sé de dónde coño salieron esas palabras. ¿Qué no me importaba? Por favor, estaba encantada de la vida, aun sabiendo que eso era como ponerle una tarta a un diabético, que la tentación existiría siempre, aunque supieras que te podría hacer daño.

Esperamos a que Noah se despertara y comiera un trozo de tarta, porque antes de dormirse nos dejó claro a todos que no se marcharía sin probarla, hablando incluso con el dedo levantado, a modo de advertencia.

No sabía si al niño le iba a sentar bien que yo viviera con ellos; era como entrometerme en su rutina y eso; no todos los niños lo llevaban bien, aunque la actitud de Noah daba a entender que no lo llevaría nada mal.

—Ea, ya podemos marcharnos, papá. La tarta estaba buenísima, yaya...

—No hace falta que me digas nada, mi amor, ya os he preparado un táper con un buen trozo para que os lo llevéis —le dijo su abuela, y él lo recibió encantado.

—Amigo, pero nada de más chocolate hasta mañana, que no te quiero tener dando saltos hasta las tantas, que yo madrugo —le dijo su padre, y eso no le hizo tanta gracia.

—Audrey, cuando quieras, nos marchamos a recoger tus cosas —dijo Amy.

—Eso, vámonos ya, antes de que se nos haga de noche, que no me gusta conducir —dijo Logan, y el niño lo miró extrañado.

No quería hacer nada sin contar antes con la aprobación del niño, porque si de normal era difícil lidiar con un niño, si lo tenía en contra, era como misión imposible. Por eso, no dudé en hablarlo con él.

—Noah, ¿te gustaría que yo me fuera a vivir con vosotros al rancho? —pregunté, con un temblor en la voz, por la respuesta que me pudiera dar.

—¿Vas a ser la novia de mi padre? —preguntó el niño.

Logan, que estaba bebiendo un vaso de agua en ese momento, casi se atraganta, pues el líquido se le fue por otro lado al escuchar a su hijo. Paul se doblaba de la risa y yo no sabía qué contestar ni a dónde mirar.

Cuando se hubo recuperado, fue su padre el que se dirigió a él y le explicó todo: la relación que tendríamos y mi papel en esa casa, y el niño lo aceptó de buen grado.

Amy me entregó las llaves para que fuera a recoger mis cosas, pues ella decía que se quedaría un rato más charlando con Mary, al igual que Paul, que se comprometió a acompañarla más tarde a su casa.

No me había dado tiempo de sacar nada de mi vieja maleta, por lo que tan solo tuve que cogerla y meter mis artículos de aseo en el neceser y salir de aquella casa.

Volví a la de Mary para devolverle las llaves a Amy. No es que desconfiara de mí, sino que no tenía otro juego de llaves, ya que no le había dado tiempo a hacerme unas, por las horas en las que llegamos el día anterior.

Capítulo 10



Logan

No sabía si era buena idea eso de meterme en la boca del lobo, porque así veía el tema de que Audrey viviera en mi casa, con nosotros, pero es que no lo había podido evitar.

Conocer su historia y cómo tanto sus padres como su pareja la habían menospreciado de esa manera, llegando incluso a ser víctima de maltrato, tanto físico como mental, hizo que mi corazón diera un vuelco.

No me podía imaginar cómo habría actuado yo en su situación, si hubiera preferido enfrentarme a todos o si, por el contrario, hubiera hecho como ella, huyendo y dejando todo atrás.

Por un lado, no me veía capaz de vivir lejos de mi familia, pero, claro, yo siempre me había sentido arropado por ellos; no era la misma situación, ni mucho menos.

Estábamos ya cerca del fin de curso, pero todavía quedaba una semana en la que Audrey tendría que llevarlo y recogerlo a diario. No le había preguntado si sabía conducir y, por eso, en cuanto nos montamos en mi coche, se lo pregunté.

—Audrey, ¿sabes conducir?

—Claro, ¿qué pasa? ¿Te encuentras mal y necesitas que conduzca yo?

—No, no, para nada, no te preocupes. Es solo que quería saberlo porque te tendrás que encargar de llevar a Noah al colegio a diario y de recogerlo.

—Ah, vale, me habías asustado. No hay problema por eso; lo único es que tendrás que indicarme el camino, porque no tengo ni la más remota idea.

—Pierde cuidado, el lunes yo te acompañaré, para que sepas el trayecto a seguir, aunque ya te digo que no tiene pérdida ninguna.

—Si te viene mejor, podemos ir mañana cuando termines tu trabajo y así, el lunes, no tienes que interrumpir tu jornada laboral.

—¿No te importa?

—¿Por qué debía de hacerlo?

—No sé, porque es domingo y lo mismo te apetecía ir a tomar algo con alguien o quedarte tranquila.

—En primer lugar, no conozco a nadie ni me gusta salir con desconocidos, y en segundo, pero no menos importante, aunque sea domingo, el niño no tiene un interruptor para apagarlo hasta el lunes.

—¿Pretendéis apagarlo durante el domingo? Porque no me parece justo, mejor hacerlo el lunes, que hay colegio y no me tengo que levantar temprano —nos dijo Noah, y ambos soltamos una carcajada, porque lo dijo como si eso se pudiera hacer.

—Si pudiera haberlo hecho en alguna que otra ocasión, no dudes de que lo hubiera hecho, pero, por suerte o por desgracia, eso no se puede hacer, cariño —le dijo su padre, sin parar de reír.

—¡Vaya susto que me habéis dado! Ya me veía durmiendo hoy y despertándome el lunes para ir al cole, y sin poder disfrutar del domingo, que es el día que más me gusta.

Entre risas y comentarios de ese tipo, llegamos al rancho. No había mucha distancia desde aquí al pueblo, y eso era bueno; así no tendría que despertar a Noah demasiado temprano.

Aquello era una maravilla, y así se lo demostró mi cara, porque no paraba de mirar hacia todas partes. Logan se mostró un poquito extrañado, como si no estuviera acostumbrado a esa reacción por parte de ninguna mujer a la que hubiera llevado.

—¿Te gusta el rancho, Audrey?

—¿Estás de broma? Esto es una pasada de bonito. No es que me guste, es que me encanta.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto, y me gustaría ayudarte con los animales, aunque desde ya te digo que no he tenido uno cerca en mi vida.

—Bueno, eso lo iremos viendo. Ven, que te voy a enseñar la casa y a decirte dónde está todo.

Por suerte, y a escondidas de mi madre, María se había encargado de enseñarme a cocinar cuando nos quedábamos las dos a solas en casa. Tener quince años y no poder salir a ninguna parte sin escolta era un agobio, y encontré ahí la manera de entretenerme, a la vez que aprendía.

Si por fuera era bonito, no os podéis imaginar cómo era ese rancho por dentro. Parecía que me había sumergido en una película de vaqueros, y eso me encantaba. No dudé en preguntarle a Logan dónde podría comprarme ropa acorde.

Lo vi respirar, agachar la cabeza y buscar la mejor manera de decirme algo. No sabía si lo había molestado con mis palabras o si es que le recordé a alguien, así que le pedí disculpas.

—Lo siento, Logan, no quería incomodarte.

—No me has incomodado, Audrey, es tan solo que me cuesta creer que a una mujer le guste este mundo, mi mundo.

—Habría que ser gilipollas para que no te guste.

—Eso mismo digo yo... perdona, que se me fue el santo al cielo.

—No pasa nada, es normal si no has visto nunca a nadie a quien le pueda gustar esto tanto como a ti.

—Exactamente eso. Con respecto a la ropa, ahí arriba, en la buhardilla, hay un montón que dejó Britany; si no te importa utilizarla, no tendrás que comprarte nada.

—¿Crees que me quedará bien?

—Pienso que tenéis la misma talla, más o menos. Además, está toda sin estrenar. Fueron regalos que le hice a ella para que intentara integrarse aquí, pero no fueron de su agrado y por eso las subió allí.

—¿Te importa si subimos y la veo? Siempre que a ti no te haga daño, por supuesto.

—Hace mucho tiempo que la superé, Audrey. Si me duele, es únicamente por mi hijo, que, por la inconciencia de ambos, se ha visto abocado a crecer sin tener a su madre cerca.

—Pero tú sigues aquí, a su lado, haciéndolo todo lo feliz que puedes, así que, no creo que hayas sido tú el inconsciente. Madre no es la que pare a un hijo, es la que lo protege y lo acompaña, y de eso, aunque no te lo creas, sé mucho.

—Pues sí, tú más que nadie lo sabes, que la tenías cerca y no la sentías así. Anda, vamos a subir, que verás como te gusta esa ropa.

Logan avisó a Noah, que se había marchado a su habitación a jugar en cuanto que llegamos, de que estaríamos en la buhardilla, dejando la escalera abierta, por si tenía miedo, que nos pudiera llamar.

Logan pegó un salto para agarrar una cuerda que había en el techo y que no se notaba nada. Me dijo que lo tenía así para que Noah no pudiera abrir la escalera y subir, por si acaso se le cerraba y su padre no se diera cuenta.

Sacó una escalera que nos llevó hasta allí. Os prometo que cuando entré allí, parecía un anticuario en vez de una buhardilla. Había cada joya en forma de mueble o de decoración que no entendía por qué se encontraba allí y no abajo, en la casa.

—A Britany no le gustaba nada de esto y mandó a un peón para que lo subiera.

—Me encanta la restauración de muebles y estos se podrían aprovechar. ¿Sería muy osada si te pidiera que lo bajaran y lo dejaran en el porche trasero?

—Si eso te gusta, yo no tengo ningún inconveniente. Es más, me encantaría poder darle una segunda vida a todo esto. El lunes le diré a algunos de los peones que te bajen lo que quieras.

—Gracias, Logan, de verdad. Por todo lo que estás haciendo por mí.

—Recuerda que nos estamos haciendo un favor mutuo, así que no tienes que agradecerme absolutamente nada. Mira, aquellas son las cajas; las bajamos y las dejamos en tu habitación.

—Sí, me lo probaré todo a ver lo que me sirve, aunque aquí hay ropa para vestir a seis personas, por lo menos.

Su cercanía cada vez me gustaba más, y eso era peligroso, muy peligroso, sobre todo para mi salud mental, porque ese hombre no estaba dispuesto a abrir su corazón.

Siendo sincera, todo lo que había dicho, ese decálogo que me había apuntado en mi libreta con las razones para no volver a enamorarme, empezaba a parecerme una tontería.

Bajamos de allí y dejamos todas las cajas en la que sería mi habitación, que no podía ser más bonita, por otro lado.

—Siento que en esta habitación los muebles sean los mismos de cuando compré el rancho. Britany dijo que, como no la íbamos a utilizar, no hacía falta renovarlos.

—¿Estás de broma? Es una habitación preciosa, con carácter y personalidad, y eso me encanta.

—Me parece que la que tiene personalidad eres tú, y no los muebles, y me lo estás demostrando en cada gesto que tienes.

Cuando Logan dijo eso, él mismo se reprendió por decir lo que pensaba en voz alta, como si me fuera a molestar, pero la sonrisa que se pintó en mis labios le demostró que nada de lo que dijera me podría molestar.

—Pues sí, si no la tuviera, quizás a esta hora ya estaría casada con un manipulador que me anularía como persona, al igual que le ocurrió a mi madre.

Capítulo 11



Logan

Le expliqué a Audrey los horarios del niño, que los tenía bien inculcados, al menos mientras tuviera clases. Después, en vacaciones, era un poco más flexible con él, pero tampoco demasiado.

Me gustaba que mi hijo, a pesar de ser tan pequeño, tuviera las cosas claras sobre lo que se podía permitir y lo que no, así como una rutina que lo enseñara, el día de mañana, a conciliar su vida con sus responsabilidades.

—Bueno, según me dices, es la hora del baño de Noah, así que, si me disculpas, voy a prepararlo.

—Si quieres y como hoy estoy en casa, lo puedo hacer yo.

—No, no te preocupes, déjame a mí; así tu hijo se va a estar acostumbrando a mi presencia.

—Uy, eso lo tiene ya más que asumido y te puedo asegurar que está encantado con ella.

Y yo pensé para mis adentros, porque no quise decirlo en alto para no asustarla, sobre todo por lo que me había dicho en casa de mi madre, que tenía su corazón cerrado al amor.

La vi subir las escaleras y ese vaivén de sus caderas iba a ser una auténtica tortura para mí, lo sabía, pero no podía apartar la vista de ella; era como si ese movimiento me tuviera hipnotizado.

Negué con la cabeza y me llamé idiota mentalmente, porque yo tampoco quería caer de nuevo en las garras del amor, y era mucho mejor que cada uno de nosotros guardáramos las distancias.

Mientras que ella bañaba a mi hijo, yo entré en la cocina para ver lo que hacía para cenar. En condiciones normales, prepararía un sándwich para cada uno, pero no quería darle la impresión de ser un vago a Audrey, así que tendría que buscar algo más elaborado.

Tenía tiempo porque entre que mi hijo entraba al baño, se desnudaba y salía, podía pasar una hora fácilmente. Eso era lo que más trabajo me costaba que hiciera, y no porque no le gustara, que luego no quería salir, sino porque no quería dejar lo que estaba haciendo.

Para mi sorpresa, me encontraba todavía delante de la nevera, con la puerta abierta, cuando lo escuché bajar y no me lo podía creer.

—¿Ya te has bañado? No me lo puedo creer si no han pasado ni quince minutos desde que Audrey ha subido.

—No me he bañado, papá...

—Ya me extrañaba a mí que tardaras tan poco tiempo; anda arriba, que Audrey estará esperándote para que lo hagas.

—No me entiendes, papi. ¿No ves que traigo el pelo mojado? No me he bañado porque me he duchado. Audrey me ha dicho que los niños que son grandes tan solo se bañan en algunas ocasiones, que la ducha es mejor.

—¿Perdona? ¿Y tú has accedido?

—Por probar no perdía nada y he descubierto que era cierto. Tardo menos y puedo estar un ratito más con vosotros antes de cenar.

No me lo podía creer. En un solo día había conseguido que mi hijo hiciera lo que yo llevaba intentando más de un año que hiciera. Le tenía que preguntar cuál había sido su estrategia, porque algo le había tenido que prometer para que Noah lo hiciera sin rechistar.

Estaba pensando en ello cuando la escuché entrar en la cocina, con una sonrisa en los labios, que mostraba lo contenta que se encontraba de haber conseguido su objetivo.

—Ahora subo yo a recoger el baño. tú, siéntate, estoy mirando lo que hacer de cenar.

—No tienes que recoger nada; entre Noah y yo lo hemos dejado todo listo, ¿verdad, campeón?

—Claro, porque uno no se puede duchar y dejar todo tirado, que entonces, en vez de un baño, parecería un estercolero, y eso huele muy mal. Así que, la ropa sucia a la canasta y, con un paño, se limpia la mampara para que no queden gotas —dijo mi hijo, como el que lava y no enjuaga.

Si seguían así, sorprendiéndome de esa manera, se me iban a salir los ojos de las cuencas, de todo lo que los estaba abriendo con estos dos. Audrey, al ver mi cara, soltó una carcajada.

—No te rías, porque a mí no me hace ninguna gracia que tú, en un rato que llevas con mi hijo, lo consigas todo a la primera —le dije, fingiendo un enfado que no sentía.

—Seguro que tú se lo has ordenado; no le has explicado el motivo por el que hay que hacerlo.

—Tienes razón, yo le decía: «Noah, te tienes que duchar o recoger el baño», pero no le he dicho nunca nada más.

—Anda, quita de ahí, que yo me encargo de preparar la cena; ve a darte una ducha, si quieres.

—Está bien, me ducho y bajo enseguida.

—Espero que no tardes mucho más tiempo de lo que ha tardado tu hijo, o serás un mal ejemplo para él.

Nos miramos y soltamos una carcajada. ¿Cuánto tiempo hacía que no me reía así, de esa manera, con otra persona que no fuera mi hermano? Ni lo recordaba porque ni siquiera con Britany me había reído así alguna vez.

Subí las escaleras, con la imagen de Audrey en mi cabeza, su risa, su manera de hacer fáciles las cosas difíciles, y no podía quitar la sonrisa de la boca, por mucho que lo intentara.

Entré en mi habitación, que era la única que tenía el baño integrado. Noah y Audrey tendrían que compartir el del pasillo, al menos de momento, porque tenía pensamientos de hacer una pequeña reforma e integrar también un baño en la habitación de mi hijo, pero todavía no tenía nada en firme.

Una vez que estuve debajo de la ducha, cayéndome el agua por la cabeza, me vino de nuevo la imagen de Audrey, pero esta vez de otra manera. En esta ocasión fue su trasero de lo que me acordé, de su manera de moverlo al andar, y me puse duro de inmediato.

Me la imaginé en mi cama, desnuda, apoyada sobre sus rodillas y sus codos, mientras que yo la penetraba por detrás. Jamás en la vida me había ocurrido nada de eso con ninguna mujer y supe que sería una constante a partir de este momento.

No pude evitar que me entraran ganas de acabar con ese estado que me estaba consumiendo, por eso, agarré mi miembro con una mano y, apoyando la otra en los azulejos de la pared, empecé a acariciarme.

Lo hice con movimientos cíclicos, moviendo mi mano de arriba abajo, cada vez más rápido, mientras que dejaba volar mi imaginación, hasta que un orgasmo devastador me arrastró.

Si eso era tan solo pensando en ella, no me quería ni imaginar cómo sería si la tuviera delante de mí en estos momentos, saciando todo aquel deseo que me estaba consumiendo.

Decidí apartar eso de mi mente, o no saldría de esa ducha en la vida. Me terminé de duchar y salí a mi habitación, donde me vestí para bajar a cenar.

Cuando llegué a la cocina, la imagen que tenía delante de mis ojos me volvió a sorprender, de grata manera, por supuesto. Mi hijo tenía un plato de verdura delante y comía como si le fuera la vida en ello, cuando a mí me costaba media vida que lo hiciera.

—No me lo puedo creer, te lo juro. Este no es mi hijo, seguro que lo han abducido los extraterrestres —dije, negando con la cabeza.

—¿Qué hablas de extraterrestres, papá? Si soy yo, Noah, el de siempre —dijo mi hijo, sacándonos una sonrisa.

—Eso ya lo veo, pero lo que no termino de comprender es cómo te estás comiendo la verdura como si fueran patatas fritas.

—Uy, muy fácil, porque Audrey las ha cocinado riquísimas, además de que me ha dicho que, si quiero crecer y hacerme fuerte, tengo que comer de esto. Me ha dicho algo de un tal Popeye, pero no sé quién es ese.

—Popeye era un marino tan fuerte que nadie podía vencerlo —le explicaba Audrey, con toda la paciencia del mundo.

—Entonces, quiero ser como el Popeye ese, para que nadie pueda conmigo —dijo mi hijo, levantando los brazos como si estuviera haciendo pesas.

—Y yo, hijo, y yo también quiero comer verdura para hacerme más fuerte.

—¿Tú? Pero si estás más fuerte que el vinagre, hijo mío —me dijo Audrey, sacándome una carcajada.

—Me habían comparado con muchas cosas, pero nunca con el vinagre, que, por cierto, está asqueroso, y no me considero tan feo.

—Como si tú no supieras que estás más bueno que el chocolate, chico.

—Vaya, como sigas así, voy a terminar cogiendo complejo de supermercado. Primero el vinagre, luego el chocolate, ya tan solo te falta decirme que mi cartera es como la caja registradora.

—Lo llena o vacía que esté tu cartera es lo que menos me importa, te lo aseguro. Si me hubiera importado el tema material, me hubiera quedado en mi casa.

—No he querido ofenderte, perdona.

—No, no, si te he entendido a la primera, sé que estabas bromeando, no te preocupes.

—Será mejor que nos sentemos a cenar, antes de que se enfríen tan exquisitos manjares.

No quería estropear con ningún comentario más todo lo que se había formado entre nosotros, ese buen ambiente que nos rodeaba y, por eso, decidí que sería mejor que habláramos de otra cosa.

Esas palabras se habían quedado grabadas en mi mente, como si lo hubiera hecho a fuego, le parecía fuerte y que estaba bueno. No es que fuera un narcisista, ni mucho menos, ni que ella hubiera sido la primera mujer en decirme eso, pero me impactó mucho más que todas las veces que lo había escuchado anteriormente.

La cena transcurrió entre bromas y risas por las ocurrencias de mi hijo y de ella, que tampoco se quedaba atrás.

Así estuvimos hasta que nos dimos cuenta de que Noah se había quedado dormido encima de la mesa, con su cabeza apoyada encima de sus manitas, que las utilizaba a modo de almohada.

—Yo lo llevo a su habitación, pero ni se te ocurra quitar nada de la mesa, que eso me toca a mí.

—Claro, claro, lo que tú digas.

—Audrey...

—Logan...

Pensé que captaría esa advertencia en mi tono de voz, pero también sabía que haría lo que le diera la gana, porque si por algo se caracterizaba Audrey era por no dejar que le dirigieran la vida.

Cogí a mi hijo en brazos y lo llevé hasta su habitación, dejándolo en la cama y tapándolo con su sabanita. No se había lavado los dientes, pero me parecía una crueldad despertarlo para eso; ya lo haría a la mañana siguiente.

Le dejé el mismo beso que le dejaba todas las noches, así como pronuncié las mismas palabras de siempre, que lo quería mucho y que era mi razón de vivir.

Sé que se lo debería decir también cuando estuviera despierto, pero era tan pequeño que no quería cargarlo con la responsabilidad de que pensara y actuara de una manera que no me decepcionara.

Noah tenía que vivir su vida, no la que yo hubiera querido para mí, sino la que el destino o el futuro le tenía preparada, y pensaba que, si le decía algo, podría condicionarlo.

No es que no le mostrara cariño a mi hijo, que me lo comía a besos en cuanto que podía, y me dejaba, porque decía que lo agobiaba mucho, y a mí eso me hacía reír.

Bajé las escaleras en dirección a la cocina y allí estaba Audrey, con la cocina completamente recogida y preparando un té con miel. No sabía quién le había dicho que eso era lo que me tomaba todas las noches para poder descansar.

—¿Quién te lo ha chivado?

—¿El qué? No sé a qué te refieres.

—Al té con miel, es lo que tomo todas las noches.

—Te prometo que no tenía ni idea, pero sí que es lo que María, la chica que limpia en casa de mis padres, me daba de pequeña para dormir, y yo, he seguido tomándolo después.

Capítulo 12



Audrey

Os prometo que me parecía mentira todo lo que estaba viviendo en esta casa, esos sentimientos que se estaban adueñando de mi corazón, aunque yo intentara retenerlos.

Cuando vi a Logan bajar de su habitación, después de haberse dado una ducha, y con el pelo mojado y despeinado, con esas gotas que resbalaban por su cuello, os prometo que tuve que hacer un esfuerzo enorme para no lanzarme y lamerlas, una a una.

Pero lo que más me sorprendió fue la manera en la que trataba a su hijo, protegiéndolo como si fuera de cristal, pero sin dejar que el niño descubriera el mundo.

En el momento en el que se subió a dejarlo en su habitación porque se había quedado dormido encima de la mesa, aproveché para recoger todo, hacerme un té y subir a ducharme.

Quería probarme toda la ropa y ver si necesitaba lavarla, aunque Logan me había dicho que estaba sin estrenar, así que no pensaba que tuviera que hacerlo, pero no estaba de más comprobarlo.

Justo me estaba sirviendo el té cuando apareció por la cocina. Tenía cara de cansancio, pero también noté en él las ganas de conocerme más, de que le contara más de mi vida.

Nos tomamos ese té allí, juntos, pero en silencio, como si ninguno de los dos quisiera perturbar la tranquilidad del otro. Al final, y como si hubiéramos tenido la conversación de nuestras vidas, decidimos irnos a dormir.

—Bueno, yo antes tengo que pasar por la ducha, que no lo he hecho todavía.

—¿De verdad? Pensé que lo habías hecho cuando terminaste de duchar a Noah. Perdona por no decirte nada.

—No tenías que hacerlo. Es el primer día; seguro que mañana me organizo mejor.

—Querrás decir que nos organizamos mejor porque somos un equipo, que no se te olvide.

Esas palabras me gustaron mucho porque no me trataba como a una empleada, sino como a una amiga que estaba allí para ayudarlo, y eso decía muchísimo de él.

Nos despedimos al final de la escalera, donde él entró en su habitación y yo en la mía, no sin antes entrar en la de Noah para ver cómo estaba, y que dormía plácidamente.

Cogí mi ropa interior y la camiseta que me gustaba usar para dormir y que había visto tiempos mejores, todo, había que decirlo, pero que a mí me encantaba, siendo mi preferida para irme a la cama.

Entré en la ducha y dejé que el agua cayera sobre mi cabeza, relajándome todavía más de lo que ya estaba. No pude evitar pensar en mis padres, en Jacob y en lo que estarían liando para buscarme.

Esperaba que no dieran conmigo nunca, en la vida, porque eso significaría que podría seguir viviendo tranquila, sin el miedo constante de que me pudieran llevar de vuelta a la fuerza, aunque entendía que esa sensación iría conmigo siempre.

Salí de la ducha y me sequé, poniéndome las braguitas y la camiseta, que, dicho sea de paso, casi no me tapaba el culo, pero como iba para mi habitación, poco me importaba.

Estaba a punto de entrar en mi habitación cuando escuché a Noah protestar, como si estuviera teniendo una pesadilla o algo, así que no me lo pensé y entré a su habitación para ver lo que le sucedía.

—Noah, mi amor, ¿qué te ocurre?

—Estaba soñando feo, además, quiero ir a hacer pis, que no lo he hecho antes de acostarme.

—Ven conmigo, que yo te acompaño.

Bajé al niño de la cama y le di la mano, para acompañarlo al baño y que hiciera sus necesidades, pero con lo que no contaba era con que me iba a encontrar a su padre en el pasillo.

Me miró de arriba abajo, comiéndome con la mirada, y eso me ruborizó muchísimo, porque, de repente, me di cuenta de las pintas que llevaba y no quería que pensara que era una descarada ni nada por el estilo.

—Logan, yo...

—Audrey, por mi salud mental, vuelve a tu habitación, yo me ocupo de Noah.

—No, vuelve tú, que te tienes que levantar temprano, yo puedo ocuparme, que para eso es mi trabajo. Tan solo quiero que no pienses que...

—En estos momentos, mi capacidad de pensar está anulada, te lo prometo. Tengo puestas todas mis fuerzas en no lanzarme hacia ti y hacerte mía contra esa pared.

Mis mejillas eran ya del color de la escarlata y no quise discutirle más, me di la vuelta y entré en mi habitación, cerrando la puerta a mis espaldas. Tenía que pensarme, muy en serio, eso de ponerme esa camiseta y empezar a utilizar un pijama.

Para quitarme todo esto de la cabeza, y como sabía que no podría dormir, me puse a abrir las cajas y a comprobar lo que me servía y lo que no de esa ropa que había en ellas.

Todo era precioso y de muy buen gusto porque, dentro de que era ropa vaquera típica de la zona, no era de esas que miras y te dañan los ojos, sino que eran en colores pastel.

Empecé a probarme una tras otra, y si con una me veía preciosa, con la siguiente me veía todavía más atractiva. Tal y como me había dicho Logan, todas estaban con sus etiquetas, incluidas las botas que había que, por suerte, eran todas de mi número.

Lo coloqué todo en el armario y las botas en el zapatero que tenía en mi habitación, pero, con todo el esfuerzo, estaba sudando de nuevo, por lo que no me iba a acostar así.

Esta vez cogí un pijama, aunque ya de poco servía, y volví a entrar en el baño. Estaba quitándome la camiseta cuando escuché que se abría la puerta de su habitación.

Llamadme masoquista, pero no pude evitar abrir la puerta del baño así, tal y como estaba, esperando encontrármelo al final del pasillo, pero me equivoqué, porque estaba justo detrás de la puerta.

No hablamos; tan solo nos miramos un segundo y nos lanzamos el uno al otro como si lleváramos días sedientos y el otro tuviera en su boca el manantial del que queríamos beber.

Logan puso sus manos en mi trasero, mientras que yo metía las mías por debajo de su camiseta. Me moría por ver esos músculos que estaba tocando, por lo que no me lo pensé y jalé hacia arriba, despojándolo de ella.

A estas alturas, notaba cómo estaba completamente duro y pensar que todo eso era provocado por mí me volvía loca, y así se lo hice saber con mis movimientos, pues me estaba frotando con él para buscar el placer.

—No sigas, Audrey, o terminaré antes incluso de que empecemos.

—No me importa; tenemos mucho tiempo.

Logan entró conmigo en la ducha, pero lejos de permitirme seguir con lo que estaba haciendo, me posó en el suelo y se arrodilló delante de mí, llevándose las braguitas con él mientras que iba bajando.

Levantó mi pierna, dejándola apoyada en el bordillo que había dentro de la ducha, y en el que estaban ordenados todos los botes de champú y gel de baño.

Me miró a los ojos, puso una sonrisa en sus ojos, y me lamió el sexo de abajo arriba, para, a continuación, centrarse en mi clítoris, ese que succionó, mordisqueo y acarició con su lengua, haciendo que alcanzase un orgasmo demoledor.

Cuando terminó de beberse todo mi orgasmo, se puso de pie, me puso de cara a la pared, se agarró de mis caderas, poniéndolas a su altura y me penetró, de una fuerte estocada que provocó que saliera un grito ahogado de lo más profundo de mi ser.

Así estuvimos un buen rato, él bombeando dentro de mí y yo yendo a su encuentro con mi trasero, ese que amasaba como si le fuera la vida en ello, y que me estaba volviendo loca.

En el momento en el que yo alcancé mi segundo orgasmo, y viendo que él iba a verse arrastrado por mí, salió de mi interior y se derramó en mi espalda, ya que no habíamos tomado precauciones.

Nos duchamos en completo silencio, sin saber qué hacer o qué decir, pues habíamos mandado a freír espárragos todo lo que habíamos dicho antes, durante la comida en casa de su madre.

Cuando nos hubimos secado y vestido de nuevo, y antes de irnos a dormir, Logan me sujetó del brazo, con la clara intención de decirme algo, por eso me frené. No lo hizo con fuerza, sino con determinación.

—Audrey, esto que ha pasado esta noche no ha sido más que un arrebató, un calentón que hemos tenido los dos.

—Sí, no te preocupes, haré como que no ha pasado nada.

—Será lo mejor para los dos, así no nos sentiremos incómodos en el día a día.

Entré en mi habitación, y no precisamente con la mejor de las actitudes, porque esas palabras sobraban, no hacía falta que me dijera que había sido tan solo un polvo para él, eso ya lo tenía claro.

Me acosté y me tapé con la sábana, con la clara intención de dormir, pero no podía. Me puse a dar vueltas para ver si encontraba la postura, pero no lo conseguía, por lo que me levanté y cogí el libro que estaba leyendo, a ver si así me entraba sueño.

Por suerte, no tardé mucho en dormirme después de que me pusiera a leer y apartara de mi cabeza todo lo que había sucedido con Logan hacía un rato, por lo que, al menos, dormiría las horas necesarias para no caerme por las esquinas.

Cuando el despertador sonó, ya llevaba un buen rato despierta. Había escuchado cómo Logan salía a primera hora de la mañana, por lo que supe que estaba sola en la casa.

Me levanté, fui al baño a hacer pis y lavarme los dientes, antes de vestirme y bajar a la cocina, donde prepararía el desayuno, ya que Logan me había dicho que, los fines de semana, cuando el niño estaba en casa, volvía para hacerlo con él.

Una vez que lo tuve todo preparado, volví a subir para despertar al niño, que fuera al baño, se lavara los dientes y lo ayudara a vestirse, aunque de manera cómoda, porque no iba a salir del rancho.

Logan me había dicho que, una vez que terminara el colegio, prepararía la piscina para que pudiéramos disfrutar de ella, y que no lo hacía antes porque, si lo hacía, no había manera de que Noah entrara en la casa por las tardes.

Estábamos sentados ya en la cocina y le estaba sirviendo la leche al niño, cuando entró Logan, seguido de dos de sus peones, que me miraron de una manera que no me gustó nada.

Iba a decirles algo, pero no me dio tiempo porque Logan se me adelantó, zanjando el asunto en un momento y dejándome algo más tranquila, la verdad.

—A ver, chicos, sé que la presencia de Audrey es una novedad aquí, pero quiero que la miréis y la tratéis como si fuera de mi familia... ¿Estamos?

—Sí, Logan, no te preocupes, que así lo haremos.

—Perfecto, pues entonces, id a la buhardilla y bajad algunos de los muebles, dejándolos en el porche trasero, como ella ha dicho.

—Audrey, ¿tienes alguna preferencia entre ellos? —Me preguntó uno de los peones, con total cordialidad.

—No, podéis bajar los que os sean más cómodos; es tan solo para entretenerme cuando no tenga nada que hacer. Gracias.

Logan intentaba mirar para otro lado, pero, sin darse cuenta, sus ojos volvían a mí, una y otra vez, y tuve que darme la vuelta para que no me viera sonreír.

—¿Vas a seguir queriendo ir al pueblo para ver dónde está el colegio?

—Claro, pero si tienes cosas que hacer, no hay problema; puedo ir yo sola, no pasa nada.

—No, mientras que termináis de desayunar, termino de echarles de comer a los animales y nos vemos en media hora.

Capítulo 13



Logan

Dios, había sentido más en esa vez que lo había hecho con ella que en todas las veces que me había acostado con otras mujeres, incluida Britany, y eso me desconcertó muchísimo.

Tenía que dejarle las cosas claras, y por eso, no dudé en hablar con ella, aunque no en los mejores términos, por lo que vi en su reacción, aunque no lo hice con esa intención, os lo prometo.

Me quedé parado en el pasillo, sin saber si entrar e intentar hablar con ella o, por el contrario, irme a mi habitación y dejar todo tal y como estaba, y opté mejor por esta segunda opción, entre otras cosas porque no sabía si iba a ser capaz de contenerme.

No pegué un ojo en toda la noche, al igual que ella, a la que escuché moverse por la habitación hasta bien entrada la madrugada, que fue cuando yo miré el teléfono por última vez.

Me levanté a la misma hora, pero no me hizo falta que sonara el despertador, me di una ducha y bajé a hacer mis quehaceres diarios, como dar de comer a los animales y cambiarles el agua, además de limpiar las estancias en las que estaban.

Cuando calculé que Audrey, al igual que mi hijo, estarían ya despiertos y a punto de desayunar, llamé a dos de mis peones para que bajaran los muebles de la buhardilla, tal y como le prometí la noche anterior.

Pero lo que no me esperaba encontrar era a una Audrey vestida con la ropa que le había regalado a Britany en su momento, y no se podía estar más guapa que ella en estos momentos.

Lo mismo que pensé yo, lo pensaron también los peones, que la miraron como queriéndoselas comer allí mismo y sin importarle nadie de los que estuviéramos delante.

De mi cuerpo se apoderó una sensación que no me gustó nada, porque era como si me hubieran entrado ganas de cogerlos a los dos y dejarles claro que no quería que ni la miraran.

Intenté disimular el ataque de celos que me había entrado, pero dejé clara mi postura con respecto a ella, y así lo entendieron mis peones, que cambiaron de actitud al instante.

Todavía me quedaba lo peor: ir montado con ella en un coche para indicarle el camino hasta el colegio, pero antes tenía que recomponerme; por eso le dije que nos veíamos en media hora.

Salí de la casa y me fui hasta donde estaban los caballos. Ya había terminado de ponerle el agua y la comida, pero era el lugar de donde venía para tranquilizarme. Siempre me había ocurrido que los caballos eran los animales que más me gustaban.

Verla con esos pantalones vaqueros cortos, esa camisa sin mangas en rosa pastel, con las botas a juego, me había dejado impactado. Britany era mucho más bajita que ella, por lo que a Audrey le quedaba más corto, haciendo que el atuendo luciera más sexy en su cuerpo.

Mi miembro dio una sacudida dentro de los pantalones, porque a mi cabeza vinieron los recuerdos de la noche anterior, y no pude evitar imaginarla quitándose esa ropa que llevaba.

—No puedes seguir así, Logan, o terminarás volviéndote loco — murmuré para mí, pero sin darme cuenta de que los peones que me habían acompañado estaban allí.

—Jefe, ¿te ocurre algo?

—Me ocurre todo, John.

—¿Me dejas darte un consejo? —Me preguntó Peter.

—Siempre sabes que, antes que jefe y empleado, os considero amigos. Así que dime lo que estás pensando.

—No pierdas a esa mujer, porque nos ha quedado claro que te gusta, al igual que tú a ella.

—Sabéis que no me pienso enamorar de nuevo; el cupo de eso ya lo tengo cubierto.

—Puedes decir lo que quieras, pero esa mujer se está colando en tu corazón poquito a poco, pero también te digo que, como sigas con esa actitud, la vas a perder.

—Y habrá cola para ir a por ella; yo, el primero —me dijo John, sonriente.

—Atrévete y pierdes los dientes.

Os prometo que esas palabras salieron de mi boca sin pensarlas, como si tuvieran vida propia, y eso provocó la risa de los otros dos, que no pudieron evitar decirme que me había traicionado el subconsciente.

Salí de allí para buscar a Audrey y a mi hijo, que ya estaban esperándome junto al coche. Si antes estaba preciosa, ahora lo estaba todavía más, pues se había puesto el sombrero que iba a conjunto con las botas.

Entré a la casa a por las llaves del coche, que, con el ansia de salir de allí, no había cogido anteriormente, y salí automáticamente, para dirigirme al coche lo antes posible.

—Papi, hijo, que tienes la cabeza a las tres de la tarde, como dice la yaya.

—Y tiene toda la razón, cariño, me olvidé de cogerlas antes de salir.

—Venga, dámelas, que conduzco yo —me dijo Audrey.

—¿Cómo vas a conducir tú si no sabes dónde está el colegio?

—Porque tú me vas a dar las indicaciones necesarias.

—Pero creo que será mejor que conduzca yo, por ser la primera vez...

—Por eso de que es la primera vez, así me voy quedando con las calles y con el manejo del coche, que no quiero tener que ir dando frenazos o tirones mañana y que la gente piense que soy gilipollas.

—Está bien, toma las llaves.

Abrí la puerta trasera del coche y senté a mi hijo en la sillita de seguridad. Mi primera intención fue sentarme junto a él, pero entendí que, desde allí, sería más difícil darle las indicaciones.

Sabía que el trayecto hasta el colegio sería un suplicio para mí; por eso, antes de salir le envié a mi hermano un mensaje para que me esperara en el bar, donde me tomaría una cerveza con él.

Tal y como había pensado, al montarme en el coche y sentarme en el asiento del copiloto, no pude evitar que mi mirada fuera directa a sus piernas, que lucían casi por completo al descubierto, ya que su pantalón se había subido un poquito más.

Le fui diciendo por donde tenía que coger para llegar al pueblo y, una vez allí, tan solo tenía que ir por una calle para llegar hasta el colegio, y así se lo indiqué.

Tenía pensado decirle a Audrey que se marchara con el coche de nuevo a casa, pero no me dio tiempo cuando ella sugirió algo que me dejó completamente fuera de juego, pues no me atrevía a decirle que no.

—Ya que estamos aquí, en el pueblo, y no tengo nada preparado para comer, podríamos hacerlo en el bar.

—Había quedado allí con mi hermano, pero no me importa que te unas a nosotros.

—No te preocupes, yo me siento en una de las mesas con el niño, y tú actúa como si nosotros no estuviéramos.

—¿Cómo pretendes que haga eso?

—Pues como lo ibas a hacer, porque está claro que no contabas con ninguno de los dos. Te prometo que si hubiera otro bar, no dudaría en irme allí y no molestarte.

El tono en el que lo dijo me dejó claro que pensaba que había quedado con otra persona, y eso me hizo mucha gracia, aunque no lo demostré, pues decía que ella había sentido celos, al igual que yo esta mañana.

Pero si pensaba que lo de por la mañana eran celos, lo que pasé en el bar no sabría ni cómo describirlo, pues nada más que abrir la puerta y dejarle paso, todos los hombres que había en la barra giraron la cara para mirarla de arriba abajo.

—Vaya, Logan, buena niñera que te has buscado —dijo uno de ellos, e intenté ignorarlo.

—Eso, a ver si nos pasas su teléfono y así la contratamos cualquiera de nosotros.

Os prometo que iba a ir para coger a ese tipo por el cuello, porque no me gustó lo que insinuó de ella, pero no me hizo falta, porque Audrey se giró y le contestó como tan solo ella sabía hacerlo.

—Sigue soñando, guapo. No se ha hecho la miel para la boca del burro. Además, si no quieres que tu mujer se entere, será mejor que me ignores o alguien se lo dirá en la iglesia.

—Hostias, se me ha olvidado por completo que hoy era el día de la iglesia y no había faltado desde que era un chaval —me dijo Logan.

—No te preocupes, hermano, que ya le he dicho yo al padre que estabas liado con los animales, pero lo que no sabía era que los animales eran de dos patas —dijo Paul, dirigiéndose a esos dos hombres.

Como sabía que si seguíamos allí íbamos a tener problemas y las broncas no me gustaban, lo que hice fue decirles a mi hermano y a Audrey que nos marchábamos a casa de mi madre.

Al levantarse Audrey de la mesa, mi hermano la miró de arriba abajo y se deshizo en elogios hacia ella. Si no tuviera claro que era gay, habría tenido unas cuantas palabras con él, os lo aseguro.

Capítulo 14



Audrey

Cuando entramos al bar, esos dos imbéciles me trataron como si fuera una prostituta. No os podéis imaginar lo que me entró por el cuerpo. Os lo prometo. Era como si la furia se hubiera apoderado de mí y tuve que contar hasta diez para no partirles la cara.

No me gustaban los conflictos, mucho menos cuando había gente que no tenía nada que ver implicadas. Por eso, acepté de buen grado marcharme a casa de Mary, a la que no sabía cómo le iba a sentar cuando nos viera llegar a los cuatro.

En caso de que no tuviera comida suficiente, pues nos marcharíamos al rancho e improvisaría algo con lo que había en la nevera.

De repente, recordé que tenía que comprar un móvil porque no quería ponerme en la carretera, con un niño pequeño, sin estar localizable, ya que podían pasar muchas cosas, desde una avería hasta que alguno de los dos se sintiera indispuerto.

—¿Dónde puedo hacerme con un teléfono móvil de prepago? — pregunté, de pronto, mientras que íbamos caminando hasta la casa de Mary.

—¿De prepago? Hija, que no creo que mi hermano te pague tan poco como para no poder tener un contrato —respondió Paul.

—No es por eso, es que si saco un contrato a mi nombre, mi padre podría localizarme.

—No puedes estar escondiéndote toda la vida, Audrey —me contestó Paul.

—Lo sé, pero necesito que pase un tiempo prudencial antes de dar señales de vida. No os podéis imaginar de lo que son capaces esos dos...

A mi mente acudió la imagen de ese chico completamente apaleado y ensangrentado y un escalofrío me recorrió la espalda, como si fuera ahora mismo el momento en el que lo vi, y Logan se dio cuenta de eso.

—Audrey, me parece que nos estás ocultando datos y no me gustaría encontrármelos de repente y no saber qué hacer —me dijo, bastante serio.

—Logan, yo...

—Habla, por favor, y que yo valore si puedes seguir al lado de mi hijo o no; no puedes poner su vida en peligro.

—Por supuesto que no lo haría nunca y no tiene nada que ver con él, te lo aseguro. Si mi padre y mi ex me encontraran, tan solo se cebarían conmigo; no tocarían a nadie más.

Dije eso convenciéndome a mí misma, porque no lo tenía tan claro. Lo que sí sabía era que a Noah no le harían daño, pero no estaba yo tan segura de que no le hicieran nada a él o a Paul.

De todos modos, supe que tenía que contarles aquello que me había callado, entre otras cosas, porque Logan tenía derecho a saber el riesgo que corría y si estaba dispuesto a asumirlo.

—¿Podemos sentarnos en algún lugar tranquilo, donde el niño pueda jugar y nosotros hablar a solas? —pregunté.

—Ven, vamos al parque; todavía es pronto para ir a comer —dijo Paul.

Logan no abrió la boca, se limitó a seguirnos en completo silencio, como si estuviera analizando los posibles escenarios que se podía encontrar y buscando las diferentes salidas para cada uno de ellos.

Llegamos al parque, que estaba cerca, y, mientras que el niño se ponía a jugar en los columpios, nosotros nos sentamos en un banquito. Al principio, guardé silencio, sin saber cómo contarles lo que estaba sucediendo en realidad.

Me armé de valor y les conté lo que había descubierto el día que me encerraron y cómo mi padre, para que me viera obligada a guardar silencio, había decidido encerrarme y preparar mi boda.

—¿Qué tipo de negocios ilegales son los que llevan a cabo? —Me preguntó Logan.

—Estafa de dinero; no cometen otros delitos, al menos de los que yo tenga constancia —respondí.

—Si mi hermano decide que no te quedes en su casa, te vienes a la mía. Ya encontraré algo que puedas hacer y por lo que recibas un sueldo. En la calle no te vas a quedar —me dijo Paul, y lo agradecí, la verdad.

—Paul, te agradezco el gesto, pero yo todavía no he dicho nada.

—Logan, estás en tu derecho de mandarme a la mierda. Primero, por no contarte todo desde el principio, pero, sobre todo, quiero decirte que la única que corre peligro en toda esta historia soy yo.

—Tú, y todos los que te hemos ayudado.

—Bueno, ahí no te voy a quitar la razón, pero, sinceramente, creo que, si me encuentran, no tomarán represalias con nadie, mucho menos con un niño.

—¿Estás segura de eso que estás diciendo?

—No, porque seguro está muerto, como decía mi María, la chica que trabajaba en mi casa.

—Logan, no podemos dejarla desamparada. Ya has visto a los gañanes esos del bar, si la dejamos sola, pueden hacer cualquier cosa —dijo Paul.

—No tienen tan mal corazón, la fuerza se les suele ir por la boca, pero tienes razón en una cosa, ya estamos metidos en esto, por lo que, no pienso permitir que se marche, se quedará en mi casa, tal y como estábamos hasta ahora.

No sé lo que me pasó, pero me levanté y le planté un beso en la boca de manera inconsciente. Al principio, se tensó, pero luego puso sus manos en mi cintura y profundizó el beso, como si no hubiera nadie más alrededor nuestro.

—Creo que me he perdido algo. ¿Me lo vais a contar? —Dijo Paul, sacándonos de ese trance en el que habíamos entrado.

—Perdón, ha sido un impulso, no debería de haberlo hecho —le dije a Logan, medio avergonzada por lo que había pasado.

—Pues no, no deberías de haberlo hecho, creía que las cosas habían quedado claras anoche —me respondió, muy serio.

—Y quedó, no volverá a pasar.

Agaché la cabeza, muriéndome de vergüenza, pero también de satisfacción, porque, por mucho que él dijera, respondiendo a ese beso, había dejado claro que, para él, tampoco había sido un polvo de un calentón.

—¿Podéis dejar de ignorarme y contarme lo que ha pasado? —preguntó Paul, de nuevo.

—No ha pasado nada —dijimos los dos, casi al unísono.

—Y una mierda para ustedes. No queréis contármelo, perfecto, pero no me toméis por tonto. Ese beso venía cargado de intenciones y, si no hubiera sido aquí, sino en el rancho, no estaríais hablando en este momento.

—Pues mira, sí, no queremos contarlo, al menos yo, porque no tuvo importancia —le dijo Logan, que se había levantado para ir a buscar a Noah.

El resto del trayecto lo hicimos en completo silencio, como si no quisiéramos tocar más el tema y que pudiéramos volver a caer en ese error, que era la manera que Logan tenía de denominar lo que había pasado entre nosotros.

María nos abrió la puerta con una sonrisa, como si ya nos estuviera esperando, y es que era así, pues Paul le envió un mensaje en el que decía que comeríamos en su casa.

—Audrey, si vestida de turista estás guapa, con este atuendo estás arrebatadora —me dijo Mary, nada más verme llegar.

—Gracias, Mary, pero no creo que me vista más así, porque ya he tenido problemas —le respondí, algo avergonzada.

—Quítale esa idea de la cabeza, mamá. Han sido dos tipos en el bar...

Paul le contó a su madre lo que había sucedido, mientras que yo me mantenía en silencio, porque no quería intervenir y decir algo de lo que me pudiera arrepentir más tarde.

Mi mirada iba, sin remedio, hasta donde se encontraba Logan con Noah, que reía con lo que le decía su padre y, por un momento, me hubiera gustado ser yo la madre de ese niño.

No porque fuera hijo de Logan, que también, no lo voy a negar, sino porque ellos representaban la familia que siempre había querido tener, con la que soñaba cuando era pequeña, y eso me dolía.

Mary me animó a que me siguiera vistiendo así y, en caso de sentirme incómoda con alguna prenda porque fuera demasiado corta, que la dejara para estar en casa y la sustituyera por otra.

Nos sentamos a la mesa y Mary nos puso por delante un exquisito estofado de carne que estaba para chuparse los dedos y varios platos con verdura, para que cada uno se sirviera lo que quisiera de ensalada.

Se quedó maravillada cuando vio que Noah me hizo un gesto para que le sirviera lechuga, tomate y varias verduras más.

—¿A qué se debe este milagro? Porque yo las he pasado canutas para que se tomara, aunque solo fuera un trocito de tomate —me dijo, asombrada.

—Abuela, es que si quiero ser fuerte, grande y que nada ni nadie pueda conmigo, tengo que comer mucha verdura, me lo ha dicho Audrey —le contestó el niño, comiendo como si no hubiera un mañana.

Capítulo 15



Logan

Ese beso, el que me había dado por un impulso en el parque, se rememoraba en mi cabeza una y otra vez, en bucle, y eso me asustaba. Lo hacía por dos razones: la primera, porque me gustaba demasiado; la segunda, por su pasado, ese que nos alcanzaría en un momento o en otro.

Estaba completamente seguro de que su padre no dejaría de buscarla nunca, y la única solución que encontraba para eso es que fuera al sheriff con las pruebas que tenía, pero no me atrevía a comentarlo con ella.

Encontré refugio en mi hijo, con el que me senté a colorear en el salón de mi madre, mientras que no estaba la comida lista.

Escuchaba sus voces de fondo, como si fuera un murmullo, pero no quería estar pendiente de ellos ni de lo que hablaban, porque sabía que mi carácter saldría a la luz, ya que estaban hablando de lo que había sucedido en el bar.

Y nos sentamos a la mesa, mi madre se quedó asombrada por la manera en la que mi hijo devoraba la verdura, porque lo hacía como si fuera el mejor manjar del mundo, y la responsable no era otra que Audrey.

—Hijo, esto es un milagro, no dejes que esta mujer se vaya nunca de tu lado —dijo mi madre.

—Mamá, algún día tendrá que hacerlo cuando se enamore, se case y forme su propia familia —respondí.

Tal y como terminé de pronunciar estas palabras, supe que había metido la pata, porque no solo le dolió a ella, sino que también me dolieron a mí, y supe que ya estaba perdido.

¿Podría recular ahora y decirle que quería que lo intentáramos? ¿Me tomaría por un inmaduro que no sabía lo que quería? Podría ser, por eso, lo mejor era que dejara todo tal y como estaba y que, si tenía que fluir algo entre nosotros, que fluyera.

Después de comer, volvimos al rancho, mientras que mi hermano se quedaba en casa de mi madre, pues había quedado en recoger a su chico a las tres y media en la estación, que venía a pasar unos días con él.

Ya tenía ganas de conocerlo, por eso les dije que vinieran al rancho al día siguiente, a comer con nosotros, a pesar de que Noah llegaría más tarde, pero tenía la esperanza de que no se fueran hasta más tarde.

El trayecto lo hicimos en completo silencio, ya que el niño estaba dormido y nosotros, sumidos cada uno en sus cosas, sin atrevernos a hablar con el otro sobre lo que estábamos pensando, hasta que ella decidió romper el hielo, justo antes de bajarnos del coche.

—Logan, yo entiendo que ese beso te ha descuadrado, pero te prometo que...

No la dejé seguir hablando, puse mi mano en su cuello, haciendo que se estremeciera, la acerqué a mí, y la besé. Fue un beso pausado, lento, como si quisiera saborearla antes de que se separara y me diera el tortazo que me merecía.

Pero no fue así, nos separamos cuando ya nos faltaba el aire, pero no de manera abrupta, sino que lo hicimos poco a poco, dejándonos breves besos de pico después de esto.

—Sé que pensarás que te voy a volver loca, pero, por mucho que me digo que no ha sido nada más que un calentón, no es eso lo que siento.

—Yo tampoco, siento que me estoy... no sé si enamorando, ilusionando o qué nombre ponerle a lo que siento, pero no ha sido un simple polvo, como me dijiste ayer.

—Vamos dentro y continuamos hablando, por favor. Quiero entenderte y que me entiendas tú, quiero exponerte mis miedos y mis dudas, y que tú hagas lo mismo.

—Está bien, ahora continuamos hablando.

Nos bajamos del coche, despertando a Noah, que ya había cogido las fuerzas suficientes para permanecer despierto el resto de la tarde, por lo que bajó y se marchó corriendo a hacia la casa.

Estábamos a punto de entrar cuando uno de los peones llegó corriendo a buscarme, algo había sucedido, a juzgar por la cara que traía, que no era, precisamente, la de las buenas noticias.

—Logan, menos mal que llegas, tenemos un problema con una de las reses.

—¿Qué ha pasado, Peter?

—Ha caído en una zanja y no hay manera de sacarla de ahí.

Me giré hasta donde estaba Audrey, que había escuchado la conversación, y asintió con la cabeza, como diciéndome que lo entendía y que ya hablaríamos más tarde.

Me acerqué a ella y le dejé un breve beso en los labios, para que entendiera que, aun con esa conversación pendiente, seguía pensando lo mismo que antes y, al girarme, vi la sonrisa de Peter, que decía más de lo que él pensaba.

Nos pusimos rumbo hasta la zanja donde había caído la res, y lo tuvimos que hacer a caballo, que era tal y como había venido él, pues el coche no llegaba hasta donde estaban las reses pastando.

Me subí a mi caballo, que durante el día se encontraba ensillado, por si había alguna emergencia, como era este caso, para no perder el tiempo y poder acudir de manera inmediata. Peter no se mantuvo en silencio por mucho que lo intentara.

—Jefe, veo que has seguido nuestros consejos con respecto a la chica.

—No quiero oír ni una sola palabra sobre ello.

—Una no, vas a escuchar muchísimas, sobre todo cuando llegue a los oídos de John.

—Ni que os penséis que os voy a servir de cachondeo, porque os amonesto de empleo y sueldo.

—Eso sí que lo veo difícil, mucho más que el hecho de que John se calle la boca.

Sin poder remediarlo, ambos soltamos una carcajada, pero yo, mientras que negaba con la cabeza, por la manera de ver la vida que tenían estos dos. No eran mis empleados, eran mis amigos y sufrían conmigo todo lo que me pasaba, tanto lo bueno como lo malo.

Mis amigos, cuando se enteraron de la marcha de Britany, no dudaron en hacerse cargo del rancho mientras que yo intentaba poner mi vida en orden y me pusieron su hombro para que llorara y me desahogara a gusto.

Por eso, estaba completamente seguro de que, por mucha coña que tuvieran, si ellos me veían feliz, también vivirían esa felicidad conmigo. Es más, estaba seguro de que se comportaron de ese modo con Audrey para hacerme abrir los ojos.

Llegamos hasta donde estaba la res y supe que la cosa sería complicada y que nosotros solos, con los medios con los que contábamos, lo tendríamos demasiado difícil.

—¿Cómo ha sucedido, John? —Le pregunté a mi peón.

—No sabemos, estaba aquí, de pie, cuando, de repente, la vimos caer. Es como si el suelo se hubiera abierto de repente.

—¿Me quieres decir que toda esta zona tiene el suelo inestable?

—Hombre, tanto como toda esta zona, no sabría decirte, pero esa en la que está la res, sí que lo era.

—Entonces, tendremos que tener cuidado de no caer con ella.

Analizamos la situación y no tuvimos más remedio que llamar a la guardia forestal, explicándoles lo que nos sucedía. Lo primero que nos aconsejaron fue que quitáramos al resto de las reses de la zona y que las lleváramos a una zona segura.

Eso fue lo primero que hicimos, mientras ellos no llegaban para ayudarnos a rescatar a la que había caído. Según nos dijeron, de todos modos, habría que sacrificarla, pues una caída de esa envergadura y con ese peso le dejaría secuelas.

John se quedó junto a ella, mientras que el resto de los peones, junto a mí, nos dedicamos a llevar a las reses a la otra parte del rancho. No fue sencillo y nos llevó mucho más tiempo del que pensábamos que nos llevaría.

Cuando llegamos de vuelta, Peter y yo, porque el resto de los peones se quedaron en la otra parte, vigilando que las reses no se escaparan, ya la guardia forestal había sacado a la otra res, que estaba siendo revisada por el veterinario.

Entre unas cosas y otras, cuando miré el reloj, eran más de las doce de la noche y no había vuelto a casa. Pensaba que Audrey ya estaría acostada y dormida, así que no me metí prisa y me quedé allí hasta que el veterinario nos explicó lo que sucedía.

A simple vista, la res no había sufrido más que contusiones por el golpe. Sus extremidades no estaban rotas, pero eso sí, no sabía si había algún daño interno. Para averiguarlo, tendría que volver al día siguiente con varios aparatos de diagnóstico por imagen.

Quedamos en vernos al día siguiente, a primera hora, que sería cuando realmente nos dijera si tenía que sacrificarla o no, después de realizarle las pruebas pertinentes.

Me despedí de mis chicos y me marché a casa, donde no esperaba encontrarme a nadie despierto, pero en la que, nada más llegar, vi la luz de la cocina encendida.

Capítulo 16



Audrey

Ver a Logan montado en ese caballo fue una de las cosas más sexis que había visto en mi vida y no pude apartar la mirada de él hasta que ya no me alcanzaba la vista.

Intenté borrar esa imagen de mi cabeza y para eso, me centré en el niño, que me estaba esperando en la cocina para que le diera un vaso de leche con cacao y galletas.

No sabía dónde encontraba cabida tanta comida en un cuerpecito tan pequeño, porque comía como una lima sorda. Me serví yo también uno para mí y me senté a tomarlo junto a él.

—Audrey, ¿juegas conmigo ahora a pintar?

—Claro, mi vida, en cuanto que nos tomemos esto, nos vamos al salón y pintamos.

—¿Dónde está mi padre?

—Ha ido a resolver un problema del rancho, pero en cuanto que termine, te prometo que volverá.

—Espero que no sea como otras veces, que no vuelvae hasta por la mañana, pero no porque esté en el rancho.

—¿A qué te refieres, Noah?

—A que, cuando viene a buscarlo Peter o John, o esa mujer que dice que será mi madre algún día, pero que a mí no me gusta, no vuelve hasta que amanece.

—¿De qué mujer hablas, cariño?

—Se llama Sandy y es profesora en mi colegio. Dice que ella es la novia de papá y que me tengo que acostumbrar a ella.

Os prometo que una oleada de celos y de rabia se apoderó de mí, y que, aunque intenté aplacarla, no lo logré por completo. Sí es cierto que el rato que pasé dibujando me relajé un poco, pero no lo suficiente como para calmarme por completo.

Llegó la hora de la ducha y de la cena, por eso, en cuanto que Noah estuvo vestido con su pijama, bajamos a la cocina, donde ya tenía la cena casi lista, tan solo para calentarla un poco.

Había preparado un puré de verduras y unos filetes en salsa que estaban para chuparse los dedos, por lo que, en cuanto que estuvo caliente, nos serví a los dos; no iba a esperar a que Logan llegara.

Cenamos y nos fuimos arriba, donde acosté a Noah y le leí un cuento para que se quedara dormido. Las palabras del niño me habían calado hondo, y por eso, en cuanto se quedó dormido, me metí en la ducha, dispuesta a esperar a que viniera Logan.

Sabía que no iba a poder dormir porque la rabia que sentía no me lo permitiría. No era porque estuviera celosa, bueno, al menos no era el motivo exacto de eso, sino porque me sentía idiota por haber permitido que me mintiera de esa manera.

¿Sería cierto que tenía una relación con esa mujer? Si era así, ¿por qué me ha mentado de esa manera? ¿Por qué me había dicho que no quería tener una relación seria con ninguna otra mujer?

Me iba a volver loca porque todas estas cosas daban vueltas en mi cabeza sin descanso, y necesitaba hablarlo con él, que me dijera qué había de verdad y cuánto de mentira en todo lo que me había contado el niño.

Eran casi las dos de la madrugada cuando escuché la llave de la puerta y esperé a que entrara, porque estaba clarísimo que había visto la luz de la cocina encendida desde la parte exterior de la casa.

—Pensaba que estarías dormida.

—No podía dormir; tenemos que hablar.

—Lo sé, pero ¿podríamos esperar a mañana, por favor? Estoy agotado y el despertador sonará en menos de cuatro horas.

—No, no podemos esperar a mañana porque Noah me ha contado algo que me está comiendo por dentro.

—Está bien, pero deja que me dé una ducha, que vengo, que no me aguanto del sudor y la tierra que llevo encima.

—Perfecto, mientras tanto, yo te caliento la cena. No tardes mucho, por favor.

—No, en diez minutos estoy de vuelta.

Logan me dejó un breve beso en los labios, que me tomó por sorpresa, porque no entendía que, si lo que Noah había dicho de esa profesora era cierto, tuviera la poquísima vergüenza de besarme a mí.

¿Acaso se pensaba que no me iba a enterar? O es que... ¿lo que creía era llevar una doble vida? Porque si era esto último, por ahí no iba a pasar. Precisamente venía huyendo de todas las mentiras, como para convertir mi nueva vida en un embuste de tamaño épico.

Casi sin darme cuenta, había servido la comida en la mesa y yo me había preparado una infusión relajante, porque los nervios me estaban comiendo por dentro.

—Ya estoy listo. Dime qué es lo que te ha contado mi hijo que te tiene de tan mal humor.

—No es mal humor, es decepción, desilusión.

—¿Perdona? No entiendo nada de lo que me estás diciendo.

—Te haré una sola pregunta. ¿Quién es Sandy?

Lo vi como cogía aire e intentaba ordenar sus ideas antes de hablar. No sabía si lo que pretendía era mentirme o si tan solo estaba buscando las palabras exactas o adecuadas para explicármelo.

—Sandi es una profesora del colegio de Noah...

—Eso ya lo sé, lo que pretendo que me expliques es lo que pinta ella en tu vida.

—No pinta nada, te lo prometo. No voy a negar que me he acostado con ella en varias ocasiones, porque no pienso mentirte, pero no tenía ni tengo nada con ella más que eso, un polvo de vez en cuando.

—¿Un polvo como el nuestro?

—No tiene nada que ver lo que siento por ti con lo que he tenido con ella, por mucho que te dijera lo mismo en su momento.

—Entonces, explícame la diferencia y hazlo como si fuera tontita, por favor, que yo me entere.

Lo vi sonreír por lo que había dicho, pero no por ello tardó en explicarme todo, tal y como yo le había pedido.

—Audrey, ya te lo he dicho, cuando ambos teníamos ganas, cuando nos apetecía, o bien venía a buscarme aquí o bien nos veíamos en el bar y pasábamos la noche juntos.

—Pues hay algo que no entiendo.

—¿Y eso es...?

—Si dices que no teníais nada serio, ¿por qué le has dicho a Noah que era tu novia y que pronto sería su madre?

—Es la primera noticia que tengo de eso que me estás contando, y te prometo por mi vida que no es así. Si lo necesitas, mañana mismo te acompaño y le pongo las cosas claras.

Lo dijo tan convencido que supe que todo lo que le había dicho al niño era mentira y que lo hacía para que Noah ejerciera presión sobre su padre, cuando, en realidad, sería todo lo contrario, porque no podía con ella.

—¿He aclarado ya todas tus dudas?

—Pues sí que lo has hecho y espero no tener que lidiar nunca más con cosas como estas.

—Entonces, ven aquí y dame un beso en condiciones, que lo necesito más que nunca.

Logan me cogió de la mano y me sentó sobre su regazo, besándome como si le fuera la vida en ello, como si quisiera demostrarme que todo lo que me había dicho era cierto, y yo le creí.

Sobra decir que durmió más bien poco, aunque yo tampoco es que lo hiciera durante demasiado tiempo, tan solo el tiempo que transcurrió entre que él se levantaba para ir al veterinario y el tiempo que tardó Noah en despertarse.

Esa noche no pisé mi habitación, sino que la pasamos en su cama y, al despertar, su olor seguía impregnado en las sábanas; por eso mismo me costó mucho más abandonarla, pero, cuando lo hice, fue con una sonrisa en los labios.

Me levanté, me duché y me vestí para llevar a Noah al colegio. En esta ocasión, rescaté uno de mis pantalones de la maleta, que combiné con una camisa a cuadros de colores azul pastel, mis botas y mi sombrero, que se habían convertido en algo habitual.

Preparé a Noah, le metí el desayuno en la mochila y nos subimos al coche, para coger el camino al colegio, uno que me había aprendido de memoria el día anterior.

Cuando estábamos a punto de salir, apareció Logan a caballo, y no os podéis ni imaginar la maravilla que era verlo de esa manera, sin camiseta y con el sombrero, mientras que el torso estaba completamente sudado.

Se bajó de un salto y vino hasta nosotros, con una sonrisa en la boca, y directamente hasta donde estaba su hijo, que lo recibió con muchísima alegría.

—¿Os pensabais marchar sin darme un beso y un abrazo?

—Papi, es que anoche llegaste muy tarde y esta mañana te has ido muy temprano.

—Lo sé, mi vida, pero te lo pienso compensar este fin de semana, en el que intentaré pasar más tiempo contigo en la piscina, que ya tendremos lista para usarla.

—¿De verdad? Pues estoy deseando que ya llegue el viernes a la salida del colegio.

Después de darle un beso a su hijo, Logan dio la vuelta al coche, llegando hasta la ventanilla del conductor, esa que bajé para ver qué me tenía que decir, pero no dijo nada, metió la cabeza y me besó, sin importarle que estuviera el niño delante, que empezó a reír como si la idea le gustara muchísimo.

Capítulo 17



Audrey

Salí del rancho con una idea clara: dejar a Noah en el colegio y pasar por el supermercado a comprar los productos para preparar la comida, pues hoy quería hacer algo especial.

El trayecto se me hizo cortísimo; además, pude comprobar que el supermercado estaba cerquísimo del colegio, por lo que busqué un aparcamiento a mitad de camino entre ambos.

Nos bajamos del coche y el niño me dio la mano, mirándome de reojo, como si quisiera preguntarme algo, así que lo animé a ello, dejándole clara mi postura sobre lo que le estuviera rondando la cabeza.

—Noah, quiero que sepas que a mí me puedes contar y preguntar lo que quieras.

—¿De verdad, Audrey?

—Por supuesto, yo veré si puedo responderte o darte el consejo que necesites.

—Entonces, ¿te puedo preguntar si eres la novia de mi padre?

—Ya lo has hecho, cariño.

Ambos nos miramos y soltamos una carcajada porque lo había hecho sin pensarlo, de manera completamente inocente, y eso me hizo mucha gracia.

—Bueno, tanto como novia... podemos decir que nos estamos conociendo y que algo hay entre nosotros, aunque no podemos ponerle nombre todavía.

—Es que los novios son los que se besan y vosotros os habéis besado.

—También se besan los amigos...

—Sí, pero no en la boca, como mucho, en la mejilla. Eso es lo que yo le decía a Sandy, que no era su novia porque no le daba besos en la boca.

—Bueno, a lo mejor no se los daba delante de ti.

—Eso puede ser, pero a ti sí que te los ha dado delante de mí.

—Noah, no quiero que sufras si lo nuestro no sale bien. De verdad que no quiero que me veas como la mujer que ha llegado a tu casa a sustituir a nadie.

—Ojalá y lo hicieras, me encantaría que fueras mi madre.

El niño me dejó sin palabras cuando eso salió de su boca, con esa vocecita tan inocente y con tanto anhelo. No supe qué contestarle y él lo notó, por lo que agachó la cabeza, como si fuera algo que yo no quisiera.

—Noah, mírame —le dije, y el niño levantó su mirada a mí—. No es que no quiera ser tu mamá, para mí sería un orgullo el serlo, pero la situación es un tanto complicada y no quiero prometerte algo que no sé si voy a poder cumplir.

—Con saber que a ti también te gustaría, me conformo. Aunque sea de momento.

El niño me jaló de la camisa para que me agachara y me pusiera a su altura. Cuando lo hice, él se lanzó a mi cuello, a darme un abrazo y me llenó la cara de besos, al igual que yo a él, viéndolo entrar en el colegio.

Justo cuando estaba a punto de marcharme, escuché a alguien que se dirigía a mí, y no de la manera más idónea, dicho sea de paso. Pensé en no pararme, en continuar con mi camino, pero yo tenía más educación que la persona que me llamaba, que suponía de quién se trataba.

—Oye, eh, tú, la de la camisa de cuadros.

—¿Es a mí?

—Por supuesto que es a ti; no veo yo a nadie más con ese atuendo.

Me miró de arriba abajo, con una cara de asco impresionante, pero yo no le demostré absolutamente nada, sino que le puse la mejor de mis sonrisas. Si algo había aprendido de mis padres, era eso, a demostrar que podía ser la más falsa del mundo y sin que se dieran cuenta.

—¿En qué puedo ayudarle?

—No me hables de usted, que no soy mucho más mayor que tú.

—Es que yo no hablo de usted por edad, sino por educación. Entre otras cosas, porque no hemos comido juntas como para tutearnos, pero si es lo que quieres...

—Bueno, seguro que eso de comer juntas se soluciona pronto, aunque no sé si Logan te dejará sentarte en la misma mesa que nosotros o tendrás que hacerlo en la cocina, con los peones.

—Se nota que nunca has comido en ese rancho.

—¿Por qué dices eso?

—Porque si lo hubieras hecho, sabrías que todos comemos juntos en la misma mesa, sin distinciones de ningún tipo.

—Sí, pero eso será hasta que mi chico y yo formalicemos la relación. Anoche mismo estuvimos hablando de ello cuando vino a verme después del trabajo. Por suerte, tengo el teléfono de Peter y lo aviso a través de él, porque ese hombre nunca lleva el móvil encima.

Os prometo que me hizo dudar de lo que me había dicho Logan la noche anterior sobre lo que había estado haciendo y, si no lo hubiera llegado a esperar despierta y verlo venir a caballo y desde la parte trasera del rancho, me la hubiera creído.

—¿No me digas? Pues a mí me coge el teléfono a la primera, será que tiene más interés en lo que yo le tenga que decir.

—Mira, niñata, voy a ser muy sincera. Logan necesita a su lado a una mujer como yo, no a una niña que no sabe ni dónde está de pie, sin oficio ni beneficio.

—Una mujer, no te digo yo que no, pero lo que estoy segura de que no necesita es a una arpía que utiliza a un niño de cuatro años para conseguir sus metas.

—Y lo dice la que lo trata como si fuera de oro, cuando es un mocosito que no quiere más que la atención de su padre, pero eso se va a terminar en cuanto yo entre en esa casa.

—Por suerte, no entrarás nunca. Y ahora, si me disculpas...

—No, no te disculpo porque no he terminado de decirte lo que venía a hablar contigo.

—Entonces, me da igual que me disculpes o no, porque me pienso marchar igual.

—Si te piensas que vas a quedarte con mi hombre, sigue soñando, porque formará una familia conmigo, te guste o no.

—Sigue soñando, guapa.

Cuando me di la vuelta para marcharme, os prometo que me temblaban hasta las pestañas. Como he dicho en infinidad de veces, no me gustaban los conflictos, pero mucho menos con gente así, que era capaz de hacer cualquier cosa por conseguir lo que quería.

Entré en el supermercado y compré filetes de pescado, que iba a hacer al horno, tal y como María me había enseñado. También me hice con patatas, tomates y algunas verduras más que iba a utilizar.

No sabía si a Logan le gustaba el pescado, porque aquí lo más normal era comer carne, que era lo que tenían más a mano, pero me iba a arriesgar. Como sabía que también comerían los dos peones de confianza con nosotros, compré lo suficiente.

Me hice también con una buena reserva de cerveza y refrescos, porque a mí no me gustaba beber alcohol, y de beber agua ya estaba harta, que no me había asustado yo como para eso.

Pasé por la caja y volví al coche cuando, de repente, me encontré con Paul y su chico, y menos mal que había comprado de sobra, porque no me acordaba de que venían a comer a casa.

—Aquí está mi cuñada favorita.

—¿Qué dices de cuñada, loco?

—No me lo podéis negar; entre vosotros saltan chispas cuando estáis cerca. Y luego está ese beso en el parque...

—No me lo recuerdes, por favor, que me muero de vergüenza.

—Mira, este es Fred, mi chico —me dijo, presentándome a su pareja.

—Encantada, Fred, yo soy Audrey, la niñera de Noah.

—Y la futura novia de mi hermano, te lo aseguro.

—Y sigue con lo mismo, el colega.

—Me encanta tu manera de ser, Audrey, y eso que todavía no te conozco lo suficiente —me dijo Fred, sonriendo.

—¿Has traído el coche? —me preguntó Paul, que me había quitado las bolsas de las manos.

—Claro, no pretenderás que me lleve todo esto andando.

—Entonces, vamos, cuando vuelvas a recoger a Noah del colegio, nos venimos contigo de vuelta, y así no tengo que conducir.

—Pues no creo que a tu hermano le haga mucha gracia eso de que os volváis tan pronto.

—Ya hablaré con él, y el sábado hacemos una barbacoa en la piscina, porque tengo claro que la estará preparando ya para cuando el niño termine el colegio.

—Por supuesto, ya le dijo a Noah que quería hacer algo este fin de semana.

—Pues nada, todo listo. Anda, vamos al rancho o perderemos toda la mañana.

Nos montamos en el coche, dejando las bolsas atrás, en el maletero, y pusimos rumbo al rancho, pero antes de llegar, quise que me aclarara el tema de Sandy.

—Paul, tengo que preguntarte algo.

—Dale, soy todo oídos y estoy a tu entera disposición.

—¿Qué sabes de Sandy?

—¿La profesora del colegio de mi sobrino?

—La misma, esa maleducada que me ha dicho un montón de cosas en la puerta del colegio.

—¿Qué me estás contando? Dime, ahora mismo, lo que te ha dicho la arpía esa.

—No, eso te lo contaré más tarde, cuando lleguemos, lo que quiero ahora es que me respondas tú y que lo hagas antes de llegar al rancho.

—Entiendo lo que te ocurre y te lo diré claramente, mi hermano pasa olímpicamente de ella.

—Pero... han tenido algo, ¿no?

—Sí, se han acostado varias veces, pero supongo que eso ya te lo habrá dicho ella.

—No, me lo contó tu hermano anoche, cuando hablamos y aclaramos todo.

—No me digas que estáis juntos, porque me caigo de culo —dijo Fred, desde el asiento trasero.

—Dudo mucho que te puedas caer de culo, entre otras cosas porque estás sentado.

—Pero ¿estáis juntos o no? —preguntó Paul.

—No lo sé, de momento, nos estamos conociendo.

—Y supongo que muy a fondo, como tiene que ser.

—No seas cerdo, Paul, por favor —le reprendió su novio.

—¿Cerdo? Claro, como que ella piensa que tú y yo jugamos al parchís, y lo más cerca que estamos de eso es cuando digo me voy a comer una...

—Ya, ya, no hace falta que seas tan explícito —le contestó Fred, haciéndome soltar una carcajada.

Entramos en el rancho y aparcamos el coche en la zona en la que lo hacía Logan, que vino corriendo en cuanto que me vio aparecer.

—Desde ya te digo que no vuelves a salir sin un móvil, que vaya susto el que me has dado.

—¿Qué te ha pasado?

—¿A mí? No, la pregunta es qué te ha pasado a ti que has tardado tanto.

—Joder, no sabía yo que tenía toque de queda ni nada.

—No seas irónica y ponte en mi lugar. Has tardado más de dos horas en llevar al niño al colegio y volver, cuando se hace en treinta minutos.

—Hijo, porque he pasado por el supermercado, pero aquí estoy, vivita y coleando.

Logan se acercó a mí, me cogió por la cintura y me dio un beso de esos que te dejan con las piernas temblando, y que no sabía si era producto del miedo, de que me extrañaba o una mezcla de las dos cosas, pero que no me iba a quejar, eso lo sabían hasta los hebreos.

—Y dice la capulla que no están juntos —dijo Paul.

—Pues, si viene mi jefe y me da semejante morreo, te juro que no sabría cómo actuar —contestó Fred.

—Pues si tu jefe viene y te da un morreo así, uno de los dos pierde los dientes, pero no de la intensidad del beso, sino del puñetazo que os meto al que me coja más cerca.

Soltamos una carcajada y entramos en la casa, donde me iba a poner a preparar la comida, mientras que no me tocaba ir a por Noah al colegio. Hoy la cosa en el rancho estaba tranquila, por lo que Logan entró y subió a darse una ducha antes de sentarse a comer con nosotros.

Capítulo 18



Logan

La vi marcharse con mi hijo en el coche y me gustó esa sensación que tuve, una de familia, de unidad, que era lo que necesitábamos, tanto mi hijo como yo.

Peter y John me miraban desde la puerta del establo, con una sonrisa en los labios, y supe que me iban a dar una caña que sería épica, pero, en estos momentos, me daba exactamente lo mismo.

—Uy, jefe, que te veo hablando con el padre George y cogiendo cita para una boda.

—Déjate de tonterías, chaval, que para que eso ocurra tendrá que pasar mucho tiempo.

—¡Ajá! Pero no has dicho que no, has dicho que es cuestión de tiempo.

—Venga, vamos a trabajar ya, que quiero dejarlo todo listo para la hora de la comida, que vienen mi hermano y su pareja y quiero comer con ellos.

—Entonces, si hoy hay comida familiar, nosotros iremos al bar —sentenció Peter.

—De eso nada, y menos ustedes, que, para mí y para mi hermano, sois familia.

Nos pusimos con nuestros quehaceres y no hacía más que mirar el reloj, pues ya tendría que haber vuelto de llevar al niño al colegio, y empezaba a preocuparme.

—Logan, ¿por qué no la llamas al móvil?

—No tiene, pero te prometo que, esta misma tarde, voy a ir a buscarle uno, como Logan Miller, que me llamo.

—Tranquilízate, si hubiera habido un accidente o algo, ya nos hubiéramos enterado.

Os prometo que no era en eso en lo que estaba pensando, sino en que su padre o su exnovio la hubieran encontrado y se la hubieran llevado a la fuerza.

Los nervios se apoderaron de mí y, producto de eso, no daba pie con bola en el trabajo y me equivoqué, limpiando dos veces uno de los cubículos de los caballos, mientras que en otro ni siquiera le había cambiado el agua.

—Jefe, será mejor que te salgas a que te dé el aire, porque terminarás por poner la alpaca de paja en la mesa de la cocina y el guiso de carne a los caballos —me dijo John.

—Sí, será mejor porque no descarto que lo que dices pueda ser cierto.

—Y tranquilízate, por favor. Ve a por una cerveza y te pones en el porche a esperarla. Eso, seguro es que se ha encontrado con alguien del pueblo y está charlando.

—Lo dudo porque no conoce a nadie más que a mi madre y a nosotros.

—Pues, lo mismo y está con tu madre.

—No, me hubiera avisado de que se iba a retrasar.

Estaba fuera del establo, apoyado en la pared, cuando escuché el sonido de un coche que entraba en el rancho y supe que era ella, por lo que me moví hasta donde dejaría el coche aparcado y esperé a que se bajara de él.

—Desde ya te digo que no vuelves a salir sin un móvil, que vaya susto el que me has dado.

—¿Qué te ha pasado?

—¿A mí? No, la pregunta es qué te ha pasado a ti que has tardado tanto.

—Joder, no sabía yo que tenía toque de queda ni nada.

—No seas irónica y ponte en mi lugar. Has tardado más de dos horas en llevar al niño al colegio y volver, cuando se hace en treinta minutos.

—Hijo, porque he pasado por el supermercado, pero aquí estoy, vivita y coleando.

Os prometo que me entró tal tranquilidad por el cuerpo, que me importó un carajo que estuvieran los demás delante, y la cogí por la cintura y le di un beso que, si hubiéramos estado solos, hubiésemos terminado en mi cama, retozando hasta que tuviéramos que ir a buscar a Noah al colegio.

Mi hermano decía algo de fondo, pero no llegué a entender lo que decía, ni me importaba, siendo sincero, porque lo único que tenía en mi mente era que Audrey estaba de vuelta y se encontraba bien.

Pasamos dentro de la casa, donde mi hermano y mi cuñado, al que me presentó cuando me separé de mi chica, porque así la sentía y así se lo iba a demostrar en cuanto a que nos quedáramos a solas.

—Chicos, voy a darme una ducha, que, del susto, no he podido ni trabajar en condiciones y los peones han tenido que hacer todo mi trabajo.

—Vamos, que no vas a dar un palo al agua en el día de hoy —me dijo mi hermano.

—Anoche llegué de trabajar más de las dos de la madrugada; he empezado a trabajar a las cinco; si eso no es dar un palo al agua...

—Y entre las dos y las cinco, has hecho otro tipo de trabajos, que lo sé yo —dijo Paul, riendo.

Los dejé allí, guardando la compra, y subí a mi habitación, donde ya estaba la cama hecha y todo recogido. Tendría que hablar con Audrey porque ella no estaba aquí para eso y no quería cargarla con más trabajo.

Me metí en la ducha, donde dejé caer el agua por encima de mis hombros, que estaban demasiado cargados, y no solo del trabajo, sino de lo que estaba sintiendo y que me asustaba muchísimo.

Salí de la habitación, vestido con un pantalón vaquero y una camiseta blanca que me quedaba demasiado ajustada. En otros tiempos me la hubiera quitado y dejado para tirar o para cualquiera de los peones, por si le hacía falta en algún momento, pero esa tarde no lo hice.

¿El motivo? Pues quería poner cardíaca a Audrey, en la que me había fijado en que le encantaba verme con este tipo de camisetas, aunque sin ella también le gustaba mucho.

Cuando llegué a la cocina, la encontré cocinando, mientras que mi hermano y mi cuñado estaban en la mesa, tomándose una cerveza. No sabía a qué olía, pero era de esos olores que te hacían sentir en un hogar.

—¿Qué es lo que estás cocinando que huele tan bien?

—Pues no sé si te va a gustar, aunque espero que sí que lo haga.

—Yo le he dicho que eso no lo hemos comido en la vida, que habrá que probar —me dijo Paul, encogiéndose de hombros.

—Son filetes de pescado al horno, con patatas y verduras.

—Pues mi hermano tiene razón, pero si sabe igual que huele, me parece que voy a repetir.

Cogí otra cerveza para mí y me senté junto a ellos, sobre todo cuando vi que Audrey también lo hacía, pues ya había metido la bandeja en el horno, con toda la verdura que había sofrito antes.

—Bueno, ¿me vas a contar ahora lo que te ha dicho la arpía de Sandy? —Le preguntó mi hermano a mi chica.

—No me lo puedo creer. ¿Se ha atrevido a decirte algo? —Le dije.

—Algo, no, me lo ha dicho todo, pero yo tampoco me he quedado corta al contestarle.

—Me da igual lo que le hayas contestado, pero quiero saber hasta la última palabra de lo que te ha dicho ella.

Audrey me contó todo lo que le había dicho, y os prometo que la furia se apoderó de mí, como si estuviera poseído, porque no entendía qué pretendía esa mujer con esos comentarios.

Bueno, en realidad sí que lo sabía, lo que había pretendido siempre, desde la primera vez que me acosté con ella, pero que ya le había dicho, por activa y por pasiva, que eso no iba a suceder nunca.

—Yo voy contigo a recoger a Noah —dije, en un momento determinado.

—Vale, pero no le digas nada, por favor.

—Eso no te lo puedo prometer. Lo mismo y no le digo nada, pero hago algo que le deje clara mi postura.

—Por favor, que la que la tendré que aguantar a diario seré yo.

—Pues por eso mismo lo dice mi hermano, Audrey, para que no te vuelva a molestar nunca más.

Seguimos hablando de todo y de nada en particular, hasta que Audrey me dijo que avisara a los chicos, que la comida ya estaba lista y que, si se enfriaba, el pescado se pondría seco, como la suela de un zapato.

Me hacía muchísima gracia la manera que tenía de hablar y los dichos que utilizaba y que no eran propios de su región, hasta que nos aclaró que eran cosas que decía María, la chica que limpiaba en su casa, a menudo, y que era cubana.

Cuando los chicos llegaron y vieron lo que había encima de la mesa, pusieron una cara rara porque ninguno estaba acostumbrado a comer estas cosas. Carne sí, toda la del mundo, y entendíamos si era fresca o no, además de que decir de que animal procedía tan solo con ver el color.

Pero eso fue hasta que nos atrevimos a probarlo. El primero en hacerlo fue mi hermano, que, tras paladear el primer trozo, puso cara de asombro y ya nos atrevimos todos los demás.

—Cuñada, no puede estar más bueno. Quiero la receta —le dijo Paul.

—Ni que lo digas, está buenísimo. Si le digo a mi madre que he comido esto, seguro que viene a hablar contigo para que le cuentes el secreto —dijo John.

—Al parecer, mi chica tiene ese poder, el de que todos coman cosas que no habían probado antes, como ha hecho con Noah —le respondí.

Esa bandeja quedó completamente vacía y supe que, si se lo poníamos al niño, se relamería de gusto. Tenía un sabor exquisito y la carne del pescado estaba buenísima, con una textura que no había probado en mi vida.

—Bueno, y ahora, el postre —dijo Audrey, levantándose de la mesa para ir hasta la nevera.

—Voy sacando los platos y las cucharillas —le dije, pero lo que realmente quería era estar cerca de ella.

—Toma, coge también este cuchillo para cortar la tarta.

Me puse detrás de ella y no cogí el cuchillo, sino que lo cogí fue su trasero, y lo amasé como a mí me gustaba hacerlo, con disimulo para que no se diera cuenta nadie.

—Estate quieto, que están ahí los demás —me dijo, completamente sonrojada.

—No me importa. Te prometo que, si por mí fuera, te cogería en mi hombro y te llevaría hasta mi cama, de donde no te dejaría salir en tres días, por lo menos.

—Eso sería si no tuvieras que trabajar.

—Te prometo que, en cuanto pase lo peor, me cogeré unos días libres para estar con vosotros.

—Con comer y cenar todos los días juntos, me conformo.

—¿Viene ya ese postre u os lo estáis comiendo vosotros?! —exclamó mi hermano desde la mesa de la cocina.

—Ya vamos, impaciente —contestó Audrey, con una sonrisa.

Salimos con una tarta de chocolate que había hecho ella y que tenía una pinta estupenda. Al final, iba a terminar cogiendo peso por su culpa, y así se lo dije, pero no me esperaba lo que me contestó.

—No te preocupes, que yo conozco una forma muy placentera de perder calorías.

—Joder, Audrey, no me puedes decir estas cosas habiendo gente en la casa.

—Luego te lo demuestro, que, además, tenemos que ir a por el niño al colegio.

Llegamos a la mesa y Audrey se encargó de servir un pedazo de tarta para todos. Cuando John la probó, se levantó de la mesa y se arrodilló delante de mi chica, dejándonos a todos desconcertados, pues no sabíamos qué estaba haciendo.

—Audrey, ¿te quieres casar conmigo? —Le preguntó y todos estallamos en risas.

—Sigue soñando, chaval —le respondió ella, riendo.

—Te juro que no te pongo un dedo encima y que no me importa que te acuestes con este, mientras que me prepares la comida todos los días.

—Serás capullo... entonces, tú no quieres una esposa, tú quieres una cocinera —le dijo Peter.

—Y, en lo que no ha caído, es en que, sin matrimonio, le seguiré poniendo la comida, mientras que trabaje en este rancho.

—Entonces, será mejor que le pida matrimonio al jefe —contestó, y ahí sí que nos reímos todos.

Capítulo 19



Logan

Después de la comida y casi con el tiempo justo, nos montamos los cuatro en el coche para ir a recoger a Noah, pero no solo haríamos eso, sino que también iríamos a comprarle a Audrey un teléfono móvil.

Los chicos sabían mis intenciones, por lo que se quedaron en el rancho terminando todo lo que quedaba pendiente. Ellos eran conscientes de que jamás, en mi vida, había abandonado mis obligaciones y que esto era una excepción.

Mi hermano y mi cuñado se quedaron con nosotros porque querían ver al niño, bueno, Fred, en realidad, lo que quería era conocerlo, e iban a pasar el resto de la tarde junto a nosotros.

Llegamos a la puerta del colegio, pero yo llevaba a Audrey con mi brazo por encima de sus hombros, dispuesto a demostrarle a Sandy que ya no tenía cabida en mi vida.

—Mira, si ahora vienes con escolta y todo. Tranquila, chica, que no te iba a pegar —le dijo delante de todo el mundo.

—Por supuesto que no, porque entonces tomaríamos otro tipo de medidas —le dijo Fred, que sabía de leyes.

—¿Es una amenaza?

—No, más bien una advertencia —le contestó mi hermano.

—Vaya, chica, no sé qué les das a estos hombres para que todos te defiendan. Lo mismo, y es que te va el sexo en grupo.

—Como me vaya o me deje de ir el sexo, no es asunto tuyo. Además, deja salir a Noah, que nos tenemos que ir.

—Logan, ¿nos vemos otra vez esta noche y rememoramos lo de ayer? Y a ver si me contestas al teléfono, que siempre tengo que llamar a Peter —me dijo ella, con toda la maldad del mundo.

—En primer lugar, anoche no estuve contigo porque estuve con mi chica, y no, no te voy a contestar más porque no me interesas. ¿Te ha quedado claro?

—Con tu chica a partir de las dos, que antes, sabes muy bien que estuvimos juntos —seguía insistiendo.

Miré a Audrey, que esperaba que no se creyera ni una sola palabra de todo lo que esta mujer estaba diciendo, y podía demostrarle, hablando con los chicos o con el veterinario.

Mi chica me miró, sonriente, y se acercó a darme un breve beso en los labios, que me supo a poco, pero que me decía que no creía nada de lo que estaba hablando.

Cuando volvimos la cara, ya no estaba allí, se había marchado y, en su lugar, el que estaba era Noah, que nos miraba con una sonrisa. Sabía que mi hijo estaría encantado en el momento en el que le dijéramos que estábamos juntos, pero quería esperar un poco.

Paul lo cogió y se lo subió a los hombros, como hacía siempre que estaba junto a él, haciendo que mi hijo riera. Justo cuando estábamos saliendo del recinto escolar, vino una de las profesoras a llamarme.

—Señor Miller, ¿podemos hablar un momento, por favor? —Me dijo la que había sido la profesora de mi hijo hasta este año.

—Claro, sin problema. Chicos, ¿me esperáis en el bar? —respondí.

—No te preocupes, que nosotros nos quedamos con ellos hasta que vuelvas —me dijo mi hermano.

Los vi seguir camino del bar, entre bromas y risas, y me giré para ver qué era lo que quería la profesora de Noah. Sabía que era amiga de Sandy y que lo que me fuera a decir tendría que ver con ella o con Audrey, pero tenía curiosidad por saber lo que se había inventado.

—Usted dirá.

—Logan, no hace falta que nos hablemos de usted a estas alturas.

—Tú has sido la primera que te has dirigido a mí como señor Miller.

—Sí, pero era porque había gente delante.

—Bueno, da igual, ve al grano, que, como has podido comprobar, me están esperando.

—Estoy preocupada por Noah.

—¿Qué le ocurre a mi hijo?

—Pues que tiene el nombre de esa mujer en la boca durante todo el día. Audrey me ha dicho esto, Audrey ha hecho esto otro, y no creo que sea bueno para él.

—¿Cuál es el motivo por el que no te parezca bueno para él?

—Pues, que acaba de llegar al pueblo, no sabéis nada de su vida y le dejas a tu hijo durante mucho tiempo, y puede hacerle algo que luego tengas que lamentar.

—¿Intentas llamarme irresponsable?

—No es eso, pero me extraña muchísimo que, por un polvo, puedas poner la vida de tu hijo en peligro.

—En primer lugar, no es un polvo, es una relación. En segundo lugar, conozco absolutamente todo lo que corresponde a su vida; que no vaya por ahí pregonándolo no significa que esté ajeno a ella, y en tercero, pero no menos importante, la felicidad de mi hijo es lo principal.

—Por eso lo digo. ¿Y si rompéis y se tiene que marchar de tu casa?

—En ese caso, que desde ya te digo que es poco probable, seguirá teniendo contacto con ella porque, como te he dicho, la felicidad de mi hijo es lo primero.

—Pues nada, yo te lo he advertido; luego no quiero lamentaciones.

Ni siquiera le contesté; me di media vuelta y encaminé mis pasos hasta el bar, donde me estaban esperando mi gente, e intenté relajarme por el camino, pero me fue completamente imposible.

—¿Qué te ha dicho esa mujer que traes esta cara? —preguntó mi hermano.

—Será mejor que no os lo cuente, porque os vais a enfadar casi más que yo.

—Entonces, cuéntalo y así estoy prevenida —me dijo Audrey.

Les hice un breve resumen y, mientras que mi hermano negaba con la cabeza, Audrey cambiaba de color, poniéndose blanca como la pared, y supe lo que estaba pensando.

—Ni se te ocurra, siquiera, pensarlo —le dije.

—Estoy incomodando vuestra vida y, quizás, sea mejor que me marche a otro lugar y os deje vivir tranquilos, como estabais antes de mi llegada.

—¿Cómo quieres que vivamos? ¿Amargados? ¿Sin amor? Porque si es eso lo que pretendes, yo mismo te llevo a la estación de autobuses.

—No es eso, de verdad, pero...

—Pero nada, Audrey. Esa mujer lo ha dicho buscando que lo nuestro se termine y en beneficio de Sandy, que es su amiga del alma.

—¿Estás seguro de querer eso?

—Más que de nada en el mundo. Te quiero a mi lado, como mi pareja, y estoy seguro de que Noah también. ¿Verdad, cariño?

—No metas al niño en esto.

—Claro que me tiene que meter, Audrey. Y sí, yo quiero que ella sea tu novia, y que me venga a buscar al colegio y, algún día, poder decir que es mi madre.

Cuando mi chica escuchó eso de la boca de mi hijo, no pudo retener las lágrimas, así como tampoco fue capaz de resistirse a darle un abrazo y un montón de besos, primero al niño, y luego a mí.

—Gracias, Logan, por abrirme las puertas de tu casa, pero, sobre todo, las de tu corazón, a pesar de lo que llevo auestas.

—No, mi amor, las gracias te las tengo que dar yo a ti, por devolverme las ganas de creer en el amor, de volver a ser feliz.

Nos dimos un beso y, cuando terminamos de tomarnos el refresco que teníamos delante, nos marchamos a la tienda de telefonía, donde quería comprarle a Audrey ese tan ansiado teléfono.

La chica de la tienda nos atendió con muchísima amabilidad y simpatía y nos mostró el último modelo de una de las principales marcas de teléfonos, pero Audrey dijo que eso era demasiado, que quería algo más normalito.

Pensaba que lo pagaría ella, pero no lo iba a permitir, aunque ella no lo supiera todavía. Por eso, le hice un gesto a la chica para que no le hiciera caso y me pusiera para llevar, junto a una tarjeta que incluí en mi contrato.

—Eres indomable, de verdad —me dijo ella.

—Si quieres, después en casa te dejo que intentes domarme —le dije en el oído, y se puso roja como un tomate.

Solté una carcajada que resonó en toda la calle, mientras que ella me daba un golpe en el brazo para reprenderme.

Salimos de la tienda con el teléfono funcionando. Mi hermano y mi cuñado anotaron su número y lo guardaron en la agenda de sus móviles, dejándole a ella llamadas perdidas desde sus terminales, para que también los agendara.

Quedamos en volver a vernos el sábado, día en el que haríamos una barbacoa, junto a mi madre, Amy y todos los nuestros, e inauguraríamos la temporada de piscina oficialmente, algo que mi hijo estaba deseando que sucediera.

Volvimos al rancho y lo primero que tenía en mente era ir a hablar con Peter, pues quería saber si él había hablado el día anterior con Sandy, pero, por supuesto, lo haría delante de Audrey, pues no tenía nada que esconder.

—Peter, qué bueno que estás aquí.

—¿Qué te pasa?

—¿Tú hablaste anoche con Sandy? Y quiero la verdad.

—Estuve con ella cuando nos fuimos de aquí. Hace un tiempo que nos acostamos, pensé que no te importaba.

—Gracias, Peter, no te preocupes, que no me importa absolutamente nada, pero ten cuidado con ella.

Capítulo 20



Audrey

Una vez que estuvimos ya en casa, y como la cena estaba lista, mientras que yo duchaba a Noah, Logan se metió a su baño y, cuando terminaron, me di una ducha yo.

Cuando bajé a la cocina, allí estaban los dos, poniendo la mesa y calentando la cena, riendo entre ellos y gastándose bromas. Me encantaba verlos así, distendidos y divirtiéndose como si fueran dos niños.

—Vaya, veo que no me habéis esperado para la diversión.

—Audrey, ya está todo listo. Hoy te toca a ti sentarte —me anunció Loga.

—Eso, hoy servimos nosotros, serás nuestra invitada de honor —respondió su hijo.

Entre los dos, me llevaron hasta la mesa, cogiéndome cada uno de una mano, y haciendo que me sentara, mientras que ellos cogían la fuente de la ensalada para ponerla en la mesa y cortaban la carne para servirla en cada plato.

La cena transcurrió entre risas y comentarios de Noah sobre lo que había hecho en el colegio y que a nosotros nos hacía tantísima gracia, hasta que, después del postre, el niño dijo que tenía sueño.

—Es normal, cariño, hoy no has podido dormir ni un ratito de siesta —le dije yo.

—Venga, campeón, vamos a la cama —dijo su padre, cogiendo su manita.

—Papi, ¿puede venir también Audrey? —preguntó, como con miedo de decepcionar a su padre.

—Por supuesto que puede, mi vida, siempre que ella quiera, claro.

—Venga, vamos todos, ahora, cuando baje, recojo la cocina —le dije.

—La cocina se puede esperar a mañana —me dijo su padre.

—¿Y acostarme con todos esos tiestos? Qué poquito me conoces. No podría conciliar el sueño, te lo aseguro. Esas sartenes estarían dando vueltas en mi cabeza durante toda la noche.

Logan soltó una carcajada, mientras que yo negaba con la cabeza y subía con el niño por la escalera. En esta ocasión no me había puesto mi camiseta cuando salí de la ducha, sino que había utilizado un pijama veraniego, cuyo pantalón era demasiado corto, como me lo hizo saber Logan minutos más tarde.

Metimos al niño en la cama y nos sentamos en su cama, cada uno a un lado suyo, y cogí el cuento de la noche anterior y empecé a leerlo hasta que, poco a poco, fue cerrando sus ojitos y quedándose completamente dormido.

Salimos de su habitación y bajamos a la cocina, pero mucho antes de recoger la cocina, Logan me hizo saber cómo lo había puesto este pantaloncito que llevaba puesto.

Mientras que enjuagaba los platos y la fuente para meterlos en el lavavajillas, mi chico me abrazó por detrás, clavando su erección en mi trasero, y haciendo que la sangre hirviera en mis venas.

—No quiero que nadie más te vea con ese pijama.

—No pretendo pasearme por el pueblo así, créeme.

—Ni por el rancho, o tendré que partirles la cara a la mitad de los peones, y eso supondría que me quedara sin mano de obra.

—Tampoco eres exagerado tú, qué va.

—¿Te has mirado en un espejo? Mira cómo me tienes desde que has subido por esas escaleras.

—Anda, déjame recoger todo esto, que ya es muy tarde.

—Entre los dos, lo haremos mucho más rápido y tendremos más tiempo para nosotros.

En menos de media hora, ya lo teníamos todo recogido e íbamos camino de las habitaciones, bueno, en realidad, de la suya, porque a la mía no me dejó ni entrar.

—Quiero que mañana, cuando vengas de dejar al niño en el colegio, pases todas tus cosas aquí, no quiero pasar ni una noche más sin dormir contigo.

—Pero... ¿y el niño?

—Ya lo has oído esta tarde, está encantado, como su padre, de que seas mi novia, mi pareja, mi mujer, o como quieras llamarlo.

Cerró la puerta y me pegó a ella para besarme como tan solo él sabía, encendiéndome mucho más de lo que ya lo estaba. Metió sus manos por debajo de mi camiseta y acarició mis pechos como a mí me gustaba, volviéndome loca.

En menos de diez minutos, ya estábamos los dos completamente desnudos y sin habernos movido de esa puerta. Logan se había arrodillado ante mí, levantó una de mis piernas y se la colocó en el hombro, lamiendo mi sexo a continuación.

Decir que alcancé el orgasmo rápido sería hasta exagerar en el tiempo que tardé, pues tan solo le hicieron falta dos pasadas de su lengua por mi clítoris para conseguirlo.

Cuando lo hice, en sus labios se mostró una sonrisa de satisfacción, de saber que había conseguido lo que estaba buscando y mucho antes de lo que tenía previsto, al parecer.

—Me encanta lo receptiva que eres.

—No me había pasado esto antes, te lo prometo. Mi novio decía que era una persona frígida, que me costaba practicar el sexo porque no me gustaba.

—A lo mejor el que no te gustaba era él, o no sabía hacerte el amor como tú te mereces.

—¿Y tú? ¿Sabes hacerlo?

—Ahora mismo te lo demuestro, y luego me cuentas.

—¿Me vas a dejar domarte, como has dicho?

—Estoy a tu entera disposición, para que hagas conmigo lo que quieras.

—Eso me gusta, y mucho.

Me levantó y me llevó hasta la cama, besándonos como si no hubiera un mañana, y donde lo hicimos en mil posturas, haciéndome vibrar con cada una más que en la anterior. Me encantaba el sexo con él, y lo sabíamos los dos.

Tal y como me había prometido, una de las veces fui yo la que quedó encima de él, a horcajadas, encima de su regazo, y ahí, os prometo que me volví loca, haciendo que llegáramos al orgasmo los dos, al unísono.

—Joder, Audrey, ha sido increíble.

—Sí, pero con el calentón del momento, hemos olvidado usar protección.

—Yo estoy limpio, y tú, creo que también, y si lo dices por el tema del embarazo, eso sería lo más bonito que nos diera la vida.

—¿Estás seguro? Llevamos muy poquito tiempo juntos y...

—¿Y qué? Desde el primer momento tengo claro que si alguien me iba a hacer replantearme mi soltería de nuevo, esa ibas a ser tú, como estarás comprobando.

Nos reímos juntos y seguimos hablando de todo lo que pensábamos hacer, hasta quedarnos dormidos, abrazados y con mi cabeza reposando en su pecho, que me parecía la más buena de las almohadas.

Cuando me sonó el despertador, ya Logan no estaba a mi lado, como era habitual, puesto que él se levantaba demasiado temprano para atender sus obligaciones.

Su lado de la cama estaba frío, pero el olor de su piel todavía se mantenía en las sábanas, y a mí me encantaba girarme y oler su fragancia en la funda de la almohada, era algo que me fascinaba hacer antes de levantarme.

Entré en la ducha y me vestí antes de bajar a preparar el desayuno para llevar a Noah al colegio. En esta ocasión llevaría mi nuevo teléfono móvil, que era de última generación, y donde tenía todos los teléfonos agendados, y eso me daba una seguridad pasmosa.

La tarde anterior le había dicho a Logan que me activara el localizador, no porque estuviera acostumbrada a que me vigilaran desde que era una niña, sino porque algo me decía que debería hacerlo, por mi seguridad, y lo hizo.

Una vez que tuve todo listo en la cocina, subí a despertar a Noah, pero me lo encontré ya despierto y con su uniforme puesto, ya que hoy tocaba educación física e iba con el chándal.

—Vaya, estás hecho ya un hombre, eh...

—No, todavía soy un niño, pero tengo que aprender a vestirme y a ser independiente, como los mayores.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Me lo dijo el tío Paul ayer, que lo intentara y, cuando no pudiera hacer algo, pidiera ayuda.

—¿Necesitas que te ayude con algo, mi amor?

—Sí, con las zapatillas de deporte, que me las he puesto ya tres veces y, al levantarme y poner los pies en el suelo, me siento raro, como si me costara caminar.

—Claro, mi vida, como que te las has puesto al revés, pero te contaré el truco para que no vuelvas a ponértelas así.

—¿Qué truco es ese?

—Mira, las tiras del velcro que tienes que pegar siempre tienen que quedar en la parte de dentro del pie, las dos juntas.

—¿Me dejas probar a ver si puedo?

—Claro, vamos con tiempo. Inténtalo.

Noah lo consiguió a la primera y una sonrisa de lo más bonita se pintó en su boca. Se puso a saltar de la alegría, mientras que iba al baño a peinarse y lavarse los dientes, para luego coger la mochila y bajar a desayunar.

Salimos de la casa después de dejar la cocina recogida, yo no había desayunado, pues Logan me dijo que lo haríamos juntos cuando viniera de vuelta.

Capítulo 21



Audrey

Había dejado al niño en el colegio, desayunado con Logan y los chicos y dejado la comida preparada. Hoy, como era uno de los últimos días de colegio, los niños ya no tenían comedor, por lo que tuve que ir a recogerlo antes.

Llegué a la puerta del colegio a la vez que el resto de los padres, que me recibieron con una sonrisa. No es que hubiera mil niños en el centro, que eran unos diez o doce por clase, y por eso, todos se conocían.

Vi llegar a Noah cabizbajo, con la cabeza gacha y muy triste, y supe que algo le había pasado, pues lo habitual es que, mientras salía, corría hacia mis brazos, riendo y siempre contento. Algo no me cuadraba.

—Mi amor, ¿qué te sucede?

—Nada, vámonos ya.

—No, no nos vamos a marchar. Espera. ¿Recuerdas lo que te dije sobre nosotros?

—¿Eso de que podía hablar contigo de todo lo que quisiera?

—Eso mismo.

—Sí, claro que lo recuerdo.

—¿Entonces? ¿Por qué no me dices lo que te ocurre?

—Porque no quiero que te pelees con la seño.

—¿Te ha dicho o hecho algo, Noah? Me lo tienes que contar porque si te ha hecho sentir mal, eso no se puede consentir.

Noah me miró, con los ojos cuajados de lágrimas y, para que tuviera más confianza y se sintiera más relajado, lo aparté de la puerta del colegio, llevándomelo a un lado.

El niño me contó que hoy habían tenido una actividad en la que tenían que dibujar a su madre ejerciendo su profesión, y que esa mujer le dijo que, como él no tenía madre, que hiciera un dibujo libre.

—Audrey, y me lo dijo desde su mesa, para que se enteraran todos mis compañeros.

—Ven, cariño, vamos de nuevo al colegio, que voy a hablar con esa mujer.

—No, Audrey, por favor, que mañana lo hará peor, y no quiero que los niños se rían más de mí.

—Te aseguro que no se atreverá.

Noah empezó a llorar y supe que, si lo hacía en ese momento, se llevaría un gran disgusto, y demasiado había tenido ya el pobre como para seguir sufriendo por culpa de los adultos.

—Está bien, vamos al coche y volvamos a casa, mañana será otro día.

—Gracias, Audrey.

—No tienes que dárme las, mi vida, estoy aquí para ayudarte en todo lo que pueda, te lo prometo.

El niño se colgó de mi cuello en un abrazo que me llegó al alma, y que se me quedaría grabado para siempre. En cuanto que llegáramos al rancho, tenía claro que hablaría con su padre, para que, entre los dos, le dijéramos unas cuantas cositas a esa mujer.

Nos subimos en el coche y, tras asegurarlo en su sillita de seguridad, puse rumbo al rancho, donde Logan nos estaba esperando en la puerta de la casa, a modo de recibimiento, pero su sonrisa se esfumó en cuanto que nos vio la cara que traíamos los dos.

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Por qué traéis esas caras?

—Vamos dentro, por favor. Noah, ve arriba a cambiarte y a lavarte las manos para comer, cariño.

—Sí, ahora mismo voy.

El niño se acercó a mí y me dejó un beso y un abrazo, al igual que a su padre, para subir las escaleras en dirección a su habitación, donde haría todo lo que le había pedido, mientras que yo aprovecharía para hablar con su padre.

Le conté todo lo que el niño me había dicho, y Logan pasó del asombro al más genuino de los enfados, por todo lo que había sucedido y en lo que se había visto envuelto el niño, sin tener culpa.

—Mañana voy con vosotros al colegio y le diremos unas cuantas palabritas a esa pseudoeducadora, porque de educadora nada más que tiene el título.

—Sí, yo había pensado lo mismo y si no lo he hecho hoy mismo ha sido por dos razones. La primera, que no sabía cómo te iba a sentar si lo hacía, y la segunda, que no menos importante, porque Noah me pidió que no lo hiciera.

—En primer lugar, todo lo que hagas en bien de mi hijo, no tienes ni que consultármelo. Audrey, eres mi pareja y lo más cercano que ese niño tiene a una madre...

—Pero no lo soy, aunque lo quiero como si hubiera salido de mis propias entrañas. Aunque, Logan, no quiero que luego me reproches nada.

—Te juro por mi vida que no te diré nunca nada, tienes plena libertad de actuar con el niño como te nazca.

Tuvimos que cortar la conversación porque el niño ya bajaba las escaleras y nos sentamos a la mesa los tres. En esta ocasión, no estarían ni Peter ni John, que estaban con las reses en la otra punta del rancho.

Pero no os vayáis a pensar que los había dejado sin comer, que antes de que se marcharan les había preparado un táper con dos raciones, bastante generosas, porque comían una barbaridad, de lo mismo que comeríamos nosotros.

Vimos cómo Noah iba mareando la comida, dándole con un tenedor de un lado a otro, y eso que era su comida favorita, macarrones con queso, y supimos que estaba preocupado.

—¿Qué te ocurre, mi vida?

—Es por la seño que, cuando me vio llorar, me dijo que me dejara de tonterías, que la vida era así y que a cada uno nos tocaba una cosa.

—¿Se puede ser más cabrona que esa mujer? —pregunté en voz alta, y Logan me lanzó una mirada reprobatoria, no por lo que había dicho, sino por utilizar una palabra malsonante.

—No, no se puede tener más mal corazón que ella, pero no utilices esas palabras delante del niño, por favor —me pidió.

—Lo siento, ha sido un arrebato que no se volverá a repetir, lo prometo.

—Papi, déjala que lo diga, así se desahoga. Yo sé que esas palabras tan solo las pueden decir los mayores; no las voy a repetir.

En cuanto que terminamos de comer, Logan volvió al trabajo, no sin antes despedirse de nosotros con un beso, y el niño y yo nos fuimos al salón, con el aire acondicionado, a ver una película.

Tenía claro que ninguno de los dos íbamos a ver más que el principio, porque siempre nos pasaba lo mismo. Una hora para elegir una película, para quedarnos dormidos a los cinco minutos de empezar.

—¿Cuál quieres ver, cariño?

—Me da igual, la que tú quieras.

—Noah, no puedes seguir así, mi vida. Mañana, papá y yo hablaremos con tu seño para que entienda que eres un niño y que no te puede decir esas cosas, mucho menos cuando haya otros niños delante.

—Quiero que termine ya el colegio, a lo mejor, cuando empiece el nuevo curso, ya has decidido que puedes ser mi madre.

Esas palabras me llegaron al alma, porque no es que yo no quisiera ser su madre, es que me parecía algo precipitado, pero me anoté mentalmente que le preguntaría a su padre si a él le importaba que el niño me llamara mamá.

—Anda, vamos a ver esta película, que sé que te encanta.

—Vale, pero ¿me dejas que recueste mi cabeza en tu regazo?

—Por supuesto, cariño, hazlo.

Y así nos encontró su padre cuando entró a por un café, con la televisión encendida, la cabecita de Noah sobre mi regazo y ambos dormidos, como me demostró al mostrarme la foto que nos hizo cuando volvió por la noche.

—Logan, me gustaría hablarte de algo.

—Dime, cariño.

—Ven conmigo a la cocina, por favor.

—Noah, cariño, vamos a ir preparando la cena. ¿Te quedas aquí dibujando? —Le preguntó su padre.

—Sí, papá, me avisáis cuando esté lista, que ya me he duchado y todo.

Fuimos hasta la cocina, dejando al niño en el salón, y no me pude aguantar más y le conté todo lo que el pequeño había hablado conmigo esa misma tarde, esperando a que me diera su punto de vista.

—¿Tú qué es lo que quieres?

—Verlo feliz, como me llame, me da exactamente igual.

—Entonces, llámalo para que venga, por favor.

Fui hasta el salón y le dije al niño que me acompañara a la cocina, que su padre y yo queríamos hablar con él. Al principio, se puso nervioso, como si pensara que le íbamos a reñir o algo, pero lo tranquilicé.

—Cariño, no es nada malo, tan solo queremos preguntarte algo.

—Noah, ven, mi amor. Siéntate a mi lado —le dijo su padre.

—¿Qué pasa, papá?

—No pasa nada, cariño. Te quiero hacer una pregunta. ¿Te gustaría llamar a Audrey, mamá?

—¿Me lo preguntas en serio? Pues claro que me gustaría, así los niños no me dirían nada referido a eso —contestó al niño.

—Pero ese no es un motivo válido, Noah. Los niños siempre encontrarán la manera de que te sientas mal por eso.

—Claro, mi amor, te podrían decir que yo no soy tu madre de verdad —le dije.

—Me da igual lo que piensen; tú me cuidas y me quieres; por eso, ya te considero mi madre.

Capítulo 22



Logan

La madurez con la que actuaba y contestaba mi hijo era digna de admirar, con casi cinco años que tenía, y así lo demostró cuando le preguntamos la noche anterior si quería llamar mamá a mi chica.

Desde ese mismo momento, empezó a llamarla así, y en Audrey pude ver el orgullo que sentía y lo que le gustaba que lo hiciera, y a mí, realmente, era algo que, mientras que a mi hijo lo hiciera sentir bien, no me importaba.

Esa misma mañana fui con ellos al colegio y pedí una tutoría urgente con la directora del centro, al igual que con esa profesora. No iba a dejar que las cosas se quedaran así, mucho menos cuando lo había hecho por celos; estaba claro.

—No creo que la señorita Stone lo haya hecho con esa maldad con la que usted está insinuando, señor Miller —nos dijo la directora.

—Además, es que no he dicho ninguna mentira; el niño no tiene madre, y cuanto antes lo asuma, pues mucho mejor. Ha sido su padre el que lo ha decidido así, porque Sandy estaba más que dispuesta a asumir ese papel —dijo Madeleine, la tutora de Noah.

—Eso corresponde a mi vida privada y no tiene nada que ver con la formación académica de mi hijo. Además, y aunque no tengo que dar explicaciones a nadie, tengo que decir que mi pareja ha querido asumir ese papel —le dije a las dos, y la cara de sorpresa de Madeleine no se pudo disimular.

—¿De qué pareja estás hablando? —preguntó, como si no se lo creyera.

—De mí. Así que, a partir de ahora, te agradecería que no te dirigieras al niño con esos términos, porque no te lo pienso consentir —le contestó Audrey, haciéndome sentir de lo más orgulloso.

—Esto tiene miga, de verdad. Tenías a Sandy, que ha querido ser algo más, desde la primera vez que salisteis, y aceptas a una mujer que acabas de conocer y de la que no sabes nada —me dijo Madeleine.

—Señorita Stone, por muy amiga suya que sea la señorita Smith, no creo que tenga usted nada que opinar sobre la vida del señor Miller, mucho menos sobre sus decisiones amorosas —le dijo la directora del colegio, que, además, me conocía de toda la vida.

—Dicho esto, espero que no se vuelva a repetir ninguna situación desagradable para mi hijo, porque, si la hay, no dude que tomaré otro tipo de medidas mucho más desagradables.

—No se preocupe, señor Miller, que no volverá a pasar.

Nos estrechamos la mano y salimos de allí con una sonrisa en los labios y con la satisfacción de haber puesto a esa mujer, y de paso a su amiga, en su lugar, para que no se atreviera a hacerle daño a mi hijo nunca más.

Como estábamos en el pueblo y tenía que ir a comprar materiales a la tienda del señor Jones, decidimos aprovechar también para ir a comprar la carne y todo lo necesario para la barbacoa del sábado y ver a mi madre, que hacía días que no la veíamos.

—Hijo, ¿qué ha pasado para que estés aquí?

—Nada, mamá, que tenía que comprar cosas y he aprovechado para venir a verte y contarte las novedades.

—¿Qué novedades? ¿No me digas qué...?

Mi madre se fijó en que llevábamos las manos unidas, con nuestros dedos entrelazados, y pintó una sonrisa en su boca de lo más bonita, alegrándose por nosotros, como nos lo hizo saber a continuación.

—Sí, mamá, estamos juntos y enamorados.

—Es la mejor noticia que me podíais haber dado, los dos, porque os lo merecíais.

—También queremos decírselo a Amy, que seguro que se alegra de la misma manera que tú —le dijo Audrey, sonriendo.

—Espera, que eso lo soluciono yo ahora mismo, voy a llamarla y a tu hermano para que vengan todos a comer aquí. Esto hay que celebrarlo.

—Mamá, llama a la señora Amy, si quieres, pero lo vamos a celebrar el sábado en una barbacoa en el rancho y queremos que estéis todos allí, con nosotros.

—Bueno, pues lo celebramos doblemente. Además, tengo ganas de ver a mi niño, que hace muchos días que no lo veo.

—Pues no lo ves porque no te da la gana, porque yo no te he prohibido que vayas al rancho a verlo.

—No, pero pensé que el niño necesitaba tiempo para adaptarse a Audrey y no quería interferir.

—Ya ves que no ha sido así, si hasta la llama mamá.

—Has sido lo mejor que les podía haber pasado a mi hijo y a mi nieto, y no tendré vida para agradecerte lo que has hecho por ellos.

—No, Mary, la que no podré agradeceros nunca lo que me habéis salvado soy yo.

Estuvimos un rato más en casa de mi madre hasta que llegó la hora de recoger a nuestro hijo del colegio, porque si el niño la había admitido como su madre, yo también la trataría así, de la misma manera.

Y había llegado el día de la barbacoa, ese en el que inaugurábamos la temporada de piscina, y en el que estaban todos invitados, incluidos John y Peter, que nos dijeron que vendrían acompañados.

Lo que no me esperaba es que Sandy tuviera el descaro de aparecer por allí, mucho menos de la mano de Peter, cuando días antes le había dicho a mi chica que era mi novia y que iba a ser la madre de mi hijo.

—Peter, ¿podemos hablar? —Le dije a mi peón, algo enfadado.

—Claro, dime en qué puedo ayudarte.

—¿Por qué has traído a esa mujer a mi casa?

—Me dijiste que no te importaba que estuviera con ella y me gusta mucho, por eso la he traído.

—¿No te estás dando cuenta de que te está utilizando para acercarse a mí?

—Me parece que te lo tienes un poquito creído, ¿no? Sandy está aquí porque quiere estar conmigo, así que te agradecería que la trataras como a mi pareja, no como a un ligue tuyo.

—¿Creído? Será mejor que hables con Audrey sobre lo que le dijo el día después de pasar contigo la noche.

—Sé que tu chica le tiene muchísima inquina por haber estado contigo, pero no voy a permitir que habléis así de ella.

—Tú mismo, no la voy a echar de aquí por ti, pero que sepas que te está utilizando y que no quiero que te haga sufrir.

—Esa es tu manera de pensar, pero te demostraré que lo que dices no es cierto y, si te molesta su presencia, también te molesta la mía, así que no tengo ningún problema en marcharme con ella.

—No digas más tonterías, Peter. Tú eres mi amigo, además de mi empleado, y jamás te diría que te marcharas.

Peter se giró y fue hasta donde estaba Sandy, cogiéndola por la cintura y dándole un beso, como si a mí me fuera a importar que hiciera eso, cuando lo cierto es que lo que me preocupaba era que le hiciera daño, nada más.

Mi hijo hizo los honores de la inauguración de la piscina, y lo hizo saltando en bomba desde el filo, después de hacer una cuenta atrás desde el número cinco, que nos hizo reír a todos, menos a esa mujer, que lo miraba con desprecio.

Os prometo que iba a decirle cuatro cosas, pero Audrey me paró, cogiéndome por el brazo, para que dejara pasar el día, por Peter, al que ella también le había cogido un gran cariño.

—¿Nos damos un baño, señor Miller?

—Como me vuelvas a llamar así, te prometo que echo a todos a patadas de aquí y te encierro en la habitación hasta mañana.

Audrey soltó una carcajada mientras se quitaba el vestido que llevaba puesto, mostrando su cuerpo con un biquini que quitaba el aliento, porque no le podía quedar mejor.

Tanto mi hermano como mi cuñado, así como John, se quedaron con la boca abierta al verla y no dudaron en piropearla, haciendo que sus mejillas se tiñeran de un rojo que era de lo más adorable.

—Hermano, ahora entiendo por qué has caído rendido a sus pies, porque no se puede estar más buena que ella —me dijo Paul.

—Ni que lo digas, y si, además, a ese cuerpazo le sumamos su manera de ser, hasta yo hubiera caído rendido a sus pies —contestó Fred, mi cuñado.

—Jefe, tu chica no tendrá una hermana o una prima por ahí, escondida, ¿no? —me dijo John, riendo.

—Me parece que no, John, a no ser que el padre tenga alguna ilegítima, porque es hija única. Que tampoco me extrañaría, eh, a juzgar por cómo es —le dije.

Sandy, al ver que todo el mundo le mostraba su pleitesía a Audrey, no tardó en hacer lo mismo y quedarse también en biquini, pero nadie se dignó a mirarla, a excepción de su chico.

No es que Sandy tuviera mal cuerpo, ni mucho menos, pero es que mi chica era espectacular, tanto por dentro como por fuera.

Capítulo 23



Audrey

Había pasado todo el verano y nuestra relación no podía ser más bonita, tanto con el niño como con el padre. Por la mañana, mientras que Logan trabajaba en el rancho, el niño y yo lo pasábamos en la piscina, hasta que, llegada la hora de la comida, su padre se nos unía.

Una noche me dijo que no pensaba cometer el mismo error que cuando tenía la relación con Britany, que se volcó en el trabajo, dejando de lado su obligación como padre y pareja.

Aquel día de la barbacoa, el pobre Peter abrió los ojos cuando encontró a su novia en la habitación que compartíamos Logan y yo, desnuda sobre la cama, después de que mi chico le contara lo que le había dicho Sandy.

Estábamos en el porche, después de comer, y esa mujer pasó por el lado de Logan, diciéndole que lo esperaba en la habitación, que le iba a demostrar lo que era capaz de hacer para que alcanzara un placer que no tenía conmigo.

—Peter, ven un momento —le dijo mi chico.

—No quiero que lo pases mal, pero me veo en la obligación de contarte esto...

Cuando le contó lo que Sandy había dicho, lo acompañó hasta donde ella le había dicho que lo estaría esperando, aconsejándole que lo esperara fuera, pero lo suficientemente cerca para que pudiera escuchar todo lo que se hablara allí.

—Sabías que vendrías, Logan, porque esa niñata no me llega ni a la suela del zapato.

—¿Qué pretendes, Sandy? Pensé que era feliz con Peter, que por fin habías recapacitado.

—¿Peter? No me hagas reír, por favor. Ese come de la palma de mi mano y haría cualquier cosa que le pidiera. Digamos que es... un entretenimiento: alguien que te suple mientras que tú no llegas.

—Pues, lo siento por ti, pero para entretenerte, te compras un libro de sudokus —le dijo Peter, dejándose ver.

—Vístete y sal de mi casa ahora mismo. No quiero que te vuelvas a acercar ni a mí ni a ninguno de los míos —le advirtió Logan, girándose para salir de la habitación.

—Esto no se va a quedar así, Logan. Te lo juro por las cenizas de mis difuntos que vendrás pidiéndome que te perdone —gritó ella desde la habitación.

Peter, cuando bajó, tan solo se abrazó a Logan y le dio las gracias, pero no quiso permanecer ahí ni un minuto más, por eso, se despidió de nosotros, quedando en volver al día siguiente para llevar a cabo su trabajo en el rancho.

Nos dio una pena inmensa que se marchara, mucho más cuando la razón era la presencia de esa mujer, de quien Logan se encargó de que se marchara y no volviera más, y nos daba igual que se tuviera que ir andando.

Revisamos toda la habitación, pues no confiábamos en ella y pensábamos que podría haber cogido algo que nos comprometiera de alguna forma, pero no vimos que faltara nada.

Bueno, de vuelta al momento actual, hoy era el primer día de clase de Noah, y ese fin de semana era su cumpleaños, por lo que su padre organizó una fiesta para el sábado, en la que estarían todos sus compañeros de clase, y hoy repartiría las invitaciones.

Por supuesto, la piscina ya estaría cerrada, a pesar de que todavía se podría utilizar, pero no queríamos lamentar ningún accidente entre los niños, así que se tapó con su estructura correspondiente, como se hacía cada año, según me contó Logan.

Al ser el primer día en el que tenían una especie de fiesta en el patio, a la entrada, con todos los familiares, Logan nos acompañó, como también lo hicieron Paul y Fred, que, al final, había decidido quedarse a vivir con su chico y tan solo ir una vez a la semana a Austin, que hacía coincidir con el día libre de Paul.

—Estoy nervioso, mami —me dijo el niño antes de que nos montáramos en el coche.

—¿Por qué, cariño? —preguntó su padre.

—Porque no sé quién será mi seño de este año. ¿Y si me toca la seño Sandy?

—Pues, entonces, estaremos pendientes y, con la primera cosa que te diga, vienes y me lo cuentas a mí o a tu padre. ¿Entendido? —Le dije al niño.

—Sí, lo sé, me lo has repetido mil veces, mamá, que no me calle nada y os lo cuente todo.

—Eso es, así podremos ayudarte y no permitir que la cosa se haga una bola gigante, que sería mucho más difícil de digerir que si lo atajamos desde el principio —le dijo su padre.

—Bueno, y también porque tengo muchas ganas de ver a mis compañeros, porque, durante el verano, tan solo he visto a alguno en el parque, cuando me llevaba la abuela, el resto se fueron de vacaciones.

—Mi amor, te prometo que el verano que viene nosotros también iremos de vacaciones, a donde tú quieras.

—Yo quiero ir a la playa, papá.

De repente, el imaginarme a mi niño, jugando en la misma playa en la que lo hacía yo con su edad, con su padre y conmigo, hizo que se me pusiera un nudo en la garganta, porque no podría ser, no al menos de momento.

Eso me hizo entristecer muchísimo, porque aunque el destino me había dado la oportunidad de ser feliz de nuevo, de conocerlos a ellos y de empezar una nueva vida, el no poder vivirla de manera completa me dolía en el alma.

Tenía que decirle a Logan que, aunque yo no pudiera ir, aunque no pudiera acompañarlos, por mi pasado, ellos tenían que ir y grabarse en mil vídeos para que yo los viera.

Aparcamos el coche y entramos en el colegio, donde ya estaba todo preparado para la fiesta inicial, en la que tendrían juegos de muchos tipos. Ese primer día tenían que ir con bañadores y toallas, porque la mayoría eran juegos de agua.

Desde lejos estábamos viendo a Sandy, cómo continuaba mirándonos con desprecio, pero esta vez pude notar algo más en su mirada, algo que no supe identificar, pero que hizo que me estremeciera, y Logan se dio cuenta de mi cambio.

—Audrey, ¿qué te ocurre?

—No lo sé, es Sandy.

—¿Qué pasa con ella? ¿Te ha incomodado de alguna forma?

—Ha sido algo muy extraño, Logan. Su mirada no era como la de siempre y he sentido un miedo atroz atravesarme el cuerpo.

—No pasa nada, mi amor. Eso seguro que ha sido condicionado por todo lo que ha pasado en tu vida, pero estoy contigo, no tienes nada que temer.

—Ojalá y sea cierto eso que dices.

No quise seguir insistiendo, pero tampoco pude evitar estar mirando de un lado a otro, porque, de repente, era como si alguien me observara y no supiera quién era.

Ese día volvimos a casa enseguida, pues no podía seguir estando en la calle, no con esa sensación tan fea, y Logan sucumbió a mis deseos, haciendo que volviéramos de inmediato.

Mi niño reía y decía que había sido el mejor primer día de colegio de su vida, como si llevara miles a sus espaldas, provocando una sonrisa en su padre y en mí, sobre todo cuando explicó el motivo.

—Les he dicho a todos que ya tenía madre y se han alegrado un montón, incluso Bethany me ha dado un abrazo, papá.

—No me lo puedo creer, pero si Bethany es la niña más bonita de todo el colegio —le respondió su padre, dramatizando.

—Te lo juro, papi, y me ha dicho que quiere ser mi novia, pero yo le he dicho que tenemos que ir poco a poco, que juguemos juntos y esas cosas, pero que, novios, es muy precipitado.

Ahí no tuve más remedio que soltar una carcajada, no ya por lo que dijo, que también, porque a un niño con cinco años no se le ocurriría contestar eso, sino por la manera en la que lo dijo, como si fuera algo trascendental en su vida.

El día del cumpleaños fue muy especial porque su padre le contrató colchonetas de esas hinchables, tipo castillos y demás, en las que todos los niños disfrutaron muchísimo.

Bueno, algunos mayores también disfrutaron de ellas, porque Paul no dudó en tirarse mil veces de una que tenía un tobogán y que, al final, contaba con una especie de minipiscina, en la que se remojaron todos sin correr peligro alguno.

Después de horas de juegos, tocó soplar las velas y abrir los regalitos, aunque el nuestro no se podía abrir, o nos hubiéramos muerto todos de la pena. Noah pidió un deseo cuando sopló la vela con el número cinco y empezamos a darle todos los regalos.

Tenía absolutamente de todo, desde lápices de colores y rotuladores especiales, ya que le encantaba dibujar, hasta una bicicleta que le regaló su abuela, pero todavía no le habíamos dado el nuestro.

Su padre fue hasta el establo y vino con un pony, ya que decía que quería uno desde que era más pequeño y, ahora que tenía uso de razón y no lo trataría como a un juguete, fue el momento de que se lo regaláramos.

—No me lo puedo creer, mamá. Gracias, papá, a los dos. Me habéis hecho muy feliz, os lo prometo.

—En eso consiste, mi vida, en que seas lo más feliz que puedas.

Cuando todo el mundo se marchó, ya estábamos agotados, por lo que recogimos todo el jardín y nos metimos en la casa. Noah ni siquiera cenó, se duchó y cayó rendido en la cama hasta el día siguiente, en el que iba a disfrutar de todos sus regalos.

Así fueron pasando los días y, durante toda la semana, estuve con la misma sensación, pero como siempre había gente a mi alrededor, ya fuera en la puerta del colegio o en el rancho, no me preocupé en exceso hasta esa misma mañana.

Era sábado; nos habíamos quedado sin varios productos en la cocina, ya que el viernes, que era cuando hacíamos la compra para toda la semana, había sido festivo y no nos habíamos acordado.

Por eso, salí dispuesta a decirle a Logan que iba al supermercado a comprar, ya que Noah no estaba hoy en casa, se había ido a pasar el día a casa de su amiga Bethany, y así prepararía la comida para toda la semana.

—Logan, tengo que ir al supermercado, faltan algunos productos y no puedo preparar la comida para toda la semana.

—¿Necesitas que alguno de los chicos vaya contigo?

—No, puedo sola, no te preocupes.

—Audrey, pero deberías dejar de querer tener todo tan organizado, si no puedes preparar la comida para toda la semana, con que hagas la de hoy y la de mañana, ya el lunes vas a comprar.

—No, Logan, no es cuestión de querer tener todo organizado, es que, si lo hago así, tengo tiempo libre para poder restaurar los muebles, que los tengo a medias.

—Como tú quieras, mi vida. Pero ten cuidado, por favor.

—No te preocupes, que lo tendré, además, llevo el móvil conmigo. Así también aprovecho y entro en la tienda del señor Jones a comprar tintes para los muebles.

Logan se despidió de mí con un beso, un «te quiero» y un «no tardes mucho y ten mucho cuidado» que me pusieron los vellos de punta sin saber el motivo, pero a lo que no le quise dar demasiada importancia.

Me subí en el coche de Logan, que, dicho sea de paso, lo cogía yo mucho más que mi chico, y me puse rumbo al pueblo, cogiendo la calle que me llevaría directamente a la calle principal.

Lo primero que hice fue parar en la tienda del señor Jones, donde no me llevaron más de un par de minutos a escoger los tintes para los muebles, que ya los tenía completamente lijados, y de ahí, directa al supermercado.

Capítulo 24



Audrey

Mientras que iba por los pasillos del supermercado, tuve otra vez la sensación de que alguien me estaba vigilando, pero esta vez, mucho más acuciada, como si estuviera demasiado cerca.

No quise mostrar miedo, pero las manos me temblaban un poco. Por eso, cogí las cuatro cosas que sabía que faltaban y me fui directamente hacia la caja, sin entretenerme en comprar nada más, ya vendría el lunes con Logan.

—¿Te ocurre algo, Audrey? —Me preguntó la chica de la caja, que ya me conocía.

—No te preocupes, Sammy, es tan solo que debo estar incubando algo y, de pronto, como que me ha entrado un escalofrío.

—Si necesitas que alguno de los chicos te acompañe a casa, no dudes en decírmelo.

—No, de verdad, estoy bien, ha sido algo momentáneo.

Puse mi mejor sonrisa, pero no sé si la chica llegó a tragarse mi mentira porque siguió observándome hasta que salí del establecimiento. Llegué al coche y abrí el maletero. Solté la compra y el bolso, pero, por suerte, no iba el móvil dentro.

De repente, la voz que más había temido volver a escuchar estaba ahí, detrás de mí, como si fuera un fantasma que me estuviera acechando, aunque en cierto modo, lo era.

—Vaya, vaya, has cambiado la vida de una señorita por ser la puta criada de un pueblerino.

—¿Qué quieres, Jacob?

—Es obvio lo que quiero, ¿no crees?

—Si piensas que voy a volver a mi casa contigo, estás loco.

Jacob me cogió por el pelo, dándome un jalón que me acercó a él, como si fuera una muñeca de su propiedad y tuviera todo el derecho del mundo a hacer algo así.

—Has sido muy lista y, si no llega a ser por esa mujer que nos llamó, no te habiéramos encontrado nunca. Ya casi habíamos perdido toda esperanza de hacerlo.

—Suéltame o gritaré.

—Grita todo lo que quieras. Aquí, en esta parte del aparcamiento del supermercado, no te oirá nadie.

—Mi novio vendrá a buscarme si tardo mucho.

Ya no sabía qué inventarme para que me soltara, para que me dejara en paz. No quería que me llevara con él y, aunque tuviera que morir luchando, no lo iba a permitir, no dejaría esta vida que tan feliz me estaba haciendo.

—Tu novio debe estar ahora bastante entretenido arreglando la cerca de las reses, y no creo que quiera arruinarse por venir a buscarte.

—¿Me has estado vigilando?

—Por supuesto, y no sabes lo que me ha costado llegar hasta ti sin que ese paleta estuviera cerca.

—Logan no es ningún paleta...

Me soltó una bofetada, la primera de las muchas que vendrían después, porque eso lo tenía claro, como consiguiera llevarme con él, las palizas serían mi tónica diaria.

—Ese desgraciado será lo que yo diga que sea, aunque lo mismo tengo que agradecerle que te haya enseñado a follar, porque tengo que reconocer que, con esta ropa, se me ha puesto demasiado dura.

—Aléjate de mí; me das asco.

Y ahí fue la segunda, con la que me partió el labio, haciendo que tuviera que escupir la sangre que se me acumuló en la boca. Lo vi mirarme con odio, pero también con un deseo que me provocó náuseas.

Dios mío, que alguien me vea y me aleje de este monstruo, que me salve de sus garras y me permita seguir viviendo mi vida tal y como la tenía hasta ahora. Por un momento, me di cuenta de lo feliz que había sido en estos meses y no quería perderlo.

De un puñado, me metió en su coche, en la parte del maletero, dándome un porrazo fuerte para que no pudiera gritar ni moverme. Os prometo que vi el final de mis días y, aunque no quería mostrar debilidad y llorar, no pude evitarlo.

—Harry, la tengo. ¿Qué hago con ella? —Le dijo a mi padre por el altavoz del coche.

—Me da igual lo que hagas, pero no puedes traerla aquí, no podemos arriesgarnos a que destroce tu boda y la nueva vida que nos espera. ¿Has conseguido la cámara con las pruebas?

—Sí, me he camelado a esa mujer, de tal manera que no ha dudado en dármele, además de darme un buen repaso, que todo, hay que decirlo.

—Ja, ja, ja, eres un cabrón con suerte, porque seguro que esa mujer que te ha llamado está que te mueres de buena.

—No lo sabes tú bien. Creo que la voy a invitar a la boda y así tú también la pruebas en el baño, o la llevas a tu habitación, como quieras. Es ambiciosa y no dudo que, en cuanto le ofrezcas algo jugoso y succulento, caerá contigo.

—¿Qué vas a hacer con mi hija? No quiero que nos dé más quebraderos de cabeza, además, su madre ya la da por muerta desde que salió de esta casa.

—Entonces, no se hable más. Nos vemos en unas horas. Cuida de mi prometida.

—No dudes que lo haré, sabes que se muere por que pase un buen rato con ella.

En esta ocasión fue Jacob el que soltó una carcajada y yo me tuve que aguantar la boca para no gritar. Tenía que lograr salir de aquí, como fuera, y lo único que se me ocurrió fue sacar el móvil y llamar a Logan, volviendo a guardarlo, sin volumen, en mi bolsillo.

Ojalá me pudiera escuchar, ojalá viera que estaba en peligro y viniera a buscarme, aunque no sabía si llegaría a tiempo, porque ya nos habíamos alejado bastante del pueblo.

En un determinado momento, Jacob paró el coche, abrió el maletero y me sacó a la fuerza, de la misma manera en la que había entrado en el aparcamiento del supermercado.

—Debería hacerte ver cómo se comporta un hombre que desea a una mujer, pero no tengo tiempo para eso.

—Déjame tranquila, por favor. Me quedaré aquí, en este pueblo, y no diré nada a nadie, como no lo he hecho hasta ahora, te lo juro.

Supliqué todo lo que pude y más, pero no me sirvió de nada, a juzgar por la risa tan malvada que soltó Jacob mientras que me escuchaba hacerlo. Lo primero que hizo fue darme un puñetazo en la boca del estómago, que me dejó doblada en dos.

A raíz de eso, las patadas y los golpes fueron continuos y cada cual más fuerte que el anterior. Llegó un momento en que ya ni me dolían y pensé, de verdad, que había muerto.

Por mi cabeza pasaron las imágenes de Logan conmigo, con el niño, riendo, cenando, en la piscina, y entendí que ellos habían conseguido que me sintiera como no había logrado nadie en mis veinticinco años.

Era como si mi alma hubiera abandonado mi cuerpo, hasta que, en uno de los golpes, todo se volvió negro de repente, y dejé de sentir nada, ni bueno ni malo. ¿Sería así como se sentía cuando una persona se moría?

—Y ahora, ¿no querías quedarte aquí para siempre? Pues eso mismo vas a hacer, pero si yo no disfrutaré más de ti, tampoco lo hará nadie —fue lo último que escuché de sus labios.

Me cogió por un brazo y me llevó arrastrando hasta que, cuando le pareció, me soltó y, de una patada, rodé por una colina abajo, hasta que un golpe con una piedra me frenó, y ya no sentí nada más.

No os puedo decir el tiempo que estuve ahí porque ni yo misma podría calcularlo. Tan solo que durante un buen rato sentí frío y, durante otro, noté cómo me caía agua en la cara, por lo que estaba claro que estaba lloviendo.

Tuve un miedo atroz, pero no me podía mover, era como si algo me lo impidiera. Un peso, un animal que estuviera encima de mí, no lo sé, y volví a perder la conciencia.

Varias veces me ocurrió lo mismo, me refiero a despertar y volver a dormir, hasta que, una de las veces, escuché cómo me llamaban, como había gente pronunciando mi nombre.

Quise gritar que estaba ahí, quise decirles a todos aquellos que me llamaban que me ayudaran, pero no tenía fuerzas, no me salía la voz, y eso me destrozó más de lo que ya estaba.

Mis lágrimas caían sin control por mi rostro, como habían caído en varias ocasiones, casi de manera automática. Sentía como si mi cuerpo fuera por un lado y mis emociones por otro, no sé si me explico.

Y lo escuché, cerca de mí, diciéndome que aguantara, que ya mismo venían a buscarme, que tenía que ser fuerte porque Noah y él me necesitaban, e hice el esfuerzo de abrir los ojos.

Tenía que verlo, tenía que retener la imagen de su cara, aunque fuera por última vez, porque, después de esto, estaba segura de que no me querría a su lado, no sabiendo que la vida de su hijo podía estar en peligro.

—Audrey, mi amor, no te rindas, cogeremos al cabrón que te ha hecho esto, aunque sea lo último que haga —me decía, mientras que las lágrimas caían por su rostro.

—Caballero, apártese, por favor, y déjenos hacer nuestro trabajo —escuché que le decía alguien, un hombre al que no conocía, y enseguida me puse en tensión.

—Tranquila, mi amor, son los sanitarios y yo no me separaré de ti, te lo juro por mi vida.

Y hasta ahí os puedo contar porque ya no recuerdo nada más. De vez en cuando, escuchaba la voz de Amy o de la señora Mary, pero las que más oía eran la de Logan y la de Fred.

No sé por qué; no os puedo explicar el motivo, pero a Fred lo oía muy a menudo, diciéndome que no me rindiera, que era fuerte y que tenía que seguir adelante porque tenía que ser la madrina de su boda.

Después, otros días, escuchaba llegar a Logan, bueno, más bien lo sentía, su olor, ese que se quedaba en la funda de la almohada cuando se marchaba por la mañana y que tanto me gustaba, y sentía su mano y su beso en la frente.

Hablar tan solo lo escuché una vez, en la que le decía a alguien que sabía que saldría adelante, que yo era fuerte y confiaba en que no lo dejaría solo, y eso me daba fuerzas para seguir adelante.

Podría ser que fueran imaginaciones mías, o que todo fuera producto de un sueño, aunque más bien sería una pesadilla, porque, si era así, en cuanto que me despertara me comería a besos a todos, e iría a la policía a denunciar a mi padre y a Jacob.

Tenía una pesadez en los ojos que no podía con ellas, era como si me hubieran maquillado los párpados con cemento en vez de con sombra de ojos, pero, en cuanto que escuché esa vocecita a mi lado, hice todo el esfuerzo del mundo porque me viera con los ojos abiertos.

—Mami, por favor, despierta, no me puedes dejar solito, te quiero mucho.

Tenía que abrirlos, tenía que demostrarle a mi niño que estaría siempre ahí, con él y para él, y eso hice, aunque tan solo fue cuestión de segundos, lo suficiente para que su padre también se diera cuenta.

—Audrey, mi amor, vuelve a abrirlos, por favor. Déjanos ver que estás reaccionando.

—Te lo dije, papá, que en cuanto que me escuchara, se iba a despertar.

Volví a abrirlos, pero esta vez con un poquito más de tiempo, incluso hice una mueca que simuló ser una sonrisa, aunque no sé si llegué a conseguirlo, la verdad. Eso sí, pude ver que me encontraba en un hospital y volví a recordar todo.

En mi mente, era como si me hubiera reído a carcajadas, pero nada más lejos de la realidad, aunque a Logan le sirvió para salir al pasillo corriendo y llamar a un médico, que entró apresuradamente en la habitación.

Capítulo 25



Logan

Audrey estaba tardando mucho más de la cuenta, pero no me quise preocupar, porque, lo mismo y había demasiada gente en el supermercado, o, quizás, se había encontrado con la madre de algún amiguito de Noah.

En el momento en el que ya habían pasado más de dos horas desde que se marchó, empecé a preocuparme en serio, y no dudé en entrar en la aplicación para ver dónde estaba, y me mostró el aparcamiento del supermercado.

Pero no localicé su móvil, sino que lo que miré fue la localización del coche, porque mi temor era que le hubiera pasado algo, como un accidente o un pinchazo, jamás imaginé lo que le estaba ocurriendo.

Peter se acercó a mí, pues él también la había visto salir, y era mucho tiempo, aunque se hubiera encontrado a todo el pueblo, y hubiera charlado durante diez minutos con ellos, no hubiese tardado tanto.

—Logan, algo no me cuadra. Audrey no suele tardar tanto.

—Menos mal que tienes la misma percepción que yo, porque me estaba volviendo loco de pensarlo.

—¿Vamos a buscarla? Yo tengo ahí mi coche.

—Sí, creo que será lo mejor.

—Voy a avisar a John para decirle que nos vamos.

Mientras que Peter avisaba a John, yo me cogí mi cartera y el móvil, por si tenía que avisar a alguien para que recogiera o se quedara con Noah, porque algo me decía que lo que me iba a encontrar no me iba a gustar nada.

Nos montamos en el coche de Peter, mientras que nuestro amigo nos decía que fuéramos tranquilos, que él se quedaba a cargo de todo y que la trajéramos de vuelta pronto.

Llegamos hasta el aparcamiento del supermercado y lo que vi a primera vista no me gustó nada, pues allí estaba el coche, con el maletero abierto, pero sin rastro de Audrey.

—Voy a entrar a preguntarle a la chica de la caja, lo mismo, y ella la ha visto.

—Tiene que haberla visto, porque aquí están las compras, junto a su bolso.

—No toques nada, por si tenemos que llamar al sheriff.

—No pensaba hacerlo de todos modos.

Entré en el supermercado y la chica me dijo que la había notado extraña, como muy nerviosa, y que le preguntó, pero le dijo que era porque se encontraba mal y que se iría de inmediato a casa.

—Voy a mirar en el baño, porque lo mismo y le entró fatiga o algo y está allí, sin poder levantarse.

—Ve, aunque desde ya te digo que yo la he visto salir, pero no entrar de nuevo.

—Acompáñame, por favor, por si tenemos que entrar y hay alguna mujer dentro, no quiero que me acusen, encima, de acosador.

Fuimos hasta allí, pero no había nadie, estaba completamente vacío. Sabía que tendría que llamar al sheriff, sobre todo por la forma en la que había desaparecido.

Salí a buscar a mi amigo y justo cuando le estaba diciendo lo mismo que había pensado, mi teléfono sonó y era ella. No me lo podía creer y contesté en cuanto que mi mente lo procesó.

—Audrey, mi amor, ¿dónde estás?

No se escuchaba su voz, tan solo la de un hombre, que decía cosas que no se podían entender bien, pero que me dejaban claro que estaba reteniéndola en contra de su voluntad.

Corté la llamada porque, al fin y al cabo, ni ella me podía hablar ni yo podía escuchar nada. Avisaría al sheriff y que fuera él quien me dijera qué hacer con todo esto, porque estaba sobrepasado.

—Sheriff, soy Logan Miller; mi novia ha desaparecido.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace unas horas...

—Logan, entiendo que estés preocupado, pero antes de que pasen veinticuatro horas, no puedo hacer nada oficialmente.

—Mi coche está aquí, en el aparcamiento del supermercado, con el maletero abierto y su bolso dentro; además, hay mucho más que no te puedo contar por teléfono.

—Está bien, voy para allá; espero que no hayáis tocado nada.

—No lo hemos hecho, pero no sabemos si alguien más ha estado aquí.

Corté la llamada mientras que me llevaba las manos a la cabeza, una y otra vez. ¿Cómo coño la habían encontrado? Alguien tenía que haberse ido de la lengua, pero ¿quién había sido? Nadie sabía nada de su pasado, excepto nosotros, y ponía la mano en el fuego por todos y cada uno de ellos.

Cuando llegó el sheriff, le enseñé todo y me lo llevé aparte para contarle el motivo por el que Audrey había huido y escapado de su casa, sin ocultarle ningún detalle, pues cualquier cosa que ocultara podía ser un desastre para ella.

—¿Piensas que pueden haberla encontrado?

—No lo pienso, estoy completamente seguro de ello.

Le conté lo de la última llamada que había tenido hacía menos de quince minutos y su rostro cambió de color. Estaba claro que teníamos un problema. De repente me acordé de que cuando compramos el móvil, ella me hizo activar el localizador y por eso quizás me había llamado.

Se lo dije al sheriff de manera inmediata, que me instó a entrar en esa aplicación, pero no dábamos con su localización exacta, te lo decía en un radio de dos kilómetros a la redonda de donde estuviera ella.

Se nos había echado la noche encima y, para colmo de males, empezó a llover, pero no me iba a marchar, no me iba a dar por vencido hasta que no la encontrara.

Paul iba a ir a por mi hijo, pero para que no notara la ausencia de los dos, avisamos a la madre de Bethany sobre lo que estaba pasando y no dudó en decirnos que el niño se quedaba en su casa todo el tiempo que fuera necesario.

No le dije lo que ocurría, tan solo que teníamos mucho trabajo en el rancho y que, para que no se aburriera solo, habíamos decidido que se quedara con Bethany en su casa, y así podría jugar con su amiguita.

—Gracias, papá, y dale un beso a mi madre, que la quiero mucho.

—Se lo daré, cariño, no te preocupes.

Esas palabras las dije con un nudo en la garganta, porque no sabría como decirle a mi hijo que a Audrey le había pasado algo, en el caso de que no pudiera volver a casa.

Nos separamos por grupos, y nos pusimos a llamarla por toda la zona en la que podía estar Audrey, esperando a que nos contestara, pero no obteníamos respuesta de ningún tipo.

De pronto, noté un movimiento en una zona de la pendiente que teníamos a nuestro lado, y no me lo pensé, la bajé corriendo, que casi me caigo rodando, pero me daba exactamente lo mismo.

—¡Está aquí! ¡Pedid ayuda! —grité lo más fuerte que pude.

Estaba completamente destrozada, de la paliza que le habían dado y, cogiendo su mano, le hablé.

—Audrey, mi amor, no te rindas, cogeremos al cabrón que te ha hecho esto, aunque sea lo último que haga —le decía, mientras que no podía parar de llorar de ver el estado en el que estaba.

Escuché como llegaba una ambulancia, pero estaba claro que necesitaría un helicóptero medicalizado para llevarla hasta Austin, ya que sus lesiones no eran de las que pudieran ser curadas por mi hermano en el centro de salud del pueblo.

—Caballero, apártese, por favor, y déjenos hacer nuestro trabajo —dijo uno de los sanitarios, y la vi como se tensaba, como el miedo se apoderaba de ella, pero no lo iba a permitir.

—Tranquila, mi amor, son los sanitarios, y yo no me separaré de ti, te lo juro por mi vida.

Efectivamente, tuvieron que solicitar el helicóptero, aunque la movieron del suelo a una camilla. Habíamos tardado más de quince horas, desde que desapareció, en encontrarla, y su ropa estaba mojada y sucia.

Me juré que todos y cada uno de los que hubieran tenido algo que ver en esto iban a pagar por ello, aunque tuviera que gastarme hasta el último céntimo de lo que hubiera en mi cuenta para que así fuera.

—¿Puedo ir con ella en el helicóptero?

—¿Es usted familiar directo?

—Soy su pareja, vivimos juntos, cualquiera del pueblo lo puede corroborar.

—No debería dejarlo pasar, pero bueno, haremos una excepción. Suba, rápido.

Me subí a ese helicóptero en el que iba ella, con gotero y oxígeno, y le cogí la mano. Sabía que la recuperación iba a ser larga, pero le pedía a todos los ángeles del cielo que la protegieran, que pudiera salir de esta.

Eso sí, en cuanto que estuviera consciente, la convencería para que denunciara a esos dos cabrones que querían verla muerta, porque eso lo habían hecho a conciencia, pero mi chica era fuerte y había resistido.

Poco menos de una hora tardamos en llegar al hospital de Austin y, una hora y media después, llegaron todos los demás. Estaba claro que no me iban a dejar solo.

—Nos quedaremos en casa de Fred —dijo mi hermano, pero yo no pensaba moverme de ese hospital.

Capítulo 26



Logan

Tal y como entramos por el hospital, la metieron dentro para hacerle pruebas y, justo cuando habían llegado los demás, salió uno de los médicos a darnos el parte de lo que habían visto en los resultados.

—Buenas tardes, señores. Necesito la firma de un familiar de la señorita Sullivan para poder operarla.

—Buenas tardes, doctor. Soy su pareja. ¿Me puede informar de las lesiones de mi novia, por favor?

—Ha tenido muchísima suerte porque, a pesar de que la paliza que le han propinado ha sido descomunal y tiene varios huesos rotos, no ha afectado a órganos vitales.

—¿De qué la tienen que operar, entonces?

—Tiene varias costillas rotas y, si no intervenimos pronto, alguna podría perforar el pulmón. Además, tiene un coágulo de sangre en la cabeza que tenemos que absorber.

—¿Se teme por su vida, doctor? —Le preguntó mi hermano.

—No se puede asegurar nada, como bien sabe, compañero, pero todo apunta a que no. Lo único que no sabemos son las secuelas que le quedarán debido al coágulo.

—¿Dónde tengo que firmar, doctor? —Le pregunté, muerto de miedo, la verdad.

—Venga conmigo y así podré explicarle todo el tema de la intervención. Además, quería comentarle algo que no sé si sabía.

—Dígame, doctor, ¿de qué se trata?

—Su pareja estaba embarazada de seis semanas, pero, debido a los golpes, vamos a tener que practicarle un legrado en la matriz, pues el bebé no tiene latido.

Os prometo que todo se me volvió negro y me tuve que agarrar al mostrador en el que estaba la chica de la recepción y donde tenía que firmar los documentos, porque casi pierdo la conciencia.

Firmé todo, pero la rabia que corría por mis venas no me dejaba pensar con claridad. Tan solo quería que ella despertara, que me dijera quién había intentado matarla y que cayera sobre esa persona todo el peso de la ley.

Mi madre y mi hermano, que me vieron llegar con la cara descompuesta, no dudaron en acercarse a mí y en preguntarme lo que me había dicho el médico, pensando que podía ser algo malo, que lo era, tan solo que ellos no se lo podían ni imaginar.

—No solo le ha dado la paliza a Audrey, sino que también ha matado a nuestro hijo —dije, rompiendo a llorar.

—¿De qué estás hablando? —preguntó mi hermano.

—¿Estaba embarazada? ¿Ibais a tener un bebé? —preguntó mi madre, que también estaba completamente asombrada.

—Sí, mamá. Audrey estaba embarazada de seis semanas, y es cabrón lo ha matado a golpes. Ahora mismo están limpiando su útero, pues el bebé no tiene latido.

Mi madre se abrazó a mí, llorando en silencio, como yo. Sabía que quería consolarme, pero no le salían las palabras, era como si no pudiera encontrar las adecuadas, esas que nos sirviera a los dos.

Audrey tardó más de cinco horas en salir del quirófano, y se nos pasaron eternas. Ya no sabíamos cómo ponernos, pues la preocupación que teníamos era extrema. Hasta que llegó el doctor para decirnos que la operación había salido bien.

—Ahora, la llevaremos a la unidad de cuidados intensivos, donde permanecerá, al menos durante dos o tres días, hasta que le bajemos la sedación.

—¿Podemos pasar a verla, doctor? —preguntó mi hermano.

—Pero tan solo dos personas y durante unos minutos. Cuanto menos jaleo tenga, mucho mejor.

—¿Podría quedarme con ella?

—A eso sí que no puedo acceder, señor Miller. Tendrá que marcharse a casa porque hasta mañana por la mañana no podrá visitarla de nuevo.

Fred insistió en que fuéramos a su casa, al menos mientras que estuviera en la unidad de cuidados intensivos. Después, cuando la subieran a planta, pues ya veríamos cómo nos organizábamos.

Me costó acceder, pero tampoco hacía nada allí sentado en la sala de espera. Al menos, podría darme una ducha y descansar, porque se avecinaban días muy largos y duros.

Entramos a verla mi madre y yo y no me lo podía creer. Con lo bonita que era y la vitalidad que siempre mostraba, estaba allí, conectada a un montón de máquinas y con la cara completamente desfigurada y amoratada por los golpes.

Tanto mi madre como yo salimos de allí llorando, pues la verdad es que impresionaba verla así. Por mucho que me decía que ella era fuerte, lo hacía más que nada para convencerme, porque no lo veía nada claro.

Pasaron los dos días que nos habían dicho y la pasaron a planta para empezar a quitarle la sedación, para que fuera su cuerpo el que fuera despertando poco a poco.

—Ya no depende de nosotros; su cuerpo es el que tiene que ir volviendo en sí. Pueden ser tres horas, tres días o tres meses; no es una ciencia exacta —me dijo el doctor.

Esa noche la pasé allí con ella, mientras que mi madre se hacía cargo de Noah, al que hubo que contarle una verdad a medias, porque preguntaba por su madre a todas horas.

Fue mi madre la que le explicó que Audrey se había caído por la ladera de un monte que había cerca de casa, y que se había hecho tanto daño que estaba en el hospital, dormidita, y que yo estaba con ella para que, cuando despertara, no se asustara al verse sola y en un lugar que no conocía.

Pero no despertaba y yo tenía que volver al rancho, porque no podía cargar más con mi trabajo a Peter y a John, además de que no sabía el tiempo que tardaría en despertar.

Fred se encargaba de ir a verla a diario, y yo iba una vez a la semana, y así llevábamos ya tres meses y medio, que me parecieron tres años y medio, porque cada día que pasaba se me hacía más pesado que el anterior.

Y eso no era todo, porque la investigación seguía avanzando, aunque iba pasito a pasito, en una operación coordinada entre la policía de Texas y la de Florida.

El día que volví al rancho, me encontré con Sandy en la puerta de mi casa, esperándome, y con una cara que parecía que le habían dicho que se moriría en tres días.

—¿Se puede saber qué coño haces aquí? Te ha faltado tiempo para venir al saber lo que le ha pasado a Audrey, pero te lo advierto, será mi mujer para los restos, te guste o no.

—Logan, yo... tengo que contarte algo.

—Me da igual lo que tengas que contarme, vengo de estar tres días en el hospital y lo que menos quiero es escuchar chorradas.

—Yo no sabía que él le haría eso, te lo prometo.

—¿De qué cojones estás hablando?

—Yo fui la que llamó al padre de Audrey y le dije dónde estaba.

Os juro que, si no me para John, Audrey iba a tener un arañón al lado de lo que yo le hubiera hecho a esa mujer. ¿Cómo podía ser tan mala? ¿Cómo se podía tener tan mal corazón?

—Ya mismo me estás contando todo lo que has hecho y, por tu bien, más vale que no te dejes nada —le dije.

—Espera, Logan, será mejor que avisemos al sheriff y que le tome declaración —me dijo John, mientras que marcaba el teléfono del sheriff.

—¿Declaración? Lo que tiene que hacer es meterla en la cárcel por cooperadora necesaria.

La cara de Sandy cambiaba de color a medida que estábamos hablando, pero no intentó huir, entre otras cosas, porque no iba a llegar demasiado lejos, estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para que no lo consiguiera.

El sheriff llegó y ella empezó a contar que después de que yo la había echado de mi casa el día de la barbacoa, empezó a rebuscar entre las cosas de Audrey y dio con una vieja cámara de fotos.

Una vez en su casa, al revisar las fotos, encontró los documentos con los que ella pretendía cubrirse las espaldas y no dudó en buscar el número de teléfono de ese hombre.

Una vez que terminó de contar todo, el sheriff la detuvo y la puso a disposición de las autoridades competentes, mientras que ella no mostró la más mínima resistencia.

Fue un mazazo gordo, pero todos sabíamos que alguien tenía que haber hablado diciendo dónde estaba, de lo contrario, no hubieran dado con ella en la vida.

Y esa mañana, después de mucho insistir, me decidí a llevar a Noah al hospital a ver a su madre, con el correspondiente reproche de la mía, pero no podía seguir diciéndole al niño que otro día también tenía derecho a verla, como todos nosotros.

Por el camino, lo fui preparando para lo que se iba a encontrar. Era cierto que la inflamación había bajado muchísimo y que los moratones no eran tantos, pero todavía estaba conectada a las máquinas y podía impresionarlo mucho.

Entramos en la habitación y todo lo que había pensado que ocurriría con mi hijo, pues nada de eso ocurrió. Mi hijo la miró, se acercó a ella y le habló, abriendo los ojos.

Os podéis imaginar cómo me puse, salí corriendo a buscar a un médico para que entrara en la habitación y no tardó ni dos minutos en entrar.

Capítulo 27



Audrey

Me costaba mantener los ojos abiertos durante mucho tiempo, pero había vuelto a la vida, según me dijo el doctor que había venido a verme, por lo que podíamos estar más que felices.

Se encargaron de hacerme mil preguntas, al igual que millones de pruebas para ver hasta dónde me había afectado el coágulo que había tenido en la cabeza, además de los golpes.

Según me explicó el doctor, me habían tenido que hacer una serie de intervenciones quirúrgicas que, aun saliendo bien, no sabían cómo había podido quedar todo hasta que no me pusieran de pie, pero eso sería otro día, primero tenía que recuperarme del todo.

—¿Cómo te encuentras, mi vida? —me preguntó Logan, una vez que me hubieron desconectado de todas las máquinas.

—Agua, por favor —dije, con la garganta completamente seca.

—Un momento, mi amor, que ahora mismo te la traigo. Noah, no te muevas del lado de mamá, por favor —le dijo al niño.

—Mami, ¿vas a volver a casa? —preguntó el niño, algo confuso.

—Por supuesto que va a volver a casa, mi vida. Se casará con papá y seremos felices de por vida —dijo Logan, que entraba en la habitación.

Lo miré, sorprendida, porque no me esperaba que dijera eso. Para mí que, en cuanto que viera el peligro al que estaría sometido su hijo, me pondría las maletas en la puerta.

—¿Estás seguro de querer eso? ¿No tienes miedo de que pueda volver a suceder algo así, de nuevo?

—A la primera pregunta, la respuesta es un sí rotundo, e igual de rotundo es el no de la segunda.

—¿Por qué dices eso?

—Sandy ha hablado y ha contado todo y, gracias a eso, no irá a la cárcel, aunque se tendrá que marchar del pueblo, porque tiene una orden de alejamiento de todos nosotros.

—¿Perdona? Necesito saberlo todo.

—Y lo harás, pero más tarde, ahora tienes que descansar.

—¿Te parece poco tiempo el descanso de casi cuatro meses que he tenido?

—No, eso me ha resultado insultantemente largo, no lo dudes. Pero no es el momento, ya hablaremos de ello.

Mientras que el doctor hablaba conmigo, Logan llamó a su hermano para contarle las buenas nuevas y, en poco tiempo, ya estaban todos allí en la habitación, con flores y con bombones.

—Mi niña, vaya susto que nos has dado —me dijo la señora Mary.

—Cuñada, menos mal que despertaste. Seguro que lo has hecho después de un beso del príncipe azul —me decía Paul, con una sonrisa.

—Pues claro, tito Paul, se lo he dado yo y ha despertado —dijo Noah, haciendo que todos riéramos por sus ocurrencias.

En el momento en el que incorporaron un poquito la cama para que no quedara tan acostada y me pudiera marear, Noah quiso que su padre lo sentara a mi lado, y ahí permaneció todo el tiempo que estuvo conmigo, recostado sobre mi pecho.

Llegada la hora en la que se terminaba la visita, Paul fue el encargado de llevarse a Noah, puesto que Logan dijo que se quedaba conmigo, que teníamos mucho que hablar y que, después de tanto tiempo, no me iba a dejar sola.

—No hace falta, de verdad, tendrás miles de cosas que hacer en el rancho.

—El rancho puede esperar, además que están allí Peter y John, que se pueden ocupar de todo durante unos días, no pasará nada.

—Está bien, pero tan solo esta noche. Mañana te vuelves al rancho.

—¿Tantas ganas tienes de perderme de vista?

—Todo lo contrario, pero tampoco quiero que el niño esté solo, tiene que contar, al menos, contigo.

—No, contará con los dos, te lo aseguro.

—Cuéntame todo lo que ha pasado durante el tiempo que he estado dormida, por favor.

—Ahora mismo, pero primero, tengo que decirte algo. Es doloroso, pero te aseguro que juntos lo superaremos.

—¿Te has acostado con alguien mientras que estaba aquí, en el hospital? Puedo llegar a entenderlo, aunque...

—¿De qué coño hablas? ¿Crees que he tenido cuerpo para acostarme con nadie? He pasado los peores meses de mi vida, te lo juro.

—¿Entonces? ¿Qué es eso que me tienes que contar?

—Cuando ese cabrón te dio aquella paliza, estabas embarazada de seis semanas, de nuestro primer hijo en común, pero lo perdiste por los golpes.

—No me lo estás diciendo en serio, ¿verdad?

—Jamás osaría bromear con algo así, mi vida. Entiendo que estés desconcertada, pero tienes que asimilarlo y llorar todo lo que necesites...

—Ese hijo de puta, no tuvo suficiente con quitarme todo lo mío, mi futuro, mi vida, que también tuvo que quitarme a mi hijo.

Me puse a llorar porque no tenía otra forma de expresar el dolor que sentía en ese momento. Aunque Logan no me soltó la mano, tampoco articuló una palabra, se limitó a dejarme sacar todo lo que llevaba dentro, mostrándome su apoyo.

—Quiero denunciarlos, a él y a mi padre, que fue el que dio la orden para que acabara con mi vida.

—Ya está denunciado, mi amor. Sandy se encargó de delatarlo y de explicarle a la policía todo. Deben de estar a punto de detenerlos a los dos.

—Ojalá y sea lo más pronto posible, porque lo quiero entre rejas, que sufra una cuarta parte de lo que yo he tenido que sufrir.

—No dudes de que ahí estarán muy pronto y se pudrirán entre rejas. Te lo prometí cuando te encontramos y pienso cumplir mi promesa.

Estuvimos hablando un buen rato más, hasta que el cansancio me fue venciendo poco a poco, casi sin darme cuenta, y se me cerraron los ojos, dejándome caer en los brazos de Morfeo.

—Duerme, mi amor, descansa, que todavía te queda mucho por delante para volver a estar al cien por cien.

A la mañana siguiente, cuando abrí los ojos, me encontré con que Logan estaba a mi lado, con la cabeza apoyada en mi cama, como si no quisiera separarse de mí, como si tuviera miedo de que me volviera a pasar otra vez lo mismo.

—Buenos días, Bello Durmiente.

—Buenos días, preciosa mía. ¿Cómo estás?

—Loca por poder levantarme y volver a casa de una vez.

—Pronto, mi vida, ya lo verás.

En cuanto que dijo esto, apareció el fisio por la puerta de la habitación, y yo aproveché para mandarlo al pueblo y decirle que no volviera hasta dentro de dos días, que, además, era fin de semana y podía venir con Noah.

Sí, esa era la excusa para que tuviera que volver. No es que no quisiera tenerlo allí, a mi lado; lo que ocurría es que allí no hacía nada más que perder el tiempo, y no quería que se arrepintiera de haber dejado sus obligaciones a un lado.

Estos dos días me habían dado un montón de caña en la fisioterapia, porque yo lo pedía y, después de marcharse, yo seguía haciendo lo mismo que había hecho durante la sesión, para conseguir recuperarme lo antes posible.

Y así fue porque, después de la tercera sesión, me pude poner de pie y dar los primeros pasos, ayudada por un andador para adultos, pero, para mí, eso era ya un logro.

Me quedaban pocas sesiones más para poder volver a casa y, si estaba en mi mano que fuera antes de tiempo, no sería por mi falta de esfuerzo que lo consiguiera después.

—No me lo puedo creer. Si hace tres días todavía estabas en la cama.

—Ya ve, señor Miller, esta es la mejor paciente que me he encontrado en mi vida —le dijo el fisioterapeuta con una sonrisa.

—Estoy harta de ver estas cuatro paredes y me muero por sentarme en el porche y ver el sol —contesté.

—Pues eso va a ser difícil, porque no para de llover ni de nevar.

—Joder, se me había olvidado de que estamos en el mes de febrero. Yo me quedé anclada en el mes de septiembre, cuando ocurrió todo.

Logan me miró con una sonrisa que reflejaba un poquito de pena y de lástima por lo que me había sucedido, pero lo entendía. No sentía lástima de mí, sino de todo lo que me había tocado vivir.

Noah, al final, no había venido porque era el cumpleaños de su amiga del alma, Bethany, y no quería faltar. Por eso, su padre lo había dejado allí durante todo el fin de semana, que sería el tiempo que él pasaría conmigo en el hospital.

Se había traído una Tablet para que pudiéramos ver películas, aunque lo que más me apetecía era mirarlo a él, besar su boca y acariciar su cuerpo. Ojalá y pudiera volver a sentirlo como nos gustaba muy pronto, que mi recuperación fuera bien y volver a casa en esa misma semana.

Capítulo 28



Logan

Le había mentido a Audrey porque Noah no estaba pasando el fin de semana con Bethany y su familia, a pesar de que sí que era su cumpleaños y sí que acudiría a él, pero no durante todo el tiempo.

Estando Audrey en coma, apareció de nuevo en mi vida quien menos esperaba y, aunque ya no quería tener ninguna relación sentimental con ella, a pesar de todo el daño que nos hizo, seguía teniendo un papel importante en la vida de mi hijo, de nuestro hijo.

Sí, tal y como estáis pensando, Britany había vuelto, arrepentida después de cinco años, y queriendo recuperar el amor del niño. Eso me costó una buena pelea con mi madre y con mi hermano, que no entendían mi postura.

También estaba durmiendo en mi casa, en la habitación de invitados, hasta que encontraran algún sitio donde poder vivir, cerca de su hijo, para poder recuperar el tiempo perdido.

—Logan, te prometo que no me inmiscuiré en tu vida, pero no tengo a dónde ir y necesito ver de nuevo a mi hijo, que me quiera como su madre que soy.

—Britany, no puedo decirle al niño que eres su madre, así, de la noche a la mañana.

—Lo entiendo, pero es que soy su madre y eso no se puede esconder, todo el pueblo me conoce.

—Está bien, pero déjame a mí que hable con él. Mientras tanto, puedes ocupar la habitación de invitados.

La acompañé hasta allí y la dejé para que se instalara. Al bajar al jardín, allí estaban Peter y John, negando con la cabeza, y sabía que tenían razón, pero mi moral no me permitía dejarla tirada como un perro.

—Te estás metiendo en la boca del lobo, Logan, y te vas a arrepentir de eso.

—No quiero que me digáis nada; tengo la edad suficiente como para saber lo que tengo que hacer.

—No es cierto; esa mujer ha vuelto porque el hombre con el que estaba la ha dejado tirada, porque no tenía dónde caerse muerta, no porque quiera al niño.

—Pero es su madre y eso no lo podemos saber ninguno de nosotros.

Salí de allí, de camino a casa de mi madre, donde también había quedado con mi hermano, ya que mi cuñado estaba en Austin esa semana por un asunto de negocios.

Cuando entré y les conté lo que había pasado, mi madre se llevó las manos a la cabeza, mientras que mi hermano no paraba de maldecirla una y otra vez.

—Logan, es un error dejar entrar a esa mujer otra vez en tu vida y lo sabes tan bien como yo.

—Es su madre y no puedo negarle a mi hijo el derecho de conocerla.

—Su madre lo abandonó y la que ha estado ejerciendo como tal está en un hospital, debatiéndose entre la vida y la muerte.

—¿Acaso crees que le sentará bien que, cuando despierte, cuando vuelva a casa, sepa que esa mujer está allí, viviendo en tu casa? —Me preguntó Paul, visiblemente enfadado.

—No estará para siempre, solo hasta que encuentre algún sitio donde quedarse.

—Dile que venga aquí, conmigo, hay sitio para las dos.

—No va a querer, mamá, sabe que tú no la puedes ver desde que se marchó.

—Como cualquier madre a la que le hacen lo mismo a su hijo, Logan, no hay que ser hipócrita.

—La presencia de esa víbora va a ser tu ruina, Logan, y si de verdad lo siento, es porque vas a perder a una gran mujer por ello —me dijo Paul, cogiendo su abrigo y marchándose de allí.

—Intentaré que venga aquí contigo, mamá, pero no la voy a obligar.

—Haz lo que quieras, pero háblale la verdad a Audrey en cuanto que despierte, no se lo merece.

Salí de allí para ir a recoger a mi hijo en el colegio. Ahora tenía que explicarle que su madre estaba en el rancho, pero no la que él conocía, sino la que lo llevó en su vientre durante nueve meses y que lo abandonó cuando todavía no tenía ni un año.

Me costó que mi hijo lo entendiera, pero más aún me costó que, cuando se despertara Audrey, no le pudiera decir nada, que papá lo haría cuando lo considerara necesario.

Esa mañana, antes de salir para el hospital y pasar el fin de semana, me encontré a Britany en mi habitación, con una toalla cubriendo su cuerpo y rebuscando en el armario, y os prometo que me sentó como una patada en el estómago.

—¿Se puede saber qué estás haciendo en mi habitación y de esa guisa?

—Vaya susto que me has dado. Estaba buscando algo que ponerme. Al fin y al cabo, toda esta ropa es mía, me la regalaste tú.

—Y la dejaste aquí, como si no te importara. Bueno, como, no, que no te importó un carajo. Alguna, ni siquiera la llegaste a estrenar.

—Pero esos fueron otros tiempos, ahora ya no pienso así y quiero integrarme en la familia, en tu vida y en la de mi hijo. Podríamos volver a ser felices...

—¿De qué cojones hablas? Que ni se te pase por la cabeza, Britany. Mi vida ya está completa y el niño y yo somos felices, no nos haces falta tú para serlo. Llegas cinco años tarde.

—Eso que me has dicho es muy duro para una madre.

—Más duro ha sido para mí escuchar llorar a mi hijo porque él no tenía una madre. Ahora, si me disculpas, me marcho al hospital a ver a mi novia.

Salí de allí, pero llegué nada más que hasta la puerta, porque me dio un impulso y me volví. Tenía que decirle algo que no le iba a gustar, pero lo mismo me daba, que me daba lo mismo.

—Ah, y ve buscando algún sitio ya, llevas aquí dos meses y mi chica está a punto de salir del hospital; no quiero que estés aquí cuando ella vuelva.

—Está bien, no te preocupes, que me marcharé muy pronto, pero me llevaré a mi hijo.

—Eso no te lo crees ni tú. Tengo el documento en el que firmaste que renunciabas al niño.

—Puedo alegar que fue una enajenación transitoria, producto de la depresión post parto y de la edad en la que fui madre.

—Inténtalo y te juro que te faltará pueblo para correr.

Tenía que buscar a un buen abogado y, para eso, nada mejor que mi cuñado. Él me asesoraría y me daría los pasos a seguir, pero ahora, tenía que centrarme en la carretera, que me quedaban dos horas de camino.

En cuanto que salí del rancho y por el miedo de que Britany pudiera desaparecer con el niño mientras que yo estaba en Austin, llamé a mi hermano, necesitaba su ayuda.

—Paul, necesito pedirte un favor que no te va a gustar.

—Como siempre que me llamas, no es nada bueno.

—Verás...

Le expliqué todo lo que había pasado con la madre de mi hijo, mientras que lo escuchaba maldecirla a ella, maldecirme a mí, y soltar sapos y culebras por esa boquita.

Al final, y como siempre hacía, me dijo que salía para el rancho en este mismo momento, y que no se movería de allí hasta que yo no volviera, pero que tampoco la iba dejar salir con el niño.

—Gracias, Paul, sabía que podía contar contigo.

—Echa a esa mujer del rancho, Logan, y cuando antes mejor, te lo digo de corazón, no es buena, ni para ti ni para el niño.

—Lo sé, y ya le he dicho que la semana que viene tiene que estar fuera, que vuelve Audrey y no quiero que esté en el rancho cuando ella vuelva.

—¿No le has dicho nada todavía?

—No he encontrado el momento, Paul, te lo juro.

—Pues si no lo encuentras, búscalo, porque, como se entere por boca de otra persona, será mucho peor.

—Lo sé e intentaré decírselo este fin de semana, de verdad.

Colgué la llamada y me centré en la carretera hasta que llegué al aparcamiento del hospital, donde dejé el coche y subí hasta la habitación donde se encontraba ingresada mi chica.

No me la esperaba andando y la alegría por encontrarla así se mezcló con el miedo de que pronto volvería a casa, de que se encontraría con Britany allí, y entonces sí que sería el acabose.

Intenté relajarme para que no se me notara nada, pero no lo conseguí, porque Audrey, en el momento en el que nos quedamos a solas, me lo preguntó, y no supe qué decirle, teniendo que inventarme una excusa muy pobre.

—¿Qué te ocurre, Logan? Te veo un poquito distraído.

—No es eso, mi amor, es que estoy cansado. La semana en el rancho ha sido muy dura.

—Entonces, vuelve y descansa, aprovecha que el niño no está y relájate.

—Si estoy allí, te aseguro que no voy a descansar; seguiré como siempre, por eso, prefiero pasar aquí estos días, contigo, que es donde mejor puedo estar.

Capítulo 29



Audrey

Logan se mantuvo conmigo todo el día del sábado, incluso durmió allí, en el sillón del hospital, y eran las diez de la mañana cuando bajó a la cafetería a tomarse un café, dejándome un beso en los labios.

—Vuelvo enseguida, mi amor.

—No te preocupes, desayuna tranquilamente. Además, el fisioterapeuta debe estar al llegar.

—Pues dale caña, mi amor, para que salgas prontito.

Me dejó un beso en los labios antes de salir y se marchó de la habitación con una sonrisa pintada en su boca, la misma que me dejó a mí. Me levanté sola porque ya tenía la fuerza suficiente en las piernas para hacerlo sin ayuda y me senté en uno de los sillones.

Justo estaba haciendo esto cuando la puerta de mi habitación se abrió, entrando por ella quien menos me esperaba, pero quien más alegría me daba tenerlo allí. Era Noah, que venía acompañada por una mujer muy guapa y que me resultaba familiar, pero no terminaba de encuadrarla.

—Pero bueno, ¿qué haces tú aquí?

—He venido a verte, mamita, que tenía muchas ganas.

—Yo también, mi amor, pero pensaba que pasabas el fin de semana con tu amiguita Bethany, que era su cumpleaños.

—No, mami, el cumpleaños de Bethany fue ayer y me llevó mi otra madre.

—¿Cómo? ¿De qué otra madre estás hablando, cariño?

—De mí. Perdona que no me haya presentado; soy Britany, la madre de Noah.

—Ah, encantada.

—Noah lleva desde anoche diciendo que quería venir a verte y acordamos levantarnos temprano para pasar el día en Austin y, de paso, acudir al hospital y quitarle el antojo.

Os juro que, si me pinchan, no me sacan una gota de sangre. Me fijé en su ropa y me di cuenta de que las botas que llevaban estaban en mi armario, era una de las que Logan me dijo que cogiera de la buhardilla, así como la camisa.

En el momento en el que estaba a punto de hablar, se abrió la puerta de la habitación, de nuevo, entrando por ella Logan, que venía con cara de chufra, hasta que entró y la vio allí, sentada y con Noah en mi regazo.

—Menos mal que tenía la tarjeta en el móvil, porque he ido a pagar y... ¿Se puede saber qué coño haces tú aquí? —Estaba hablando cuando la vio.

—Como que cualquier día te dejas la cabeza en casa. Toma, te has dejado la cartera encima de la cómoda cuando te marchaste ayer de la habitación.

Miré a Logan, intentando encontrar una respuesta lógica a todo esto, pero, de repente, me di cuenta de que empezó a dar vueltas por la habitación, como si no supiera qué decirme para justificarse.

Lo tuve claro, me había mentido, y eso sí que no pensaba permitirlo. Si algo había aprendido después de todo lo que me había pasado, era que quien te miente no es merecedor ni de tu amor ni de tu cariño, porque terminaría haciéndote daño.

—Noah, mi amor, ahora vendrá el fisioterapeuta para darme mi sesión, así que es hora de marcharse.

—Pero yo no me quiero ir, mami. Me quiero quedar contigo.

—Lo sé, mi vida, pero no puede ser. Te prometo que nos veremos muy pronto y pasaremos el día juntos, siempre que tus padres estén de acuerdo, claro.

—Audrey, yo...

—Tú te marchas con ellos y no vuelves más.

—Déjame que te explique, por favor.

—Las explicaciones llegan tarde. Te lo pregunté en cuanto que desperté, y me lo negaste, ahora, todo lo que puedas decir, me da exactamente igual.

Estaba diciéndole que se marchara cuando entró el fisioterapeuta por la puerta. Al ver que tenía visita, quiso marcharse y volver más tarde, pero no lo dejé: no iba a permitir que mi recuperación sufriera un retroceso por su culpa.

—Si quieres, vuelvo más tarde.

—No hace falta; ellos ya se marchan.

—Audrey, por favor, tenemos que hablar...

—Adiós, Logan, que os vaya muy bonito y logréis ser felices.

Agarró a esa mujer de un brazo, para sacarla fuera de la habitación, mientras que cogía al niño en brazos. Noah me miró y me regaló una sonrisa que guardaría en mi corazón para siempre, mientras que mis lágrimas caían sin control.

—Audrey, ¿estás bien? ¿Lo dejamos para mañana?

—No, necesito salir de aquí cuanto antes. Tan solo necesito cinco minutos para hacer una llamada.

—Vale, voy a hacer una cosa. Hago la siguiente sesión con el paciente, y vuelvo en media hora. ¿Te parece bien?

—Me parece genial. Gracias.

—No hay que darlas; no me cuesta nada.

El fisioterapeuta salió de mi habitación, mientras que yo cogía el teléfono para llamar a Paul, que debía estar hablando con alguien porque no paraba de comunicarse.

Y así estuve un buen rato hasta que me contestó. En su voz se notaba que algo se le había escapado de las manos, y sabía lo que era, pero, realmente, me daba exactamente igual.

—Hola, cariño, ¿cómo estás?

—Paul, necesito tu ayuda.

—Imagino lo que me vas a decir, pero no adelantaré acontecimientos. Dime, ¿en qué puedo ayudarte?

—Quiero que bajes mi maleta del altillo de la habitación de tu hermano y metas toda mi ropa dentro, pero solo la mía, la que traje de Florida, no la otra.

—No te precipites, Audrey, no es lo que parece.

—Por supuesto que lo es. Traía hasta las botas que me dio tu hermano puestas.

—Le dije que hablara contigo, que esa mujer le iba a traer un buen disgusto...

—Pero no lo hizo y ya, me da igual.

—No, no te da igual y lo sabes.

—Está bien, no me da igual, pero me ha mentido y eso sí que no lo permitiré.

—No te ha mentido, Audrey.

—Ah, ¿no? ¿Cómo llamas tú a esto que ha hecho, entonces?

—Te ha ocultado la verdad.

—Es lo mismo, al menos para mí.

—No, no lo es.

—Mira, si me llega a decir, cuando le pregunté, lo siento, Audrey, pero tuve un momento de debilidad y esa mujer apareció de nuevo, hasta lo hubiera podido perdonar, con dolor, porque me dolería mucho, pero lo entendería.

—Pero es que mi hermano no se ha acostado con ella, te lo aseguro.

—¿Has estado en su habitación todo el tiempo que ha permanecido ahí, en el racho?

—No, pero...

—Pero nada, Paul. Esa mujer lleva ahí más de cuatro meses y ni siquiera me lo ha insinuado. Eso, a mi entender, es que tiene algo que esconder.

—Está bien, no insisto más. Tan solo una pregunta, ¿qué vas a hacer ahora?

—Pues no lo sé, pero lo que tengo claro es que al pueblo no pienso volver, no me cruzaré con ellos, porque me moriría de pena.

—Audrey, mi sobrino te necesita y mi hermano también.

—No, cariño, tu sobrino ya tiene a su madre y tu hermano también tiene a su mujer.

—Esa no es su mujer, aunque tú no lo entiendas.

—No, el que parece que no lo entiende eres tú, corazón.

—Bueno, pues que sepas que las puertas de mi casa las tienes abiertas...

—Pues más te vale que la cierres; no se te vaya a colar alguno de los indeseables de tus exnovios.

Paul soltó una carcajada que resonó a través del teléfono y que, aunque sin ganas de nada, me provocó una pequeña sonrisa. Nos despedimos y quedamos en vernos esta misma tarde, que sería cuando vendría a Austin.

Por mucho que le dije que no hacía falta, que cuando Fred fuera a verlo se la diera a él, no consintió en hacerlo, sino que dijo que lo haría al revés y aprovecharía para venir a verlo y pasar unos días que tenía libres, juntos.

Terminé de hablar con Paul justo cuando entraba el fisioterapeuta, que me dijo que, según fuera la sesión de hoy, le diría al médico que me diera el alta, y me alegré de que mi excuñado viniera a traerme mis cosas, aunque, con el frío que hacía, poca cosa me iba a servir.

El fisioterapeuta me dijo que ya habían terminado las sesiones porque ya podía valirme por mí misma, y tan solo era cuestión de tiempo para que pudiera soltar las muletas, porque ya ni andador utilizaba.

Me volví a quedar sola en la habitación, pero por poco tiempo, porque, minutos después de que saliera el fisioterapeuta, entraron una pareja de hombres que no conocía de nada, y me asusté, la verdad, porque pensé que los enviaba mi padre.

—Tranquila, señorita Sullivan. Somos el agente Stell y el agente Brown, los policías que llevamos su caso.

—Buenas tardes, agentes. ¿En qué puedo ayudarlos?

—Señorita Sullivan, venimos a decirle que ya se ha producido la detención y puesta a disposición judicial del que fue su pareja y de su padre, así como de otras muchas más personas.

El agente Stell me contó todos los detalles y lo que yo había descubierto; tan solo era la cima de todo lo que había. Mi padre, además de mi exnovio, eran los responsables de una amplia red de estafa, además de otras muchas cosas, llegando a alcanzar una cifra de más de tres millones de euros estafadas.

Me dijeron que tenía que acudir a declarar cuando fuera la fecha del juicio, pero que me quedara tranquila, porque, para todos ellos, yo había muerto en la paliza, y así seguiría siendo hasta que tuviera que presentarme en el juzgado.

Joder, vaya día de emociones que estaba teniendo, algunas buenas, otras malas y otras contradictorias, como ese sentimiento que tenía con respecto a la detención de mis padres, porque mi madre también fue detenida.

Para no aburrirme, cogí el móvil, que, a pesar de tener el cristal de la pantalla destrozado, todavía funcionaba y dejaba ver algo. Entré en los periódicos y el primer vídeo que me encontré fue la detención de todas esas personas que tanto daño me habían hecho.

Fue durante la ceremonia de la boda de Jacob con esa mujer, en la que mi padre ejercía de padrino. Se me revolvió el estómago al recordar la conversación que habían tenido los dos mientras yo iba en el maletero metida.

Vomitando, me encontró Paul, que había venido a traerme la maleta con mi ropa, además de dos bolsas con cosas que me había comprado, pero que no me había dado tiempo todavía de ver lo que era.

—Mi niña, ¿qué te ocurre?

—Nada, nada, estoy bien, de verdad.

—Estás vomitando, algo te tiene que pasar.

—No, de verdad, ha sido un cúmulo de cosas y he explotado por ahí.

—Pues venga, vamos que te acompaño hasta la cama.

—No me pienso acostar, no haré nada para que me tenga que mantener aquí más tiempo.

—Bueno, pues te sientas en el sillón.

Me acompañó y me sujetó para llegar hasta allí, pero no nos habíamos dado cuenta de que yo había llegado sola hasta el baño, sin muletas y sin nada en lo que sujetarme, y eso me hizo saber que podía hacerlo más veces, que era cuestión de días.

Paul me había traído mi ropa, pero también me había comprado un pantalón de leggings, de esos térmicos, un jersey de lana y unas botas para la nieve, además de un chaquetón de plumas de tres cuartos.

—Hace muchísimo frío, y no te va a servir de nada la ropa que hay en esa maleta. Al menos, que tengas con qué salir de aquí y no te mueras de una hipotermia.

—Gracias, Paul, no sé qué haría sin ti, de verdad.

—Pues lo mismo, pero más aburrido, te lo aseguro.

Estábamos riendo cuando apareció el doctor para darme el alta y saber que, por fin, iba a poder salir de aquí me llenó de gozo. Me hubiera gustado ir al rancho, comprobar cómo era el frío invierno allí, pero no podía hacerlo; tenía que pensar en mí.

Paul me acompañó a la salida y vino conmigo hasta el hotel en el que me iba a quedar, porque decliné la oferta que me habían hecho, tanto él como Fred.

Capítulo 30



Logan

Bajé a desayunar porque el día anterior no había comido mucho; el run run que tenía en la cabeza sobre lo de Britany no me había dejado hacerlo, así que le dije a Audrey que no tardaría, despidiéndome de ella antes de salir de la habitación.

Al llegar a la cafetería y pedir el desayuno, me di cuenta de que se me había olvidado la cartera, lo que no recordaba era si la había dejado arriba, en la habitación del hospital, o no había llegado a cogerla cuando salí del banco.

Por suerte, llevaba mi tarjeta en el móvil y pude pagar con ella, porque si no hubiera sido así, hubiera tenido que pedirle a alguien que me abonara el desayuno, y eso, conociéndome, hubiera sido una misión imposible para mí.

Subí a la habitación y, al entrar, me encontré con la situación que más temía, puesto que allí estaban Britany y el niño, y quise que la tierra me tragara, porque lo que me esperaba no iba a ser agradable.

Después de intentar varias veces que Audrey me escuchara y de ver la sonrisa de satisfacción de Britany, supe que lo había hecho a propósito y que no era el niño quien le interesaba, sino yo, bueno, más concretamente, mi dinero.

Al salir de la habitación, mi teléfono empezó a sonar y era Paul. Ahora lo llamaría, pero, primero, tenía que dejarle muy claras las cosas a Britany. Había perdido a Audrey, pero ella no se saldría con la suya.

—En cuanto que lleguemos al rancho, recoge tus cosas, que te vas —le dije.

—Está bien, pero mi hijo se viene conmigo.

—El niño no se mueve de allí y, si quieres volver a verlo, ya sabes lo que tienes que hacer, vas al juzgado y solicitas un régimen de visitas.

—Esto no es justo; soy su madre y tengo derecho a vivir con él.

—Pues te lo hubieras pensado antes de marcharte con ese tipo. Por aquel entonces, no te importaba que fuera tu hijo.

—¿Es eso lo que tienes? ¿Te ha dado un ataque de celos?

—Para que eso hubiera sucedido, tendrías que importarme y, créeme, me importas un carajo.

—Eso lo dices ahora porque ya no recuerdas lo bien que nos compenetrábamos en la cama; en cuanto lo vuelvas a comprobar, todo eso que dices no tendrá sentido.

—¿Qué parte de que quiero que te vayas de mi casa y, ya de paso, de mi vida, no entiendes?

—Venga, vamos a comer por aquí, pasemos el día en familia y luego hablamos cuando lleguemos al rancho.

—Te he dicho que no, así que sube al coche que nos marchamos.

Habían acudido hasta Austin en un autobús, sabiendo que, en cuanto que Audrey se enterara de su presencia, además de la manera en la que ella contó lo de la cartera, dando a entender algo que no era, me echaría de su lado, como así sucedió.

Una vez que se subieron al coche, llamé a Paul, aunque ya sabía lo que me iba a decir; quería decirle varias cositas. Sí, sé que él no tenía la culpa, que era toda mía, por no poner a esa mujer en su lugar, por no contarle a Audrey toda la verdad.

—Logan, cuando me levanté, no estaban; estoy como loco buscando a los dos, pero no los encuentro.

—Tranquilízate, están aquí, conmigo. Han venido al hospital y ahora volvemos a casa.

—Joder, Logan, sabíamos que esto iba a suceder, más pronto que tarde, además.

—No hubiera sucedido si tú hubieras estado pendiente.

—¿Qué pretendías, que me quedara despierto toda la noche? ¿Qué hiciera guardia delante de la puerta con una silla?

—Tienes razón y lo siento. Tú no has tenido la culpa de nada. En cuanto llegue, hablamos.

—Te quiero, Logan.

—Y yo a ti, hermano.

Me subí al coche y, como Noah se había despertado demasiado temprano, en cuanto lo puse en marcha, se quedó dormido. Su madre iba en el asiento del copiloto, alegando que si se sentaba detrás, se mareaba.

No articulé una sola palabra durante todo el trayecto porque, si lo hacía, sabía que me sacaría de mis casillas y que, al final, podíamos tener un tropiezo en la carretera. Iba mi hijo en el asiento de atrás y no iba a poner su vida en juego.

Llegamos al rancho y, nada más bajarnos, se lo volví a repetir, a pesar de que ya debía tenerlo bastante claro, pero, por si acaso todavía no se había enterado.

—Recoge tus cosas y vete.

—¿Me vas a echar de mi casa? ¿En serio?

—Esta dejó de ser tu casa cuando te fuiste y dejaste a Noah con menos de un año.

—No me esperaba que fueras tan rencoroso...

—¿Rencoroso? ¿Yo? Si yo fuera eso que estás diciendo, no te habría dejado ni entrar, pero ¿sabes qué? Se acabó la compasión porque tú no la has mostrado conmigo.

—Tan solo lo he hecho porque quería volver a tener a mi familia, que fuéramos lo mismo que éramos antes.

—Antes de marcharte y, además, le tengo que dar la razón a mi hermano y a mi madre, si ese hombre no te hubiera dejado tirada, ni te hubieras acordado de nosotros.

—Eso no es cierto; siempre me acordé de vosotros y supe que había cometido un error.

—Pues, si hubieras vuelto al momento, lo mismo y hasta te hubiera perdonado, pero ya no.

—No me hagas esto, Logan; no tengo a dónde ir.

—Me da lo mismo, te lo hubieras pensado antes de hacer lo que has hecho. Ahora, todas mis fuerzas serán para volver a conquistar a mi mujer, porque a ella sí que la considero como tal, no a ti.

Entré en la casa y me encontré a mi hermano recogiendo las cosas del armario de Audrey: su ropa, su bolso, su dinero, que estaban todos allí, esperando a su regreso, ese que veía que no se produciría, no al menos de manera inmediata.

—¿Qué estás haciendo?

—Lo que me ha pedido Audrey.

—No lo hagas, por favor.

—Tengo que hacerlo. Además, aunque no me guste pronunciarlo, te lo dije, te advertí de que esto iba a suceder.

—Lo sé, pero es que cuando la he visto allí, haciéndole creer que estábamos juntos, la sangre me ha hervido, te lo prometo.

—Bueno, ya lo tengo todo, aunque de poco le va a servir lo que lleva con el frío que hace.

—Espera, toma, cómprale ropa acorde, pero no le digas que se lo he comprado yo, o no querrás cogerla y se morirá de hipotermia.

Mi hermano salió del rancho con la maleta de Audrey y no pude evitar que dos lágrimas me cayeran por el rostro. ¿Por qué fui tan idiota y no eché a esa mujer de aquí? ¿Por qué le permití que volviera a entrar en mi vida de nuevo?

Fui hasta el salón, donde estaba mi hijo dibujando, como siempre hacía cuando llegábamos a casa, o eso pensaba, hasta que llegué y lo vi llorando como una magdalena, mientras que Brittany me miraba con satisfacción, como si hubiera conseguido lo que pretendía.

—¿Por qué lloras, mi amor?

—Porque, por tu culpa, me he vuelto a quedar sin mamá, sin ninguna de las dos.

Mi hijo me dijo eso con rabia, cuando sabía que él no era así, que nunca lo había sido, porque era un niño muy razonable, con el que se podía hablar desde la tranquilidad, y sabía que su madre lo había envenenado.

—Ven aquí, Noah, vamos a hablar, como siempre hacemos.

—¡No, no quiero hablar contigo! ¡Eres malo y no te quiero!

No voy a decir que esas palabras de mi hijo no me dolieron, porque fue como si me hubieran atravesado el corazón con un puñal, pero sabía que lo decía desde la rabia y el dolor; por eso no se lo tomé en cuenta y seguí intentando dialogar con él.

—Mi amor, entiendo que estés enfadado, pero déjame darte una explicación, como siempre hago cuando algo no te gusta o no te cuadra.

—Bueno, yo me marché, ya tendrás noticias de mi abogado —dijo Britany, que se marchó sin dejarle a su hijo ni un mísero beso, y eso me dolió más que todo lo que me había dicho Noah anteriormente.

El niño lloraba desconsolado y, hasta que consiguió calmarse, pasó un buen rato. Cuando ya estaba más tranquilo y consciente de que podíamos hablar, lo senté en mi regazo, dispuesto a explicarle todo.

—Mi amor, ¿me vas a escuchar ahora?

—Papi, lo siento, yo sí te quiero, pero es que mi madre me dijo que si te decía eso, ibas a permitir que ella se quedara.

—Lo sé, mi vida. Sé que tu madre te ha manipulado, pero las cosas no son como te las ha contado ella...

Le expliqué al niño todo lo que había sucedido, dejándole muy claro que la culpa no era de él, porque sabía que llegaría a culparse, como ya lo había hecho anteriormente.

—Papá, quiero que vuelva mi madre, pero no esta que se ha marchado, sino la otra, la que me trataba con cariño.

—¿Me estás queriendo decir que tu madre no te trataba con cariño?

—Cuando tú estabas delante, sí, me daba besos y jugaba conmigo, pero, cuando te marchabas a trabajar o al hospital...

—Entonces, ¿qué hacía, mi vida?

—Me decía que no la molestara y se ponía a hablar con un hombre por videollamada.

—¿Recuerdas algo de lo que le decía?

—Sí, le decía que, en cuanto te separara de esa niñata, volverías a caer rendido a sus pies y te quitaría el dinero con el que podrías vivir con ese otro hombre.

—¿Eso lo hacía delante de ti?

—Ya lo creo, porque pensaba que yo, mientras que pintaba, me quedaba sordo, pero yo escuchaba todo, te lo prometo.

Me hizo mucha gracia la manera en la que me lo contaba, y eso me hizo sonreír, aunque no tuviera la más mínima gana de hacerlo; pero él no se merecía tener un padre llorando por las esquinas.

Le prometí que haría todo lo posible por recuperar a Audrey, pero que iba a necesitar su ayuda, y se puso muy contento, diciéndome que sí, que él me ayudaría siempre, que la quería de vuelta en casa.

Cuando terminé esa conversación con mi hijo, lo primero que hice fue llamar a Fred para contarle todo lo sucedido con Britany y lo que mi hijo había escuchado en esas conversaciones.

—Tienes que adelantarte a ella y presentar en el juzgado ese documento firmado en el que renuncia a la custodia de su hijo.

—Necesito tu ayuda, Fred.

—No te preocupes, eso sí, tendrás que venir hasta Austin para hacer todo legalmente. ¿Podrías venir mañana?

—Lo haré esta misma tarde; eso sí, me llevaré a mi hijo. No me atrevo a dejárselo a mi madre ni a que esa mujer haga algo en su contra.

—No hay problema, Paul se quedará aquí unos días y podrá quedarse con él mientras que nos encargamos de todo.

—Gracias, Fred. No quiero que esa mujer se quede con mi hijo cuando lo único que ha visto en él es una tarjeta bancaria.

—Eso lo tengo claro desde el primer día que la vi, además. No siente cariño por el niño, pero si lo reclama y consigue llevárselo, tendrás que pasarle una pensión alimenticia que, con tu dinero, podría servirle para vivir de lo más cómodo y sin dar un golpe.

Corté la llamada y le dije a Noah que preparara una mochila con ropa, que volvíamos a Austin y que pasaríamos unos días allí, puesto que papá tenía que resolver algunos asuntos que no podía demorar más.

—¿Podré ver a Audrey, papá?

—Eso no depende de mí, mi vida. Estarás con tu tío Paul la mayor parte del tiempo, así que, como él no está enfadado, lo mismo te tienes suerte.

Capítulo 31



Audrey

Estaba en el hotel, viendo caer los copos de nieve por la ventana. Nunca había visto nevar, mucho menos de esta manera, puesto que en mi ciudad no nevaba jamás y mis padres no me sacaron de allí.

Este había sido el lugar más lejano al que había llegado. Cuando era pequeña, los viajes a los que ellos iban eran para mayores, en los que se hacían negocios, y no podía ir.

Y cuando fui creciendo, el motivo seguía siendo el mismo, pero ahora entendía que lo que no querían que viera eran todos los chanchullos que hacían y las argucias para quedarse con el dinero de los demás.

Me hubiera encantado salir de allí y visitar la ciudad, que no conocía, pero con esa nieve y casi sin ropa adecuada, era mejor quedarme donde estaba, porque lo que me faltaba era caer enferma y tener que volver al hospital.

Como ya no me importaba usar mi apellido porque todo el mundo que podía hacerme daño estaba en prisión, empecé a buscar trabajo en todas las webs que encontré y ahora, ya sí, de profesora, que era para lo que me había formado.

Mi mala suerte hizo que me topara con un anuncio de la escuela del pueblo, en el que buscaban una profesora de infantil. Suponía que era para suplir a Sandy, a la que habían despedido, además de que se había marchado de allí por la orden de alejamiento.

Por un momento dudé en enviar mi currículum, pero luego me dije que allí había sido feliz y que un desengaño amoroso no tenía por qué impedirme cumplir uno de mis sueños.

Además, si me eligieran a mí para ese puesto, podría ver a Noah a diario, hablar con él y seguir dándole mi cariño, sin tener que ver ni a su padre ni a su madre, y lo envié.

Justo estaba enviando el correo electrónico cuando mi teléfono empezó a sonar. Era Paul y no dudé en contestar porque él no tenía la culpa de todo lo que había pasado entre su hermano y yo.

—Dime, guapetón.

—Vaya, te cojo de buen humor. Qué alegría.

—Hombre, tanto como de buen humor... Más bien, digamos que me has cogido en una hora tonta.

—Bueno, a lo que iba, ¿qué te parece que nos veamos mañana para desayunar en tu hotel?

—Eso te iba a decir, que no está el tiempo como para ir paseándonos.

—Vale, eso ha quedado claro, pero sobre lo otro, ¿qué me dices?

—Pues, a lo otro, que me parece una idea fantástica.

—Entonces, cariño, nos vemos a las nueve en la cafetería del hotel.

Esa noche no dormí mucho, entre que extrañaba el colchón, que, por cierto, no era nada bueno para lo que costaba la noche, que la mirada de Noah me perseguía continuamente, y que no podía dejar de imaginarme a Logan con esa mujer, pues os podéis imaginar la buena noche que había pasado.

Me levanté en cuanto entraron los primeros rayos de sol por la ventana, me di una ducha y me vestí con lo que Paul me había traído. Tenía que ir de compras y buscar una casa, aunque eso no lo haría hasta que no tuviera contestación del centro escolar del pueblo.

Tomé el ascensor y bajé a la cafetería, todavía era temprano para que llegara Paul, pero me tomaría un café calentito mientras no llegaba y me elaboraría una lista para saber lo que tenía pendiente.

Sí, esa era una costumbre que no quería perder y, al abrir mi libreta, no pude evitar encontrar aquella que me había hecho después del desengaño de Jacob, y una sonrisa me salió en la cara. La leí para que no se me olvidara.

1.
No confiar en ningún hombre: te van a hacer daño.
2.
Procura que, si lo haces, sea tan solo para una noche; el que no te quieras enamorar no está reñido con pasar un buen rato.
3.
Que no tenga ninguna profesión relacionada con el dinero; se cree superior a todos los demás.
4.
No confíes en quien venga de príncipe azul; terminan convirtiéndose en ogros.
5.
Procura que no haga boxeo o te tomará como su saco personal.

6.

Que no te hable dulce, recuérdale que eres diabética. Tanta dulzura, al final, se vuelve amargura.

7.

Procura que no sea guapo; esos son los peores, porque te pondrán los cuernos a la primera de cambio.

8.

Maneja tu propio dinero o terminarás siendo un pelele en sus manos.

9.

No permitas que nadie apague tu luz o estarás perdida.

10. Busca a alguien que te haga ver las estrellas, pero no con sus puños, sino en la cama, en la ducha o en el sofá... vamos, que sea con el sexo.

Esta última me hizo mucha gracia porque sí que lo había encontrado, pero, al parecer, el número siete era infalible y lo acababa de descubrir, y de la peor manera posible.

Estaba pensando en todo ello cuando una voz que conocería entre miles y que me hacía muchísima ilusión escuchar entró en la cafetería llamándome. Al levantar la mirada, lo vi corriendo hacia mí con los brazos abiertos.

—¡Mami!

—Mi vida, qué ganas tenía de volver a verte.

—Pero si me viste ayer.

—Lo sé, pero no pudimos pasar mucho tiempo juntos.

—Por eso no te preocupes, porque vais a poder pasar varios días juntos, siempre que tú quieras —me dijo su tío.

Se acercó a darme un beso y se sentó junto a mí, donde pedimos un buen desayuno para los tres, en el que nos pusimos hasta arriba de comida y de risas, pues Noah tenía cada ocurrencia que no era ni medio normal.

Después de eso, y como había dejado de nevar y de llover, nos abrigamos bien y nos fuimos hasta un centro comercial que estaba próximo al hotel y en el que iba a comprarme ropa adecuada.

—Hay una vacante en el colegio del pueblo y he enviado mi currículo.

—¿Me lo dices en serio?

—No, si te parece, me lo estoy inventando.

—Pues dame un minuto, que te aseguro que el puesto es tuyo.

Paul se paró y sacó su teléfono, marcando el número de la directora del centro, que, al parecer, era su amiga desde hacía mucho tiempo. No era la misma que nos atendió cuando fuimos por lo del niño; esa se había jubilado y había entrado otra chica.

Mientras que Paul hablaba por teléfono, el niño y yo entramos en una juguetería, en la que nos pusimos a ver juegos de diseño, que le encantaban a Noah, y al final, salimos de allí con un par de ellos. Esperaba que a su madre no le importara.

—Ya he vuelto. Prepara la maleta, porque empiezas el lunes.

—¿De verdad? ¿Me lo han dado a mí?

—Por supuesto, tan solo le he tenido que decir a la directora, que, por cierto, es un encanto, quién eras y no lo ha dudado un minuto.

—Bueno, entonces tendré que buscar una casa en el pueblo, porque no pienso volver a invadir la casa de nadie.

—¿Ni siquiera la mía?

—La tuya, todavía menos, y no te lo tomes a mal, pero estás con Fred y necesitáis intimidad.

—Mami, podrías volver con nosotros al rancho... —me dijo el niño, como con miedo o vergüenza, que no lo sabría distinguir.

—Allí no puedo volver, cariño, están papá y tu mamá de verdad.

—No, tan solo estamos papá y yo, esa mujer ya se ha marchado, además, no me quiere ni yo la quiero a ella.

Miré a Paul porque no me podía creer lo que estaba escuchando. ¿Cómo iba a decir el niño que su madre no lo quería? Esperaba que no fuera algo producto de lo que le hubiera dicho su padre, pero la mirada de su tío me indicaba que estaba diciendo la verdad.

No quise seguir indagando y preferí centrarme en lo que habíamos venido a hacer, que no era otra cosa que adecuar mi armario para mi nueva vida, porque me encantaba ese pueblo y no pensaba volver a Florida nada más que en vacaciones.

Nos hartamos de comprar ropa para los tres, porque Paul era un coqueto de mucho cuidado, y su sobrino no se quedaba atrás, aunque él, más que ropa, pedía pijamas y chándal calentito para estar en casa lo que quedaba de invierno.

En ello estábamos cuando el teléfono de Paul sonó, era Fred quien preguntaba dónde estábamos para venir a comer con nosotros. Quedamos en vernos en uno de los restaurantes del centro comercial, pues hacía mucho frío y había empezado a nevar de nuevo y no queríamos estar por la calle.

Cargados de bolsas, encaminamos nuestros pasos hacia el restaurante, en el que nos sentamos a esperar a que llegara Fred, lo que no me esperaba era que viniera acompañado, ni más ni menos, que por Logan.

Capítulo 32



Logan

Llegamos esa misma tarde, pero tardamos casi el doble de tiempo, porque empezó a nevar y, aunque tuve que pararme a poner las cadenas en las ruedas para poder circular sin problemas, continué el camino a la mitad de la velocidad con la que lo cogía habitualmente.

Mi hermano y Fred nos llamaron en infinidad de ocasiones para saber si íbamos bien o necesitábamos algo, y así nos servía, también, para ir distraídos, porque ya se nos había echado la noche encima y había poco tráfico, al menos hasta llegar a Austin.

—Menos mal que habéis llegado, porque me teníais con las carnes abiertas —dijo mi hermano, tan dramático como siempre.

—Hijo mío, que venimos de aquí al lado, no de Groenlandia.

—Papá, vendremos de aquí al lado, pero, desde luego, yo vengo con un hambre como si viniéramos de una expedición en la Antártida —dijo mi hijo.

—Ven aquí, campeón, que yo tengo preparada lasaña de carne con queso, y está para chuparse los dedos —le contestó Fred.

—Pero no te la comas toda, que yo también tengo hambre; guárdame un trocito.

Pasamos al salón, donde ya mi hermano tenía la mesa puesta para cenar, porque ellos tampoco lo habían hecho; estaban esperando a que llegáramos nosotros para hacerlo.

—Paul, necesito que, a partir de mañana y mientras que estemos aquí, te hagas cargo de Noah, por favor.

—No te preocupes, que ya me ha contado Fred todo y eso es lo que deberías haber hecho desde el momento en el que se marchó.

—Ahora me doy cuenta de que he sido un gilipollas, aunque espero estar a tiempo de remediarlo.

—Todo lleva su tiempo, cuñado; no tienes que precipitarte. Verás cómo todo vuelve a su sitio —me dijo Fred.

Nos sentamos a cenar y, después, nos marchamos a la cama, no sin que mi hijo le hiciera una petición a su tío Paul, de la que estaba seguro de que le cumpliría, así le fuera la vida en ello.

Fred y yo nos levantamos temprano y marchamos hasta su despacho, donde prepararíamos toda la documentación para presentarla ante el juzgado. Además, habíamos pedido también medidas cautelares para que no se pudiera acercarse al niño, porque nos esperábamos lo peor.

Durante toda la mañana estuvimos yendo de un despacho para otro, pero, al final, lo conseguimos. Nos habían concedido, como medidas cautelares, que no podía llevarse al niño y, si quería verlo, tenía que estar con alguien de la familia.

Pusimos como prueba la declaración del niño, al que Fred se encargó de grabar sin que se diera cuenta, para que el juez viera que no era algo preparado, sino que el niño habló como si estuviera solo con nosotros, con total naturalidad.

Había llegado la hora de comer y sabía que tanto mi hermano como mi hijo estaban con Audrey, puesto que había ido a desayunar con ella y a pasar el día, al menos, la mañana.

El tiempo nos dio una pequeña tregua, pero, en este momento, volvía a nevar copiosamente, así que pensé que estarían en el hotel y que ella no querría verme, pero no, el destino me lo puso fácil por primera vez en la vida y estaban en un centro comercial.

Allá que nos fuimos los dos, calándonos hasta los huesos, pues desde donde tuvimos que dejar el coche hasta el centro comercial, había como cinco minutos andando, cayéndonos los copos de nieve por encima.

Desde lejos me fijé en dónde estaba y, como siempre, estaba junto a Noah, limpiándole la boca, porque mi hijo ya estaba comiendo. Era más barato comprarle un traje de diseño que invitarlo a comer. Me preguntaba dónde echaba todo lo que comía, porque estaba canijo hasta decir basta.

—Buenas tardes —dije, nada más llegar, y noté cómo Audrey se tensaba.

—Buenas tardes —respondió, sin querer mirarme a los ojos.

Mi hermano, que era una persona muy inteligente, había dejado un hueco entre él y Audrey, y fue justo ahí donde yo me senté, como quien no quiere la cosa, pero con todas las intenciones del mundo.

Audrey empezó a ponerse nerviosa, llegando incluso a plantearse si se levantaba y se marchaba, porque era evidente que ella no tenía secretos para mí, y no pude evitar sonreír.

—¿Se puede saber qué te hace tanta gracia? —Me preguntó, pero solo para que yo me enterara.

—La manera de comportarte, justo como la primera vez que nos vimos, en la casa de mi madre.

—Esa no fue la primera vez, que fue cuando me tropecé contigo y me caí de culo.

—Mira, has reconocido que fuiste tú la que se tropezó.

—Esa es una manera de hablar. Porque si alguien aquí ha tropezado, no he sido yo, precisamente.

—Déjame que te cuente todo, por favor, pero no aquí, en un lugar donde podamos estar a solas y hablar tranquilamente.

—Sigue soñando, chaval.

Ahí sí que solté una carcajada porque, cuando decía esas cosas, es que sus barreras empezaban a bajar, y eso, siendo egoísta, me venía muy bien, porque podría colarme por alguna de esas rendijas.

La comida transcurrió entre risas y bromas de mi hermano con su chico, y tengo que reconocer que me vino muy bien, tanto a nivel anímico, porque me ayudó a desconectar de todo, como para acercarme a Audrey, que se notaba mucho más relajada.

—Papi, tengo sueño —dijo mi hijo, que no perdonaba su siesta, a pesar de que hoy no se había levantado temprano.

—Venga, campeón, nosotros nos vamos contigo en el coche y dejamos a papá y a Audrey que tienen mucho que hablar —le dijo Fred, cogiéndolo en brazos.

—Reina, si me necesitas para algo, no dudes en llamarme, aunque no sé si la porquería de teléfono que llevas te sirva para algo —le dijo Paul.

—Sí, voy a ir a comprarme uno nuevo, que ni el número me pertenece, y como ya no tengo por qué esconderme...

No me había dado cuenta de que el número que tenía Audrey estaba incluido en mi contrato, pero es que tampoco me importaba absolutamente nada, la verdad, y así se lo hice saber.

—No me importa que sigas con el mismo número; al final, todos lo tienen y no te conviene cambiarlo ahora.

—No, amiga, que te tienen que llamar del colegio —dijo mi hermano, dándole un beso en la mejilla antes de salir.

—¿De qué colegio habla mi hermano?

—Del centro al que acude Noah.

—¿Ha tenido el niño algún problema?

—Para nada, bueno, al menos hasta donde yo sé. Es que empiezo a trabajar allí el lunes, como profesora, sustituyendo a Sandy.

—Gracias, destino —dije, levantando mis manos y haciéndola reír.

—¿Por qué le das las gracias al destino?

—Porque, por una vez en mi vida, me lo va a poner fácil. Bueno, tampoco eso; digamos que se está poniendo de mi parte.

—Que vuelva al pueblo no significa que vaya a volver contigo. Me has mentido.

—Y no sabes de lo que me arrepiento, pero no quiero hablarlo aquí; vayamos a tu hotel o a casa de mi cuñado; me da lo mismo.

—Está bien, vayamos a mi hotel.

Sabía que estaba alojada en un hotel porque me lo había dicho Fred esa misma mañana, cuando le pregunté por ella y por cómo se encontraba, porque mi hermano no soltaba prenda; decía que, si quería saber, que me comprara un libro.

Su hotel estaba en la acera de enfrente del centro comercial, así que corrimos lo que pudimos hasta ahí, porque volvía a nevar con fuerza, y entramos en él, empapados, pero con una sonrisa en la cara.

—Me encanta cuando nieva así.

—Eso es porque no vivías aquí; cuando lleves un par de años, verás cómo no te gusta tanto.

—No pienso volver a Florida nada más que en vacaciones, lo tengo claro.

—Y espero que nos dejes acompañarte, porque este verano no hemos ido, Noah decía que o íbamos los tres o no íbamos ninguno.

—Podíais haber ido con su madre.

—Con esa mujer no voy yo ni a la esquina a comprar el pan.

Cogí una bocanada de aire y le conté todo lo que había pasado, cómo se coló en mi casa y lo que pretendía, así como el miedo que sentí por todo lo sucedido y cómo evité darle el disgusto.

—Audrey, te prometo que entre esa mujer y yo no ha habido ni un simple beso.

—Entonces, ¿por qué sabía que te habías dejado la cartera al salir de la habitación?

—Pues muy sencillo, porque la cogí rebuscando en tu armario, quería utilizar la ropa que bajaste de la buhardilla, como si todavía tuviera derecho.

—En cierto modo lo tenía, ahí, la intrusa era yo, la que ocupé su lugar, tanto en tu vida como en la de su hijo.

—Ella no quiere al niño, pero lo ve como un cajero automático. Si no me crees, puedes preguntarle a Noah, que te dirá todo lo que ha vivido con ella en estos días.

Capítulo 33



Audrey

Estuvimos hablando durante un buen rato de todo lo que había pasado en esos meses, y de como ella había llegado al rancho pidiendo perdón y diciendo que quería recuperar el amor de su hijo.

—Me parece vergonzoso, de verdad, que una madre pueda actuar así con un hijo.

—Pues no te extrañes, porque hoy, en el juzgado, he podido comprobar que no soy el único, que hay muchos hombres como yo.

—No se dan cuenta que los que pagan las consecuencias son los hijos...

—Por suerte, mi hijo te tiene a ti. Vuelve a casa, Audrey, ahora más que nunca, que tienes el trabajo allí, en el pueblo. Déjame demostrarte que te amo de verdad.

—No quiero que me hagan más daño, Logan. Creo que ya he sufrido bastante, y que no me lo merezco.

—Por supuesto que no te lo mereces, y por eso insisto. Te prometo que no volveré a mentirte, en nada, pero dame otra oportunidad, te lo ruego.

Me lo iba a pensar, le iba a decir que no podía, pero, como decía Paul, ya estaba bien de negarme a mí misma la felicidad, que suficiente jodida había sido ya mi vida como para que, encima, yo quisiera boicotear las cosas buenas que me pasaban.

No solo me había contado él todo lo que pasó con Britany, que así se llama esa mujer, sino que también me lo habían contado Paul y el niño, que era del que más me fiaba, porque me narró como su madre actuaba de una manera cuando estaba su padre, y de otra cuando estuvieron los dos a solas.

Podría habérselo dicho con palabras, pero preferí decírselo de otra manera, por lo que me acerqué a él, le tomé su cara con mis manos, y lo besé. No fue uno de esos besos que dejan con las piernas temblando, al menos no al principio.

Fue un roce de labios, pero tampoco fue de esos rápidos, porque me tomé mi tiempo. Cuando él se dio cuenta de lo que pasaba, me cogió por la cintura y profundizó el beso y, ahí sí que me temblaron las piernas.

—Me muero por tenerte desnuda, en esta cama, y hacerte sudar toda la noche.

—¿A qué esperas?

—A que me digas que sí.

—Hazlo, me muero por tenerte dentro de mí.

—Pues, lo siento, mi amor, pero, para que eso suceda, todavía va a tardar un poquito.

Metió las manos por debajo de mi jersey, haciendo que saliera de mi cuerpo por la cabeza, y dejando mis pechos a la altura de su boca. Bajó el sujetador y metió uno de mis pezones en su boca, mordisqueándolo como él sabía que me gustaba.

En pocos minutos, ya estaba completamente desnuda y posada en la cama, dónde mi hizo ver las estrellas, y justo de la manera en la que yo lo había anotado en mi libreta.

No paramos en casi toda la noche y, una vez que logramos conciliar el sueño, nos despertó el vibrador de su móvil, era Fred el que lo llamaba, y supe que sería urgente, por eso lo desperté.

—Logan, te llama Fred al móvil.

—Joder, con lo a gusto que estaba ahora.

—Lo sé, pero puede ser importante.

—Voy a contestar, a ver qué quiere.

Logan se sentó en la cama y contestó al teléfono, por su rostro, pude ver que era algo que le cogió por sorpresa, pues se levantó y empezó a pasarse las manos por la cabeza, como si no terminara de creérselo.

—Está bien, vamos para allá, nos vemos en el juzgado.

—¿Ha sucedido algo?

—Sí, Britany, eso es lo que ha sucedido.

—¿Qué es lo que quiere ahora?

—Dinero, que va a querer si no. Pero se lo daré, a cambio de que nos deje en paz, de que no se acerque a nosotros nunca más.

—Me visto y voy contigo.

—Contaba con ello. Tenemos tiempo de darnos una ducha antes, pues hasta las once no tenemos que estar en el juzgado, que es a la hora que nos ha citado el juez.

—Vale, pues son las nueve...

Logan soltó una carcajada, me cogió en brazos y me llevó hasta el baño, donde nos metió a los dos en el interior de la ducha, haciendo que dejáramos volar de nuevo nuestra pasión.

Le dije que deberíamos tomar precauciones, pero no consintió, decía que ese cabrón nos había quitado un hijo, pero que la vida nos lo devolvería muy pronto, y que él se lo iba a poner fácil.

Me vestí con algo de la ropa que me había comprado nueva, porque el frío no tenía que estar reñido con la elegancia, y así se lo demostré a mi chico cuando me vio salir.

—No se puede ser más bonita que tú, y esta ropa te sienta de maravilla.

—Tú también estás muy guapo, a pesar de que lleves la misma ropa que ayer.

—No es exactamente la misma, el jersey es diferente, que lo llevaba en el maletín.

—¡No! ¿Para qué lo llevabas?

—Llevaba eso y un bóxer, por si era tocado por el rayo divino y me dabas la oportunidad de pasar la noche contigo.

Solté una carcajada al verle la cara, y me duró hasta que casi salimos del hotel y tomamos el taxi que nos llevaría hasta la puerta del juzgado, donde ya nos estaría esperando Fred.

Nada más bajarnos del taxi, Fred se vino hasta dónde estábamos nosotros, y su cara lo decía todo, porque era como un libro abierto, y su sonrisa llegaba de oreja a oreja.

—¿Qué ocurre, Fred? —preguntó Logan.

—Ha caído en su propia trampa, Logan. Pero venga, entremos que el juez se lo dirá a ella y te lo explicará a ti.

En cuanto que entramos, allí estaba ella, con una actitud de lo más altiva, acompañada del que se suponía que era su abogado, que no era otro que el hombre con el que se largó, dejando abandonado a su hijo.

—Esta no tiene porqué estar aquí —dijo en voz alta, y dirigiéndose a mí.

—Señorita Campbell, será mejor que guarde silencio. En esta sala, soy yo el que dice quién está y quién no —contestó el juez.

—Ya, pero es que, a ella, ni le va ni le viene.

—Por supuesto que le va y le viene, porque es a ella a quién su hijo llama mamá.

—Por favor, pero si ha estado con él menos de un año...

—Pues, ya ve, en ese poco tiempo la quiere más a ella que a usted.

—Eso no es cierto, mi hijo me quiere mucho, como yo a él.

—Ah, ¿Sí? ¿Usted cree?

—No es que lo crea, es que lo aseguro, porque lloraba como una magdalena cuando me marché, bueno, cuando su padre me echó de allí, y por eso he solicitado esas medidas.

—Según veo aquí, usted quiere que su expareja y padre de su hijo, se marche de la casa en la que vive y se la deje a usted, para que el niño no sufra desarraigo.

—Claro que sí, así mi hijo no se tendría que mover de su casa, y, con la pensión compensatoria, yo podría ocuparme íntegramente de él.

—Eso es lo que quería escuchar —le dijo el juez, sonriendo.

—¿A qué se refiere, su señoría? —le preguntó el hombre que iba con ella, y que se estaba dando cuenta de que nada estaba saliendo como lo habían planeado.

—A que su clienta no quiere al niño, no siente ningún apego por él, y por eso, mi sentencia es la siguiente...

El juez dictó que ni el niño, ni Logan, por supuesto, se tenían que mover de la casa, y que las visitas, si es que las quería, tendrían que ser supervisadas por el personal autorizado.

—¿No me va a dictar una pensión compensatoria? —preguntó ella.

—¿Qué pretende que le compense, señorita Cambell? ¿Su abandono? ¿El haber dejado a su hijo? Más le vale que se mantenga en silencio, porque, al final, tendrá usted que compensarlo a él, por su dedicación al niño.

—Entonces, no me interesa seguir, si no voy a obtener ningún beneficio económico, no quiero volver a tener contacto con el niño... al menos, de momento.

Logan miró a Fred, que sabía lo que iba a decirle, y asintió con la cabeza, esperando a que hablara y a que el juez admitiera su propuesta.

—Su señoría, mi cliente quiere hacerle una oferta a la señorita Cambell.

—Pues, hágala y a ver qué ocurre —dijo el juez, harto ya de casos así.

—Mi cliente le ofrece veinte mil dólares a cambio de que firme un documento en el que renuncia al niño y se compromete a no acercarse a él jamás en la vida.

—Y yo, acepto. ¿Quién redacta ese documento? —dijo Britany.

Ahí demostró lo que buscaba y lo que quería de su acercamiento, tanto a Logan como al niño, pero, mientras que nos dejara en paz, que le diera lo que fuera necesario.

Epílogo



Audrey

Diez años después...

Aquel día, cuando salimos del juzgado, la vida cambió para siempre, sobre todo para el niño y para mí. Su madre firmó ese documento, cogió el dinero y se marchó, y desde entonces no habíamos vuelto a saber de ella nunca más.

Cuando digo que nos cambió la vida fue por el ofrecimiento que me hizo el juez, después de escuchar los testimonios del niño, ya que lo llevaron, Paul y Fred, a hablar con el juez, a primera hora de ese día.

—Señorita Sullivan, ¿está usted dispuesta a ser la madre legal de ese niño? —me preguntó el juez.

—Por supuesto que estoy dispuesta, además de encantada, siempre que su padre no tenga inconveniente.

—Yo no tengo ninguno, porque tengo claro que serás la mejor madre que mi hijo pueda tener. Ese será nuestro primer hijo, porque tengo la certeza de que vendrán más.

De ahí salimos con todos los documentos que decían, legalmente, que Noah era mi hijo, y sabía que se volvería loco de alegría cuando se enterara de que ya podía decir a todo el mundo que era su madre a todos los efectos.

Desde ese día, Logan y yo no nos habíamos vuelto a separar, y vivíamos en el rancho. Nos casamos al verano siguiente, días antes de que naciera nuestra segunda hija, a la que llamamos MaryAnn, y que en la actualidad contaba con ocho años, camino de los nueve.

Tuve que ir a declarar en el juicio de Jacob y de mi padre, que, cuando me vieron llegar casi se mueren del susto, pues pensaban que estaba muerta, pero, a la vista estaba de que no lo habían conseguido.

Aproveché para visitar a María, y presentarle a mi marido y a mi hijo, así como para ofrecerle la posibilidad de que se viniera a vivir con nosotros, pues necesitaba a alguien que pudiera atender a la casa y al niño cuando yo no pudiera.

No se lo pensó, y me dijo que sí, además, su hijo hizo muy buenas migas con Noah, y se hicieron inseparables, a pesar de la diferencia de edad que había entre los dos.

Se adaptaron a la perfección y, mi marido, para que no tuvieran que estar yendo y viniendo al pueblo, les edificó una casa para ellos, junto a la nuestra, pero con total intimidad para todos.

Por supuesto, lo que había en el terreno del rancho, era de uso común, y fueron muchas las tardes que pasaron en la piscina, junto a mi suegra, mi cuñado y todos nosotros.

Mi trabajo en el colegio era de lo más gratificante, y me hice buena amiga de su nueva directora, compartiendo con ella muchísimos momentos familiares.

Una tarde, vino a casa para terminar una cosita que había pendiente del trabajo, y coincidió allí con Peter, que se quedó prendado de ella. A pesar de que ella decía no querer pareja, terminó accediendo a ir a cenar con él, y desde entonces, no se habían vuelto a separar.

Se casaron dos años más tarde, y eran padres de una niña, Alexandra, que tenía cinco años y era una preciosidad, tan bonita por fuera como por dentro, y que se había vuelto inseparable de nuestros hijos pequeños, que tenían su misma edad.

Porque sí, se me había pasado decirlo que tuvimos mellizos tres años después de que naciera MaryAnn, y que se llamaban Paula y Fred, en honor a sus tíos, que eran los que los consentían a todos.

Lo mismo le pasó a John, pero con Mary, que, en cuanto que la vio, se enamoró perdidamente de ella. Si a Peter le costó conquistar a mi directora y amiga, no os podéis imaginar como lo pasó él.

Mary decía que la diferencia de edad era grande, que no quería ilusionarse con un hombre más joven que ella, hasta que ya no pudo negar lo evidente, porque las miradas que se echaban podrían incendiar el granero.

No fueron pocas las veces que le dije que no fuera tonta, que nadie iba con la partida de nacimiento pegada en la frente y que unos pocos años de diferencia no iban a ser los culpables de que no fuera feliz.

Ellos no tenían más hijos que el que Mary aportó a la pareja, pero que resultó como uno bilógico para John, que lo acompañó en su crecimiento y fue su referente paterno, porque, además, lo quería con locura.

De Sandy y de Madeleine no supimos nada más, porque, cuando a la primera le impusieron la orden de alejamiento y se marchó del pueblo, la segunda se fue con ella, porque los murmullos del pueblo sobre la manera en la que habían actuado los dos eran constantes, y no lo pudo soportar.

Mis padres, junto a Jacob, seguían en la cárcel, y lo que les quedaba a los tres, porque, a parte de los delitos de los que se le acusaron, también se añadió el intento de asesinato por la paliza que me dieron.

A modo de compensación, tuvieron que poner a mi nombre todos sus bienes, tanto uno, como los otros. No quería nada de eso, ni me hacía falta ni quería recordar lo mal que lo pasé en el tiempo en el que estuve allí.

Por eso, la casa en la que vivía Jacob la doné a una organización que se ocupaba de las mujeres maltratadas, para que hicieran de ella su hogar. Ya que, anteriormente, había servido para maltratar a las personas, que ahora tuviera un uso totalmente contrario.

La de mis padres la vendí, no quería nada de lo que hubiera dentro, que tantos malos recuerdos me traía, y con ese dinero, me compré una casa a pie de playa, en el que pasábamos las fiestas y todo el verano.

Paul y Fred se habían mudado también al pueblo, donde ambos se instalaron en la casa que tenía el hermano de mi cuñado. Fred había abierto una sucursal de su despacho, asistiendo a todos los vecinos que necesitaban un abogado y que no se podían desplazar hasta la ciudad.

Ahora estábamos en el rancho, preparando el cumpleaños de los mellizos, y esperando a que llegaran todos los demás. Mi marido estaba inflando los castillos hinchables que había contratado para los niños, mientras que yo terminaba de dar las indicaciones al catering.

Tenía una sorpresa para mi marido, y esperaba que no le sentara del todo mal, porque, si para mí había sido un shock, no me quería ni pensar cómo se lo tomaría él.

Era una noticia que no sabía nadie, que había guardado para mí sola, porque quería que, en esta ocasión, fuera él quién se enterara el primero, después de mí, por supuesto.

—Ya están llegando los niños —me dijo, acercándose a mí.

—¿Preparado para el caos?

—Nací preparado para ello, mi amor.

No solo llegaron los niños, sino también los padres y nuestra familia y amigos, así que, el jardín se llenó de gente. Estaba nerviosa, pero no por la celebración, ni siquiera por la reacción de mi marido ante la noticia, sino porque eran muchos niños y mis hijos eran unos trastos.

—Mami, no te preocupes que mi amigo y yo estaremos pendientes de ellos.

—Gracias, mi amor, pero tú también tienes que divertirte, y salir al pueblo, si quieres.

—¿Y perderme el cumpleaños de mis hermanos? Ni loco, vamos.

Así era Noah, un precioso niño que ya tenía quince años, que era buen estudiante y un amor con sus hermanos, sobre todo con MaryAnn, que era la niña de sus ojos.

Estaba en la cocina, cuando sentí los brazos de mi marido en mi cintura, mientras que me besaba el cuello y me decía cosas al oído.

—¿Me vas a decir ya qué es lo que te pasa?

—Uf, es que no sé cómo te lo vas a tomar.

—¿El qué? ¿Qué estás embarazada de nuevo?

—¿Cómo lo sabes? No te lo ha podido decir nadie, porque me he guardado el secreto, justo para que no pasara esto.

—¿Acaso piensas que no conozco tu cuerpo, mi vida? Hasta con los ojos cerrados, y esos pechos y esa curvita en el vientre, me lo estaba diciendo a gritos, tan solo estaba esperando a que me lo contaras tú.

—¿Cómo te ha sentado?

—A mí, de maravilla. Entre otras cosas porque sabía que eso volvería a ocurrir, ya que no hemos puesto medios.

—Pues yo no pienso tener más, este es el último, se cierra la fábrica.

—Ya he hablado con el urólogo, tengo cita la semana que viene para la vasectomía.

—Pues ya te la podías haber hecho antes, chico.

—No, porque quería tener un hijo más contigo, o dos, que nunca se sabe.

—Ve rezando todo lo que sepas, porque como le diga a María que vienen otros dos, y que son como Paula y Fred, te puedo asegurar que nos deja para siempre.

—Venga ya, si los adoras. Tanto como yo te amo a ti. Gracias por hacerme el hombre más feliz del mundo.

—No, cariño, gracias a ti, porque, a pesar de que tenía diez razones para no volver a enamorarme, supiste hacerme ver que esas mismas razones me servían para volver a creer en el amor.

Salimos de la cocina para contárselo a todos, pero ya estaban en la puerta, con la antena puesta, sobre todo mi cuñado Paul y Fred, que también tenían algo que contarnos a todos.

Ellos habían contratado un vientre de alquiler, y estaban esperando a su primer bebé, que era una niña y que nacería en Nueva York dentro de cinco meses.

Esa tarde, bebimos, comimos y disfrutamos de nuestra familia, hasta caer derrotados, pero de lo más felices.

—Te amo, mi vida.

—Yo te amo más, no me dejes nunca.

Puedes seguirme en mis RRSS:

Facebook: [Jenny_Del](#)

IG: @jennydelautora

X: @ChicasTribu

Amazon: relinks.me/JennyDel
